

# La Ciudad Futura

Revista de Cultura Socialista

Director Fundador: José Aricó (1931-1991). Directores: Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula - N° 39, Buenos Aires, Invierno 1994 \$7

El caso Berlusconi

Actores  
antipolíticos  
Franco Castiglioni

Brasil

PT, personaje en  
busca de un autor  
Anibal Jáuregui

Esta derecha de  
los 90  
Ralf Dahrendorf

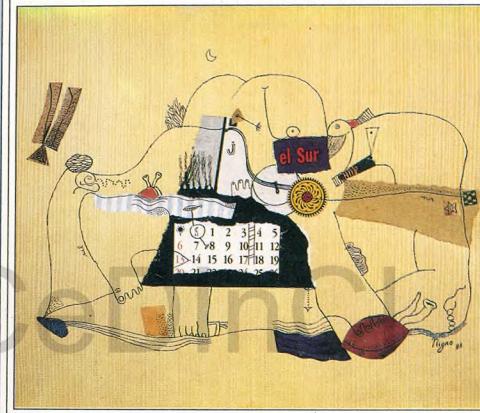
Ensayo  
Keynes, retorno  
por aclamación  
Will Hutton

Entrevista a M.Lamana  
Sartre, el  
compromiso y la  
libertad  
A.Blanco y M.Plot

Pacto de Olivos  
Perdedores  
y ganadores  
Fabián Boscoer

UCR: un partido  
en crisis  
Andrés Malamud

Presidencialismo  
ateniado  
Jorge A.Mayer



CORRIENTE | Tapa revista 149  
ARGENTINO | Página 536

## El nuevo escenario político y las nuevas mayorías

Juan Carlos Portantiero

Entre los principios y la realidad

Jorge Tula

El retorno del progresismo

Ricardo Sídicaro

Bomba en la AMIA,  
¿somos todos inocentes?

Osvaldo Pedroso



## En este número

Esta es una edición especial. Por dos razones. En primer lugar, porque presentamos, como separata, el ensayo que obtuvo la mención del Premio "José Aricó" instituido por el Club de Cultura Socialista y la Editorial Nueva Sociedad, en un ademán de homenaje a la memoria de nuestro querido y admirado fundador, de cuya muerte se cumplirán tres años en los próximos días. En segundo lugar, porque este número ofrece un copioso material, lo que es lo mismo que decir: más páginas, más esfuerzo, mayores costos. Pero en rigor no encontramos mejor manera de dar cuenta del espesor de la presente coyuntura, tan abundante en la aparición de fenómenos novedosos cuanto en la voluntad de acercarse a ellos a través de análisis, comentarios y propuestas que enriquecen aun más el campo



de trabajo intelectual y político. Y si bien la situación de la Argentina, luego del alto impacto generado por las elecciones del 10 de abril, aparece con la impronta más exigente, también el plano internacional exhibe un ca-

## - Sumario

### Opinión

Hilda Sabato: El servicio militar, hoy	3
Sergio Bufano: Llenar la Plaza	4
<b>Política</b>	
Juan Carlos Portantiero: Las nuevas mayorías	5
Jorge Tula: Entre los principios y la realidad	8
Ricardo Sídicaro: El retorno del progresismo	12
Fabián Bosco: Triunfos de los perdedores, derrotas de los ganadores	16
Andrés Malamud: El radicalismo: perfil y perspectivas de un partido en crisis	19
Jorge A. Mayer: Un apunte a la discusión sobre el difícil arte de domesticar un Ciclope	23
<b>Despedida</b>	
Alicia Azubel: Adiós a María	27
<b>Internacional</b>	
Franco Castiglioni: Actores antipolíticos en la democracia	28
Aníbal Jáuregui: El PT, un personaje en busca de un autor	32
Ralf Dahrendorf: Esta derecha de los 90	35
<b>Entrevista</b>	
Alejandro Blanco/Martín Plot:	

### Diálogo con Manuel Lamana

37

### Libros

Marcelo Leiras: Volver a mirar al peronismo, treinta años después	40
Ignacio García: Recopilación de intervenciones comprometidas	42
Alejandro Blanco: Adiós a la filosofía	43
A.B.: Novedades	44
M.L.: Liderazgos de nuevo cuño	45
Osvaldo Pedroso: Tardes de radio	46

### Cine

Alicia Azubel: Un fantasma de libertad tiene color: Bleu	47
--	----

### Ensayo

Will Hutton: Keynes, regreso por aclamación	48
---	----

### Contrapata

Osvaldo Pedroso: Bomba en la AMIA, ¿somos todos inocentes?	56
--	----

### Separata/Premio José Aricó (En coedición con Nueva Sociedad)

### Rodrigo Arceno: El reto de existir

### La Ciudad Futura

Bols-Mitsubishi - 1º (1029) Buenos Aires - 953-1581.

Director fundador: José Aricó (1931-1991).

Directores: Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula.

Consejo de redacción: Gerardo Adrogóz, Javier Argüeso, Alejandro Blanco, Fabián Bosco, Sergio Bufano, Francisco Caviglia, León Fornés, López Franzé, Julián Gashan, Miguel Gómez, Gabriel García Márquez, Leandro Serey, Antonio Morínón, Guillermo Ortíz, Osvaldo Pedroso, Martín Plot, Ernesto Sebe, Pablo Serrini.

Comité asesor: Emilio de Ipolta, Jorge Dotti, Rafael Filippoli, Oscar R. Gouzalez, Jorge

Korn, Carlos Krimmer, Marcelo Losada, Ricardo Nadelman, Oscar Terza.

Maqueta original: Juan Pablo Renzi. Diagramación y armando: Victoria Mozzé.

La Ciudad Futura recibe toda su correspondencia, cheques y giros en Casilla de Correo N°167, Securesl 12, (1412) Buenos Aires. Impresión: Gráfica Integral, Albarázca 1955, Buenos Aires. Distribución en kioscos de la Capital Federal: Suñif, Savadra 710, Buenos Aires.

Registro de la Propiedad Intelectual N°192675. Suscripción anual: Argentina, US\$ 40.- Exterior, US\$ 60.- Bibliotecas e instituciones: US\$ 80.- Cheques y giros a la orden de Arnaldo Martín Jáuregui.

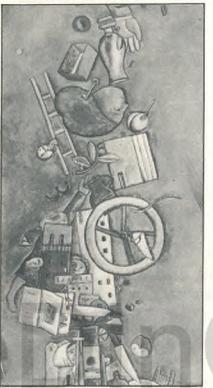
## OPINION

### El servicio militar obligatorio, hoy

Este artículo fue redactado a mediados de mayo; desde entonces algunas cosas han sucedido en torno al tema, como el anuncio presidencial de una próxima supresión del SMO. Sin embargo, nada de lo ocurrido le resta actualidad ni, menos, validez.

En los últimos tiempos nos hemos visto sacudidos por la noticia de la muerte violenta del soldado Omar Carrasco en Zapala. No es la primera oportunidad que un conscripto es "bailado", golpeado, asesinado en un cuartel, pero esta vez la reacción popular colectiva ha sido más fuerte que nunca antes, reclamando justicia y poniendo al mismo tiempo en cuestión al propio servicio militar.

Durante mucho tiempo la "colimba" era, para la mayor parte de las familias argentinas, una especie de castigo divino que caía sobre los varones jóvenes y que, con resignación o bronca, se aceptaba como inevitable. Pero algo comenzó a cambiar después de la Guerra de Malvinas, cuando la indignación frente a las arbitrariedades de que fueron víctimas nuestros soldados conscriptos en manos de oficiales y suboficiales del ejército argentino fue más fuerte que el miedo a las represalias, y los civiles salieron no sólo a denunciar esos hechos sino que empezaron a cuestionar la vigencia misma del servicio militar obligatorio. A partir de entonces fue saliendo a la luz pública lo que todos sabíamos en privado: la "colimba" significa un año perdido, durante el cual los jóvenes son arrancados de la vida civil y sometidos a la peculiar lógica de los cuartelares, regido por una escala de valores cuya máxima aspiración se traduce en



la consigna "Subordinación y valor".

Pero además, en la práctica, el sistema lleva al abuso, la servidumbre, la humillación y, como hemos visto una vez más en los últimos días, aun a la muerte. También fue quedando claro que éstos no son fenómenos aberrantes pero excepcionales, consecuencia de un "mal funcionamiento" del sistema, sino que, por el contrario, resultan de los propósitos mismos del servicio militar obligatorio. Desde su instauración en 1901, el objetivo del SMO no ha sido sólo el de entregar soldados para la defensa nacional, sino centralmente el de intervenir sobre el cuerpo social para disciplinar y homogeneizar a la población. Como alguna vez dijo Dante Giadone, el servicio militar obligatorio fue concebido como un laboratorio de sometimiento de la sociedad civil.

Domesticar al soldado, denigrar al civil, "ponerlo en su lugar" ha sido parte de la filosofía misma del SMO. A ello se agregaron prácticas corruptas

desarrolladas al amparo de la impunidad de que gozaron los militares durante la dictadura.

Desde 1982, entonces, se han ido erosionando las bases de aceptación del servicio militar obligatorio. Todos los años, cuando se sortea una nueva clase, miles de jóvenes se reúnen para repudiar públicamente el reclutamiento forzoso. Una organización, el Frente de Oposición al Servicio Militar Obligatorio (FOSMO), actúa como canal de expresión permanente de cuestionamiento. Varios proyectos de ley que tocaban el tema esperan su tratamiento en el Congreso. Gradualmente, en el seno de la sociedad civil se ha ido incidiendo en la reacción.

La explosión de protesta que vivimos en estos días puede entenderse, en parte, como resultado de ese proceso. Pero no se trata de un episodio más de una historia gradual, sino de un movimiento de fuerza extraordinaria y con una repercusión enorme. ¿Cómo explicarlo? Veo por los menos tres factores adicionales que se combinan en este momento particular. En primer lugar, existe una sostenida tendencia por parte de la sociedad civil a movilizarse en rechazo de los brotes de autoritarismo que una y otra vez resurgen en nuestro país. Éste es quizás uno de los rasgos más saludables de nuestra frágil democracia, en varias oportunidades durante los últimos años ha sido la protesta colectiva la que ha frenado el avance del autoritarismo. En este caso, además, la movilización se inició a pocas días de la derrota del oficialismo en las elecciones de abril en Neuquén, lo que seguramente creó un clima favorable a la protesta.

En segundo lugar, el poder militar está relativamente debilitado. Muchas son las razones de esta situación. Los crímenes cometidos por integrantes de las fuerzas armadas durante el Proceso, revelados en el informe Nunca más y durante el juicio a las Juntas, así

### La Ciudad Futura

Bols-Mitsubishi - 1º (1029) Buenos Aires - 953-1581.

Director fundador: José Aricó (1931-1991).

Directores: Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula.

Consejo de redacción: Gerardo Adrogóz, Javier Argüeso, Alejandro Blanco, Fabián Bosco, Sergio Bufano, Francisco Caviglia, León Fornés, López Franzé, Julián Gashan, Miguel Gómez, Gabriel García Márquez, Leandro Serey, Antonio Morínón, Guillermo Ortíz, Osvaldo Pedroso, Martín Plot, Ernesto Sebe, Pablo Serrini.

Comité asesor: Emilio de Ipolta, Jorge Dotti, Rafael Filippoli, Oscar R. Gouzalez, Jorge

como el desastroso desempeño militar durante la aventura de Malvinas, dieron por tierra con cualquier resto de prestigio que las FA hubieran podido conservar después de los años de la dictadura. Pero además, más allá de su imagen pública, desde 1984 los militares han visto reducido su presupuesto, debilitada su estructura, desdibujadas sus "hipótesis de conflicto" y, lo que es más importante, mermada su influencia política. Pareciera que las fuerzas armadas por fin han dejado de ser esa institución autónoma y omnipotente, cuyo poder los argentinos sufrieron durante largas décadas.

Finalmente, un tercer factor decisivo de la repercusión de la protesta actual ha sido la disposición de los medios de comunicación para actuar como canales efectivos de difusión de las manifestaciones provenientes de la sociedad civil. Esta actitud tan decidida de los medios es una novedad de los últimos años y, aunque no todos actúan con el mismo grado de compromiso, el periodismo se ha convertido así en un actor clave de nuestro espacio público.

En suma, estamos en un momento excepcional para avanzar hasta el fondo de la cuestión, tanto en el esclarecimiento del crimen del conscripto Carrasco como en el desmantelamiento del servicio militar obligatorio.

Hilda Sabato

## Llenar la Plaza

Convocada para protestar contra la política económica de Menem, la Marcha Federal ingrésara a la memoria como un acto más que se suma a la Plaza del No y que seguramente correrá la misma suerte que aquel acto: todos lo olvidaremos. Es probable que se intente incorporarlo al folklore mítico pero sobre todo servirá como punto de referencia para medir la concurrencia de otros actos futuros. Más o menos gente, más o menos combativo, más o menos pluralista. Pero la Marcha Federal no será un acto histórico como aparentemente aspiraban los organizadores. Ni bisagra, ni hito, ni expresión de la voluntad mayoritaria.

Pero si no es nada de eso y si sus consecuencias políticas son de dudosa eficacia, ¿por qué nos sentimos obligados a caminar varios kilómetros, sofrir el viento frío y soportar un doloroso plátano sobre el pavimento helado?

Por solidaridad y por aquella vieja disciplina.

Ni el radicalismo ni el Frente Grande —por citar a las dos principales fuerzas de la oposición— estaban muy convencidos de la conveniencia de realizar la marcha. Y si las dos hubieran faltado a la cita, las organizaciones sociales convocantes no hubieran llenado ni un tercio de la Plaza de Mayo. De consecuencia, fueron los partidos políticos los que contribuyeron al relativo éxito de la manifestación. Los grupos sociales no parecen tener un gran poder de convocatoria aunque las consignas que levantan sean sentidas como propias por una buena parte de la sociedad.

Hace ya tiempo que llenar o no llenar la plaza carece del significado simbólico que tradicionalmente tuvo. Y la sociedad parece entenderlo así cuando toma distancia de una protesta legítima que sin embargo no acompaña. Salvo algunas columnas del interior y los desarrapados que movilizó el Modin, la concurrencia era la de siempre: estudiantes, clase media, grupos progresistas y militancia.

No asistió el diez por ciento de subocupados ni el otro diez de desocupados.

No se sintieron convocados por los organizadores ni por los partidos políticos.

Conviene entonces revisar —sin existencias— algunos métodos de oposición al modelo actual. Por lo pronto presentando un modelo alternativo que necesariamente deberá ser obra de un conjunto de organizaciones políticas y sociales y no producto de un solo partido. Y eso no se obtiene en las plazas sino en el Parlamento, en discusiones multipartidarias, en la depuración de los partidos, en la convocatoria de técnicos de distintas disciplinas, en la búsqueda de acuerdos programáticos entre fuerzas.

A un año de las elecciones de 1995 el único partido que tiene una propuesta y que es capaz de gobernar solo es el Justicialismo. Es muy difícil imaginar un gobierno del Frente Grande o del radicalismo si no es a través una convergencia. El Frente Grande solo no podrá. La UCR sola, tampoco.

Sin desestimar para siempre el llamamiento a manifestaciones a las que seguiríamos concurriendo, la convocatoria que necesita la sociedad es de otra índole. Es política, programática, solidaria en la diversidad, convergente para gobernar y no para ser una mera oposición festiva que mide cuantos caben en la plaza y cuántos movilizó el grupo de al lado. □

Sergio Bufano

**NUEVA SOCIEDAD**

Director: Heidulf Schmidt Jefe de Redacción: S. Chefec

<b>SUSCRIPCIONES</b> (Incluido flete aéreo)	<b>ANUAL</b> (6 núms.)	<b>BIENAL</b> (12 núms.)
América Latina	US\$ 50	US\$ 85
Resto del mundo	US\$ 80	US\$ 140
Venezuela	Bs. 1.900	Bs. 3.500

**PAGOS:** Cheque en dólares a nombre de NUEVA SOCIEDAD. Dirección: Apartado 61.712 - Chacao-Caracas 1060-A. Venezuela. Rogamos no efectuar transferencias bancarias para cancelar suscripciones.

## POLÍTICA

### Las nuevas mayorías

¿Cómo articular en acción política el ancho espectro de sectores progresistas, cómo poner en marcha lo que aparece como una virtualidad del escenario abierto a partir del 10 de abril? Una tarea difícil y, además, urgente, que convoca a todas las fuerzas comprometidas con la construcción de nuevas mayorías democráticas.

Juan Carlos Portantiero

Imprecisamente, tal vez, una generalizada percepción colectiva nos envuelve: a partir del 10 de abril la política argentina estaría viviendo un punto de inflexión. Varios factores animan su presencia: el primero de ellos, sin dudas, el espectacular crecimiento de las expectativas electorales del Frente Grande —especialmente las encarnadas en la figura de Chacho Alvarez— sorpresivo aun para sus propios dirigentes, que ven cómo se abre una oportunidad que ellos habían imaginado más pausada. A este hecho que, aunque deberá ser revalidado en nue-

vos tests electorales, modifica por sí solo la previsibilidad de un cuadro tradicional de alineamientos mayoritarios, se debe agregar la progresiva pérdida del "estado de gracia" que aureola a Carlos Menem, las crecientes desconfianzas sobre los nuevos horizontes de la convertibilidad y las amenazas de colapso de la UCR,

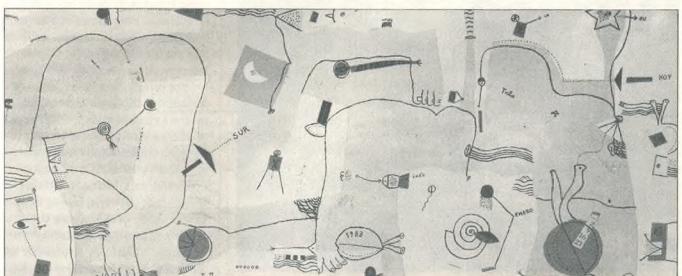
Asenso del Frente Grande, crisis en los dos grandes partidos, declinación del triunfalismo menemista.

La complejidad del cuadro abre ciertamente la probabilidad de reagrupamientos ciudadanos que expresan una renovación de la fatiga colectiva que ya empiezan a provocar masivamente las fuerzas políticas tradicionales. Todos los grandes procesos innovadores de la democracia argentina —1916, 1945, 1973, 1983— estuvieron marcados en su impulso inicial por

grandes cambios en los alineamientos cívicos, por originales coaliciones (políticas o sociales; explícitas o implícitas) que, más allá de su suerte posterior, de su capacidad de consolidación, indicaron vías nuevas de recomposición política. Creo que estamos viviendo un momento de transformación de expectativas y de comportamientos similares a los aludidos.

Es como si el episodio de la Constituyente, tan sospechada por su carácter de acuerdo de cúpula, de negocio político, en lugar de potenciar a sus propulsores contribuyera a opacarlos, colocándolos en un espacio de sombras en el cual el más perjudicado es, en tanto oposición, el radicalismo; estos son los rasgos centrales que definen el nuevo paisaje.

Menem, por su parte, aunque ha conseguido la sortija de su reelección advierte que esa pasión por la perpetuidad ha incrementado mu-



cho más la desconfianza que los entusiasmos y ve también cómo es escenario de caja de Pandora estimula las contradicciones internas de su partido, sobre todo a partir de los reclamos y quejas de las provincias heridas por el plan económico y sus derivaciones sociales, pero también porque muchas de ellas no han podido entrar en el juego del continuismo. Las protestas de Duhalde, de Reutemann, de Ortega, de Moine, sumadas a las de los descontentos menos coyunturales como Kirchner y Marín, han ocasionado fisuras profundas en el invicto estilo menemista sobre las que trata de meter su cuña Bordón.

Ascenso del Frente Grande, crisis en los dos grandes partidos, declinación del trituralismo menemista, descontento provincial, inquietud en la sociedad por el futuro del plan económico; estos son los rasgos centrales que definen el nuevo paisaje. Cualquier observador advierte que existen

enorme cantidad de expectativas en disponibilidad. En 1983 su movilizador fue el discurso democrático de Alfonsín; en 1991 el discurso económico de Menem-Cavallo; ambos son hoy a todas luces insuficientes para seducir a la población, hastiada de frivolidad, de corrupción, de impunidad, de mensajes partidocráticos confusos y sometida a un malestar social y cultural crecientes. Es cierto que estos pliegos de desánimo colectivo opera el neopopulismo de Rico, pero también que la suma de voluntades del radicalismo, del Frente Grande, de los socialistas, de algunas fuerzas provinciales y del peronismo descentral al que Bordón aspira representar, abre enormes posibilidades para proyectar un futuro político distinto para la Argentina.

¿Cómo transformar en real a esa coalición virtual? ¿Cómo conseguir que un estado de ánimo colectivo devenga fuerza social e instrumento político?

Ese es el gran desafío y no está escrito de antemano su éxito, sea para las muy próximas elecciones presidenciales o para un diseño de acción a más largo plazo. Hasta ahora la ecuación parece contener tres términos y cada uno de ellos plantea problemas: Chacho Alvarez (y los socialistas) en el esquema del Frente Grande; Federico Storani en la UCR y Bordón cerca de los límites del peronismo. Los tres dirigentes han expresado en diversos tribunas su ánimo de coincidencia transversal y hasta el propio Alfonsín que, a lo que parece no tiene intenciones de abandonar la presidencia de su partido, suele insistir sobre la necesidad de una coalición política posmenemista. Pero todos, en mayor o menor medida son prisioneros de lógicas de aparato, del "patriotismo de partido" que solía evocar Gramsci, por lo que Menem podría conseguir los diez puntos de ventaja que necesita para consagrarse en una primera vuelta (si alcanza un 40 por ciento, lo que es perfectamente posible) en caso que las fuerzas de oposición vayan divididas. Este escenario, de ningún modo irreal, implicaría un nuevo capítulo de la larga saga de ocasiones perdidas protagonizada por el progresismo en la historia argentina.

Transformar una mayoría eventual, sostenida sobre sentimientos difusos, en mayoría electoral y en oportunidad de gobierno es una obra de complicada ingeniería. Ignoró si será posible consumarla. Pero de todos modos cabe decir que es muy significativo lo que viene sucediendo desde el 10 de abril en adelante: por primera vez ese tema está planteado abiertamente, es discutido por los dirigentes, forma parte de las expectativas de la opinión pública.

Por primera vez, además, un pensamiento de izquierda democrática que recorre a varias fuerzas políticas y conselaciones ideológicas se plantea salir de su enclustramiento testimonial, de su *ghetto* confortable de cultura de oposición, para asumirse en el nivel de la cultura de gobierno. En este aspecto, fundamental, decisivo para cualquier futuro político, el progresismo argentino no parece hallarse en visperas de una mutación. Mucho es lo que habrá que

agradecer a la lucidez, al coraje y a la honestidad intelectual de Chacho Alvarez por esta posibilidad de traspasar los atávicos muros del aislamiento. Ha sido él quien con mayor fuerza ha planteado la necesidad de ese salto hacia la madurez, incorporando a un clásico discurso de la negatividad retórica la productividad de un mensaje que recoge la estabilidad democrática y la estabilidad económica como conquistas a las que no se debería renunciar, aunque dotándolas de nuevos contenidos. Esta actitud ya le está costando el precio de muchas críticas de sus compañeros de filas y de algunas voces periodísticas, melancólicas del pasado de los 70. Dado que él es el principal accionista de la empresa electoral del Frente Grande es muy probable que esa batalla pueda ganarla, pero ése es un primer obstáculo para la conformación política de una nueva mayoría que no debe ser subestimado: el del sectarismo de una izquierda que, en nombre de "principios", bloquea desde dentro del Frente Grande la posibilidad de aperturas hacia la creación de una

transformación

que

en

este

futuro

de recomposición

política

que

está

en

cambio

de

un

polo

amplio

que

mantiene

a

la

izquierda

que

si

persiste

en

una

actitud

de

aislamiento

o

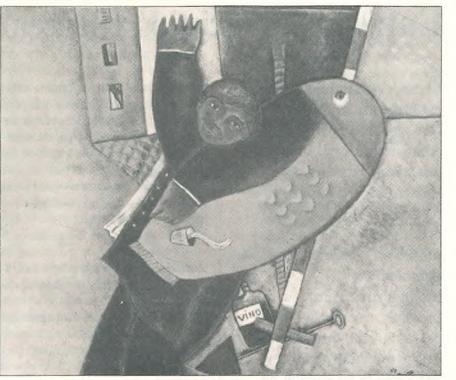
de

autosuficiencia

; si continúa creyendo que repetirá la frustrada candidatura de Angeloz es su mejor apuesta política, se endredará aún más en las sombras de su debacle. Aquí también hacen falta gestos de grandeza en favor de la constitución de un espacio transversal de agregación política posmenemista; Alfonso y Storani tienen

mucho que decir y hacer al respecto.

Otro tanto cabe para el fenómeno que comienza a expresar Bordón. Debe de una vez que rescata —mucha más que el Frente Grande— al legado "justicialista", el senador mendocino se está transformando en el emergente de energías políticas, sobre todo provinciales, que rechazan la perpetua-



ción de este régimen que las condena a la marginación. En la composición de una nueva mayoría democrática su presencia resulta significativa para la constitución de un polo amplio que, manteniendo las peculiaridades de nuestra historia política, resulte más parecido a la Convergencia chilena que al Frente Amplio uruguayo o al peteísmo brasileño, para citar a tres modelos que en el sur del continente buscan darle perfil a similares propuestas transformadoras.

Sabemos que la suma aritmética de todos estos votos, radicales, frentistas, socialistas y bordonistas, a los que se sumarán ciudadanos de otras preferencias, configuran una fuerza apreciable con posibilidades de gobierno. El problema es transformarlas en voluntad y en acción políticas. ¿Cómo hacerlo? Es el desafío de la hora. Se habla de pasos progresivos: un compromiso programático previo, el acuerdo sobre la constitución de un gabinete de coalición, la elección de un candidato presidencial que surja de internas abiertas en las que confronten a la luz del día los principales referentes de este gran partido transversal. Todos ellos son legítimos, pero el tiempo urge porque las elecciones están a la vista. Para esta gran empresa, mañana es tarde.

## Una biblioteca se hace con libros. (No con fotocopias)

- Mariano Plotkin. Mañana es San Perón \$24
- Mario Margulís y otros. La cultura de la noche \$16
- Jorge Castañeda. La utopía desnarmada \$28
- George Steiner. Presencias reales. \$20
- David Rock. La Argentina autoritaria. \$18
- Fernando Savater. Ética para Amador. \$12
- Fernando Savater. Política para Amador. \$12
- Umberto Eco. Obra abierta. \$16
- Jean Piaget. Psicología y pedagogía. \$9.80
- Gérard Haddad. Los biblióclastas. \$18
- Louis Althusser. El porvenir es largo. \$24

# Entre los principios y la realidad

El escenario político está conmocionado por la insospechada potencia demostrada por el Frente Grande, que tal vez abra el espacio para el desarrollo de un nuevo actor, capaz de encolumnar y dar cuerpo político a la izquierda democrática y al progresismo. Pero, precisamente, ese protagonismo virtual sólo puede materializarse mediante la resolución de desafíos insoslayables en el plano de los principios, de la organización, del discurso y de los aliados.

Jorge Tula

No es la primera vez que en el escenario político argentino surge una tercera fuerza que, instalada en un espacio que podríamos denominar de izquierda democrática, se insinúa como una posibilidad cierta de afectar al bipartidismo que se enfuerza en nuestro país desde hace varias décadas y que, por sus características, hasta ahora fue una traba para la aparición de una nueva fuerza claramente diferenciada de los partidos históricos que, como es posible apreciar, incluyen en su seno a sectores en algunos casos significativos que por afinidad ideológica podrían agregarse a un desafío de esta naturaleza.

Las experiencias históricas más recientes en este sentido parecen mostrarnos que, cuando se insinúo un fenómeno de esta naturaleza, por lo menos hasta ahora en cierta medida funcionaron más como movimientos transversales, con vida más o menos efímera,

que desempeñaron el importante rol de estímulo para el crecimiento y la consolidación de corrientes afines en el seno de esos partidos y para la modificación de algunas conductas de los partidos históricos, que como centros históricos se ha corrido hacia el extremo derecho del arco y desde allí dirige ahora sus propuestas hacia la sociedad. Pero si este extremo está siendo ocupado por el peronismo, el otro todavía está en disponibilidad: las fuerzas que podrían instalarse en este espacio vacante están dispersas y frangas significativas de ellas conviven aún en el seno de esos partidos con otras que le dan la fisionomía con que se presentan en la arena política.

Tomamos prestada esta expresión de Giorgio Galli para describir un escenario político en el que tienen presencia excluyentes dos partidos que se instalan en el centro y que, en determinadas coyunturas históricas, se inclinan uno hacia la derecha y otro hacia la izquierda para presentarse con algún rasgo que los diferencia entre sí. A grandes líneas éste es el caso argentino,

donde peronismo y radicjalismo se han recostado no siempre sin ambigüedad hacia uno u otro lado en diversos momentos de la vida política argentina. Tomamos prestada una expresión de Giorgio Galli para describir un escenario político con presencia excluyente de dos partidos en el centro y que, en determinadas coyunturas, se inclinan uno hacia la derecha y otro hacia la izquierda para presentarse con algún rasgo que los diferencia entre sí.

Se puede advertir que a esta consideración subyace la creencia de que para un mejor funcionamiento del sistema político, y de acuerdo con ciertas tendencias que podrían observarse en algunas sociedades más desarrolladas, deberíamos ensuciamos, y trabajar por cierto en ese sentido, hacia el surgimiento de dos fuerzas claramente diferenciadas que, instalada en la derecha, una y en la izquierda, otra, traten de lograr que sus propuestas programáticas sean aceptadas por un electorado que cada vez más prefiere instalarse en el centro para escuchar con mayor comodidad e

independencia la oferta política de fuerzas notoriamente discordantes.

En cierto sentido se podría afirmar que el bipartidismo argentino se está modificando porque uno de sus partidos históricos se ha corrido hacia el extremo derecho del arco y desde allí dirige ahora sus propuestas hacia la sociedad. Pero si este extremo está siendo ocupado por el peronismo, el otro todavía está en disponibilidad: las fuerzas que podrían instalarse en este espacio vacante están dispersas y frangas significativas de ellas conviven aún en el seno de esos partidos con otras que le dan la fisionomía con que se presentan en la arena política.

Alejado del peligro de la hiperinflación e incorporada la estabilidad como un dato irrenunciable para la consolidación de cualquier proyecto democrático, la sociedad argentina parece ahora encaminiada hacia la búsqueda de fórmulas adecuadas para superar desequilibrios perturbadores de diverso tipo, entre los que está presente con una gran intensidad la concentración económica y política del poder, utilizados abusivamente hasta distorsionar de manera notoria el funcionamiento del sistema democrático.

En esta búsqueda, estratos cada vez más significativos y de diversos sectores sociológicos parecen requerir la existencia de una nueva fuerza política a la cual delegar la responsabilidad de una oposición severa e inteligente ante lo que consideran un deficiente desempeño del partido al que habían elegido para cumplir ese rol. Pero, conviene advertirlo, esta preocupación parece exceder la mecánica institucional y brindar

les parecen requerir la existencia de una fuerza política a la cual delegar la responsabilidad de una oposición severa e inteligente ante lo que consideran un deficiente desempeño del partido al que habían elegido para cumplir ese rol. Pero, conviene advertirlo, esta preocupación parece exceder la mecánica institucional y brindar

señales de orientación política.

Las preferencias ciudadanas, como es sabido, se ha volteado en la última contienda electoral hacia el Frente Grande, una fuerza política nacida de la heterogeneidad y de la voluntad de diseñar un ámbito en el que convivieran, bajo una misma sigla, fuerzas de distintas tradiciones políticas -que en algunos momentos de nuestra historia más o menos reciente estuvieron seriamente enfrentadas en el plano de las ideas y de la acción- a las que los cambios producidos en nuestro país y en el mundo las ha ido acercando, tal vez más por la presencia de un enemigo común que está efectuado cimientos que algunas de ellas ayudaron a levantar y por acuerdos geopolíticos respecto del futuro, que por coincidencias programáticas claras y por concordancia respecto de los instrumentos adecuados para efectivizarlas.

Afí las cosas, el mapa político de nuestro país prosigue entonces su modificación con otro hecho que podría alcanzar una importancia no menor: la aparición impetuosa de esta nueva fuerza política que postula como uno de sus objetivos principales dar forma acabada al otro polo, el de la izquierda democrática, para poner fin al mencionado bipartidismo imperfecto.

La sorprendente irrupción del Frente Grande parece generar pésas condiciones más propicias que otras veces para la construcción del polo que falta. Porque para que ello fuera posible era y es necesario la presencia de una fuerza de izquierda democrática con un grado de consenso significativo, fuerte, independiente y con una clara vocación de convocar, primero, a fuerzas más afines para fortalecer el núcleo de izquierda democrática y, después, a los sectores progresistas que habitan en los partidos históricos, quienes, por razones más o menos entendibles, tienen menor inclinación y por ende mayores dificultades para ser los encargados de tomar la iniciativa en este desafío.

El primer paso de reunir a la fuerza más cercana, porrazones programáticas y por independencia política, finalmente dio sus frutos. La convicción de la

necesidad de ese paso se vio acompañada por una generosa y tozuda insistencia de Chacho Alvarez que terminó venciendo la obstinada resistencia de sectores mayoritarios de la Unidad Socialista, para, en lo que debería ser una primera etapa, dar consistencia formal en una alianza electoral a las coincidencias que se expresaban en los hechos. En las diversas gestiones legislativas, instancias donde se pueden medir las propuestas y el accionar político de ambos partidos, resulta muy difícil encontrar diferencias de importancia.

Los pasos sucesivos para reunir a los demás sectores progresistas enfrentarán mayores dificultades. Pertenecientes a los partidos mayoritarios siempre brinda a las franjas que los integran la esperanza de convertirlas en expresión de sus ideas y en centro de atracción para los que transitán, más allá de esas fronteras partidarias, por caminos que se dirigen hacia un objetivo más o

menos parecido. Pero también está presente el comprensible temor de abandonar la amplia casa que siempre los cobijó para edificar una nueva cuyos cimientos sólo serán sólidos si existen convicciones fuertes y constructores que suplan su inexperiencia en esta materia con una gran inteligencia y decisión política.

Para ser el gestor principal de esta formidable empresa -por otro lado es el único que está en condiciones de serlo en la actualidad- el Frente Grande deberá tener presente que una tarea de ingeniería política de esta envergadura necesita de cierta dosis de sabiduría política para entender y aceptar la diversa percepción de los tiempos políticos que se tiene según sea el lugar donde se está ubicado en el complicado tablero de las fuerzas progresistas. Porque, al fin y al cabo, acceder a la segunda etapa de la conformación de un polo progresista probablemente sea una larga tarea de construcción políti-

*Ada Korn Editora*

¿Por qué ningún creyente creó el psicoanálisis?  
¿Por qué hubo que esperar a un judío sin dios?

Peter Gay, uno de los más distinguidos historiadores de la cultura, se propone contestar estos interrogantes y expone el pensamiento del propio Freud sobre la relación entre psicoanálisis y religión.

## UN JUDIO SIN DIOS

Freud, el ateísmo y la construcción del psicoanálisis

de

PETER GAY

Uruguay 651 8º H



Buenos Aires

ca que no se detiene en el tejido de alianzas que reclama la competencia electoral inmediata, aun en circunstancias claramente favorables como las actuales.

Pero además, para erigirse en el verdadero articulador de esta inédita experiencia política, el Frente Grande deberá sortear con éxito otras dificultades.

Una de ellas deriva de su reciente y heterogénea constitución, y por tanto de la ausencia de tiempo y de experiencias en común suficientes entre las diversas fuerzas que la integran como para avanzar aun más en la búsqueda de mayores coincidencias antes que caer en la tentación de reproducir las conductas políticas tan propias de la izquierda argentina que prefieren resaltar y exacerbar los elementos que las diferencian.

Pero, a la vez, después de este primer gran éxito y ante las posibilidades más o menos ciertas de acceder al gobierno, también es el momento adecuado para reflexionar con mayor seguridad aun sobre el grado de coincidencias efectivas en el plano de las ideas, en el diseño de programas y en los instrumentos idóneos para efectivizarlas. Se trata evidentemente de una tensión de la que no se puede escapar.

La presencia en una fuerza de izquierda que pretende ser "razonable" de expresiones de izquierda más extremas, que por valores y aspiraciones tienen no obstante la posibilidad de compartir un mismo espacio, puede sin embargo generar confusión y plantear obstáculos en la búsqueda de identidad. Más aun, esta ambigüedad será por cierto utilizada por los adversarios en cualquier contienda electoral. No se trata por cierto, como alguien dijo, de preferir perder acompañado de claridad que vencer de la mano de la ambigüedad. Sigue que en un momento de construcción de una nueva fuerza política, donde no es fácil desterrar la confusión y las dudas, la claridad es también un arma táctica de consideración.

Sin tener aún la posibilidad de resolver los problemas que se le presentan en su seno, el Frente Grande debe presentarse, a pocos meses de su nota-

ble, e inesperado por su magnitud, éxito en las urnas, a un nuevo llamado electoral. La simultaneidad de los dos desafíos (construcción de una fuerza sólida y coherente de izquierda democrática en la que no deben estar ausentes los socialistas y realizar alianzas electorales con los sectores progresistas que habitan en los dos partidos hasta ahora mayoritarios, en especial

real debe realizarse con perspectiva de futuro y por tanto requiere un gran esfuerzo para no subordinar el mensaje a los requerimientos tácticos electorales y a cálculos sobre el comportamiento de otras fuerzas políticas. Las políticas generalmente se modifican según sean las coyunturas. No sucede lo mismo con la identidad.

Si bien es posible observar que los valores que fueron patrimonio de la izquierda democrática se fueron incorporando en los últimos tiempos al lenguaje y al programa de partidos de tradición distinta, también es posible advertir por ahora la distancia que existe entre los valores tomados en serio e incorporados en la vida cotidiana y los valores exaltados en la propaganda pero que son degradados en los actos de gobierno.

Así las cosas, uno de los rasgos distintivos del "futuro ser de izquierda", como dice Flores d'Arcais, debería ser entonces coherencia respecto de los valores proclamados y entre éstos y los hechos del propio actuar cotidiano. Categorías que son propias del mundo moral, como la coherencia y la hipocrisia, se convierten en los hechos en criterios de distinción política.

No se puede ignorar por cierto que a partir de principios tan generales como los que enunciamos es imposi-



ble elaborar sin más propuestas políticas concretas y que para diseñar estas últimas se necesitaría además una lectura inteligente de la realidad tal cual es. Así las cosas, si bien los principios nos indican el camino preciso que debemos recorrer, sí nos dan en cambio una orientación. En esta orientación es conveniente insistir en épocas como las actuales en las que la política parece haber quedado prisionera de un pragmatismo sin principios.

Aceptar la realidad tal cual es o, por el contrario, considerar a la realidad tal como la imaginamos son dos actitudes extremas que impiden ir seriamente hacia la búsqueda de su transformación. La política debe instalarse entre esos dos extremos y la racionalidad política no se limita al arte de lo posible. Alguien alejado de cualquier utopía nos diría que lo posible no sería alcanzado nunca si no se buscara lo imposible. Los políticos que dejan su marca en la historia no son los que quedan cautivos de la realidad tal como se le presenta ni de sus fantasías respecto de ella sino los que tienen capacidad para estrujarla y transformarla en racionalidad.

La creencia de que la democracia argentina se había convertido en un sistema político prisionero de la apatía y de la indiferencia ciudadanas parece haber llegado a un punto de ruptura. Para arribar a lo que en principio se presenta como una nueva fase de la vida política argentina no sólo fue necesario que se expresara en las urnas con notoria claridad el creciente malestar de la ciudadanía sino también lo que parece ser el surgimiento de un nuevo liderazgo político. La democracia, para funcionar de la mejor manera, tiene necesidad de actores políticos y sociales, de partidos y sindicatos que cumplan sus funciones, de participa-

ción y compromiso. Pero también de pioneros que puedan ir mostrando lo que parecerá ser el requerimiento futuro de la sociedad: coraje, honestidad, lealtad, osadía y el carisma necesario para conseguir ganar la confianza de los ciudadanos para el gran desafío de la época: la consolidación y renovación permanente de la democracia.

Tal vez lo más notable de este momento de la vida política argentina es que ese liderazgo haya surgido del seno de la izquierda democrática.

Y se trata por

ciento de un liderazgo innovador y promotor a la vez.

Innovador, en la medida en que Chacho Alvarez instala a la izquierda democrática como elemento significativo de la consolidación y renovación democráticas y que encarna la renovación de la clase dirigente en momentos en que adquiere mayor importancia que nunca la calidad moral y cultural de quienes incursionan en la política; promotor, en el sen-

tido que pretende que quienes son portadores de valores colectivos reales (pero que por si solos no están en condiciones de construir un proyecto global) unan sus fuerzas y que las experiencias progresistas acumuladas en los distintos ámbitos del país -cada una representante con igual dignidad de franjas importantes de la realidad social y política- lleven adonde ninguna de ellas, por si sola, pueda hacerlo.

Los dos desafíos a los que tiene que responder el Frente Grande, la construcción de una izquierda razonable que vaya más allá de sus fronteras y la realización de alianzas electorales con fuerzas de otra tradición política, debería ser, en ambos casos, un experimento de diálogo y edificación común que lleve a todos los actores a crecer y cambiar respecto del punto de partida. □

## CLUB DE CULTURA SOCIALISTA "JOSE ARICO"

### Actividades desarrolladas

#### 19-3-94: Proyectos de reforma constitucional.

Enrique Paixao,  
Eugenio Zaffaroni  
y Emilio Corbiere.

#### 22-4-94: Autonomía de la Ciudad de Buenos Aires.

Facundo Suárez Lastra,  
Eduardo Jozami  
y Norberto La Porta.

#### 6-5-94: Despues de las elecciones.

Chacho Alvarez y  
Freddy Storani.

#### 13-5-94: ¿Qué hacer con la universidad?

Juan Carlos del Bello.

#### 27-5-94: La utopía desarmada.

Jorge Castaño.

#### 3-6-94: La Argentina y el nuevo escenario internacional.

José Luis Machinea

#### 10-6-94: El centro-izquierda.

Chacho Alvarez.

#### 1-7-94: Debate sobre el aborto.

Laura Klein y Diana Galimberti.  
Coordinación de Haydée Birgín.

Bm. Mitre 2094 - 1º  
(1039) Buenos Aires  
953-1581

## El retorno del progresismo

El autor formula un conjunto de ideas sobre el "retorno del progresismo" en la política argentina, aludiendo con ello más a la verosimilitud de la consolidación de una fuerza progresista en el juego político que al logro de su efectiva cristalización, ya que sostiene esta última dependerá de la pericia de los actores y de condiciones objetivas ajenas a ellos.

Ricardo Sídicaro

No es este artículo un ejercicio de profecía ni, menos aun, un consejo para príncipes; más modesto, trata de ordenar algunos aspectos de la amplia materia prima empírica conocida y apunta a hacer relativamente más inteligible las condiciones en que el "retorno" se hizo imaginable y, por esa vía, quizás, posible.

### El fin del viejo sistema tripartito

Por un extraño, si bien comprensible, narcisismo civil solemos referirnos con frecuencia al sistema de partidos argentinos con la noción de bipartidismo, que incluye solamente al peronismo y al radicalismo. En realidad, la Argentina fue gobernada entre 1955 y 1983 por un sistema tripartito que, además de los dos mencionados, se completaba con el Partido Militar. Entre los tres habían establecido lo que denominé en algunos textos de hace una década "la alternancia perversa". Como lo hacían los otros partidos, el integrado por los militares tenía un programa cambiante y confuso, buscaba alianzas sociales y políticas de una manera errática y voluble, expónía un discurso público versátil, colonizaba

los aparatos estatales cuando alcanzaba el gobierno con adherentes, familiares y amigos y se retiraba al llano -en su caso, los cuarteles- después de haber fracasado en la gestión, para iniciar entonces una autocrítica que le permitiera, luego de disiparse el recuerdo, volver a los puestos públicos con una nueva cuota de credibilidad social una vez que se agotara la experiencia civil. La mayor dificultad para percibir a los militares como un partido surgía del hecho de que formaban parte de la burocracia estatal, factor que les permitía, a pesar del carácter maltratado de las instituciones, beneficiarse de los efectos de estadística.

Los que hacen ver a los funcionarios permanentes del Estado como partidarios neutros. Otro factor no menos importante era que como consecuencia de la lógica interna de los escalamientos castristas, el Partido Militar renovaba sus jefes con mayor frecuencia que los otros dos participantes del sistema tripartito.

En fin, sin llevar la idea al extremo, digamos que así como es válido sostener que los peronistas encontraron el principal de sus apoyos en una parte de los sectores más pobres de la población, los radicales los hallaban en las clases medias, el Partido Militar recogía la adhesión de los principales intereses proletarios, quienes introducían algunos de sus hombres y dirigentes corporativos o de minipartidos liberal conservadores allegados en los elencos administrativos *de facto*.

El tripartidismo se quebró en 1983. En la esperanzada restauración de la democracia muchos parecieron olvi-

dar que cuando un sistema pierde uno de sus componentes se transforman necesariamente los restantes. Existieron varias modalidades de cambio y aquí no parece importante destacar la lucha entre abierta y solapada que establecieron los peronistas y los radicales para capturar a los que habían sido los apoyos sociales y políticos del Partido Militar derrotado en su autocomiso y prácticamente desvirtuado con el fracaso del "proceso" y de la campaña bélico-política del Atlántico Sur. Los grandes intereses propietarios y sus políticos allegados habían quedado disponibles y radicales y peronistas se propusieron

desde 1983 conquistar su apoyo. En lo inmediato, Alfonsín fue, para ellos, el "mal menor" en comparación con un peronismo más amenazador por su desorganización interna y su historia que por su programa, que notoriamente era más complaciente hacia el poder económico que el del radicalismo. Todo el período 1984-1989 puede serleído en una de sus dimensiones como el conflicto entre ambas fuerzas políticas queriendo seducir a los "altos". Lo que otra hora había sido las "minorías oligárquicas" pasaron, en un sugestivo deslizamiento de términos, a ser los "capitanes de la industria" con todo el reconocimiento positivo que la expresión connotaba, a pesar de que, paradójicamente, se la seguía empleando con pretensión crítica. El discurso racional y mesurado de la llamada renovación peronista apuntó tanto a una parte del electorado de clase media como al gran empresariado que, a poco andar, se preguntó si efectivamente el alfonsonismo era el "mal menor".

El gobierno radical cedió frente a los grandes intereses por una mezcla de ética de las responsabilidades, dirían, y por un cálculo electoral evidentemente asociado con los manejos de la economía. Insaciables, los amigos empresarios parecieron desconcertar a los radicales que terminaron por ofrecerles la fórmula Angeloz-Guzmán, con la inocente aspiración de que ésta podía ser un complemento adecuado para hacer más creíble el programa liberal con el que enfrentaban al populismo menemista. Ya duchos en el juego electoral, los grandes intereses propietarios aportaron a los dos partidos, exigiéndole, posiblemente, más a Menem por su dudoso pasado y en la algarabía de su triunfo consiguieron compartir el gobierno. Así, los cinco años y medio de la administración alfonsonista fueron el escenario de equilibrios inestables, en los que se reflejó la profunda mutación política producida por el fin del viejo sistema tripartito y el trabajo de los dos actores sobrevivientes para readecuarse a la nueva situación con la fantasía que podían seguir siendo los mismos de la época en que jugaban tres. Sin embargo, al pasar a ser sólo dos y disputarse por las bases conservadoras del Partido Militar la transformación de peronistas y radicales resultó muy profunda, aun cuando en la superficie, por la poca vocación programática de ambos, los gestos y los discursos supusieron una cuota alta de malos entendidos en los que se extraviaron casi todos los actores y los observadores.

La revolución copernicana de Menem llevó a la perfección, si bien desproporcionadamente, el cambio del peronismo. Los radicales habían sido durante décadas lo otro del peronismo, seguir manteniendo la misma identidad cuando la de su antagonista desaparecía fue una ilusión que le impidió a muchos entender el acelerado fraccionamiento de su centenario partido. La historia populista del menemismo, que le conservaba adhesiones populares, y el deseo de captar el apoyo de los sectores económicamente dominantes, le impidió a los radicales con-

vertirse en el polo progresista de la nueva dinámica política. Peor aun, el radicalismo basó buena parte de su autoritarismo gubernamental en la importancia decisiva de la acción de los grandes intereses económicos; unos estimaron que no se les había dado lo suficiente y otros que se les había dado demasiado. Una conclusión los condujo a correr al menemismo desde la derecha y otra desde la izquierda. Incapaces de optar por una alternativa, tanto los lograron convertirse en una oposición democrática capaz de hablar consistentemente en nombre de la defensa de las instituciones y de la racionalidad administrativa, probablemente a causa del impacto que les ocasionaba la disolución del peronismo. El Pacto de Olivos puede pensarse como un intento de acta de nacimiento de un sistema colombiano, en el que los dos partidos quieren conservar la marca registrada de sus tiempos mejores, aun cuando ya son plenamente conscientes, ellos y la sociedad, de la profunda metamorfosis que supuso para ambos el fin del viejo juego tripartito. Sin



co. En las condiciones actuales todos los ciudadanos se encuentran ante **nuevos** partidos políticos, tengan éstos nombres tradicionales o recién estrenados; los de antes ya no son lo que eran entonces. Ello no impide que las dos principales fuerzas cíviles del viejo sistema reciban sufragios nostálgicos, como las igualdades de oportunidades se han incrementado notablemente para los nuevos actores. En sentido estricto cabe afirmar que la crisis del viejo sistema ha generado un espacio en el que es posible que se consolide una fuerza política de carácter progresista.

Si hasta aquí hemos focalizado la atención en el colapso del antiguo régimen de opciones partidarias corresponde ahora interrogarnos sobre los cambios de las orientaciones de los sectores progresistas que pueden contribuir u obstaculizar al logro de una mayor profundización de ese proceso complejo del que participan.

#### Las transformaciones de la Argentina y el progresismo

Las condiciones sociohistóricas argentinas parecieron obstaculizar la constitución de actores progresistas autónomos en la escena política. Así, si nos referimos a las cuatro últimas décadas cabe sostener que tanto el peronismo como el radicalismo tuvieron tendencias internas progresistas cuyos dirigentes prefirieron compartir sus destinos con fracciones de otra orientación y asumir *in toto* políticas partidarias con las que no estaban plenamente de acuerdo. Algo similar ocurrió con los respectivos electorados, integrados por votantes con las más disímiles motivaciones, dentro de los cuales una fracción para nada deseable tenía sensibilidad progresista. En el campo heterogéneo de las tendencias y partidos de izquierda predominó la discordia y el enfrentamiento por sobre las posibilidades de una acción concertada. Sin que fuese el único factor en juego, las divisiones de las izquierdas en muchos momentos fueron una consecuencia de la gravitación del peronismo y de su capacidad para

concitar apoyos populares. En ese aspecto, la política nacional cruzaba las estrategias de las izquierdas y las definía a su pesar.

La crisis del sistema tripartito con las modificaciones profundas producidas en los roles que pasaron a desempeñar peronistas y radicales cuando el Partido Militar quedó fuera de la arena política se encontró en la base, como hemos visto, de la posibilidad de un crecimiento de alternativas progresistas. El acercamiento de radicales y peronistas a los sectores económicamente dominantes huérfanos del partido militar, tendió a provocar en los últimos años el malestar ideológico de sus alas progresistas y el alejamiento de una parte de sus electores. También esos cambios liberaron a la izquierda del problema peronista y sólo a algunos de sus integrantes, y de modo ejímero, le plantearon la "cuestión alfonsina", pero ésta se desbordó muy pronto. En esas condiciones, la transición abierta en 1982-83, con la crisis del sistema tripartito muestra signos de hallarse en vías de solución en

un plazo no lejano. Muchos elementos llevan a suponer que por primera vez en la historia argentina podría surgir un progresismo independiente, es decir, que no sea integrante de otra colectividad política mayor en la que negocie su existencia con tendencias adversas y que tenga posibilidades de acceder al control del gobierno nacional.

Entendemos pertinente completar este breve análisis refiriéndonos a los eventuales obstáculos y desafíos de un nuevo progresismo en la situación actual. En primer lugar, y considerando la historia de nuestro país, no está de más recordar que la tentación populista formó siempre parte del horizonte político argentino. Los programas ausentes, o bien confusos y difusos, con la aspiración de sumar a todos fueron un elemento común en los populismos y permearon todas las ideologías, progresistas incluidos. En un debate hipersimplificado se discutió la entidad del hipotético "pueblo" en oposición a las hipotéticas "dos clases" del marxismo vulgar y la complejidad de las desigualdades y de los conflictos

sociales no fue incorporada de manera consistente a la mayoría de los pensamientos progresistas. Las nociones populistas entran en las ideas progresistas cuando éstas no pueden definir los sectores sociales a los que se proponen beneficiar y a aquellos que, en consecuencia, deben perjudicar. El hecho de que los grandes intereses empresarios muestren una gran verosimilitud política en los últimos años puede constituir un factor que induzca a suponer, a quienes definen el progresismo desde una variante próxima a las concepciones populistas, que éstos son los "prímo ricos" del fantaseado "pueblo". En sentido similar, desde una visión cercana a las de los populismos, el progresismo emergente podría perjudicar su definición política si quisiese sumar a todos los lesionados por las consecuencias de las orientaciones gubernamentales menemistas.

La desarticularción estatal, económica, regional, cultural y social de la Argentina actual es un desafío y un obstáculo importante para la construcción de una alternativa política progresista. En la época en que el país se hallaba más integrado, encontrar los puntos de coincidencia entre actores que vivían problemáticas distintas resultaba más simple. Hoy, el ingreso medio *per cápita* en la Capital Federal, más allá de sus flagrantes desigualdades, coloca a esa región en un perfil de consumos y expectativas parecido al de los países desarrollados, mientras que hay provincias cuya situación se asemeja a América Central. Los partidos tradicionales se han convertido por esa desarticulación en verdaderas federaciones provinciales y sus dirigentes están unidos mucho más por la historia compartida que por la similitud de las situaciones a las cuales

deben dar respuesta. Una fuerza política nueva carecería de las ventajas del pasado común y su solidez dependería de una manera decisiva de la capacidad de unificar preocupaciones y objetivos para nada conciliables de manera automática o con invocaciones ideológicas mágicas. El correlato de esa dificultad puede ser un aumento de la tentación populista, remedió vacío que sustituiría de un modo electoral, coyuntural y precario, la reflexión sobre el problema de las múltiples desarticulaciones nacionales y revelaría que los conflictos sociales y demandas sectoriales están insuficientemente incorporados al pensamiento progresista.

La relación entre lo social y lo político es hoy un punto clave para cualquier actor colectivo que aspire a asumir un protagonismo progresista. El vaciamiento de la política, fruto del agotamiento del sistema tripartito y de la pérdida de las identidades de los radicales y peronistas, puede llevar a suponer que toda estrategia electoral debe adaptarse a las reglas del juego de la equidad reinante. Esta "teoría" en nuestros días se refuerza con las graciosas especulaciones sobre el supuesto protagonismo de la televisión convertida en eje de la política, las cuales se basan en la ignorancia del hecho de que entre nosotros hace más de veinte años que la televisión se ha generalizado y que hasta hace alrededor de un lustro fue soporte de discusiones más serias y profundas. Fue en virtud del vaciamiento de la política que dicho sistema comunicacional, productor habitual de espectáculos baratos y de mal gusto, consiguió fabricar debates esencialmente falsos construidos sobre el modelo de los teleteatros y cronometrados según las exigencias de los bloques

publicitarios. El vaciamiento de las identidades de los principales partidos es lo que creó el hueco y no la tecnología que pone el fenómeno al alcance de los televidentes y, en todo caso, sólo amplía la cuestión al divulgarla masivamente. La tentación del discurso vacío, justificado en "razones de época", liquidaría las posibilidades de crecimiento de las alternativas progresistas. La emergencia de nuevos movimientos sociales ya puebla la escena política de interlocutores que solicitan respuestas a sus demandas y que con su sola presencia revelarán, aun queriendo, los vaciamientos del discurso de cualquier fuerza política. Hebe Bonafini y Norma Plá, el "perro" Santillán y Víctor de Gennaro, son lugares de la política y portadores objetivos de interrelaciones al progresismo, más allá de las trayectorias que les separan de cada uno el futuro inmediato. Ellos simbolizan la inviolabilidad de cualquier forma de progresismo que se distancie de lo social ajustándose, de hecho, a la lógica de los comportamientos de los actores que expresan a los restos, aún muy fuertes, del viejo sistema tripartito.

Concluyamos provisoriamente: el progresismo no puede ser un nuevo acto del antiguo sistema tripartito reducido hoy a dos partidos ya que la verosimilitud de su crecimiento supone la transformación del juego político. La tentación populista y las alianzas sin programa, fantasmas permanentes de la política argentina, son los aspectos del pasado que obstaculizan, pero de ningún modo determinan, el logro de un cambio profundo y duradero. Si se entiende al progresismo como una orientación dirigida a la ampliación de la equidad social, es decir, a una disminución de las desigualdades entre sectores sociales en el acceso a bienes materiales y culturales, en un marco global de consolidación de la democracia, metas combinadas con la mayor y mejor defensa de los intereses nacionales en un mundo en crisis, parece obvio que la autonomización de la política con respecto a la social difícilmente provea de la fuerza necesaria para alcanzar esos objetivos. □

## NOVEDADES

del Fondo de Cultura Económica

Olivier Mongin  
El miedo al vacío

George Couffignal  
Democracias posibles. El desafío latinoamericano

Alain Touraine  
Crítica de la modernidad

Sociedad N° 3  
Revista de Ciencias Sociales

Luis Maira y Guido Vicario  
Perspectiva de la Izquierda latinoamericana. Seis diálogos

Martin Buber  
Eclipse de Dios

Encuéntrelos en las buenas librerías y en  
Fondo de Cultura Económica  
Suipacha 617 - Tel. 322-0825/9063/7262  
o en nuestro stand en la 20 Feria del Libro



## Repensando el Pacto de Olivos

# Triunfos de los perdedores, derrotas de los ganadores

Estigmatizado como imagen del tradicional exclusivismo, la claudicación, el contubernio, la negociación espuria a espaldas de la gente, el Pacto de Olivos resignificó sus sentidos a partir del inicio de la Convención Reformadora.

Fabián Bossoer

**P**or múltiples razones, pocos quieren ver la evidencia de que aquel acuerdo podía marcar un punto de inflexión para los afanes hegemónicos y la apertura de cuentapartas para una desembocadura en otras aguas. Volvió la confrontación de ideas y propuestas, la competencia en paridad de fuerzas, la discusión entre iguales. El paseo de la elección se convirtió en una Caja de Pandora para el oficialismo y un campo de fertilidad política para pensar el posmenemismo. Como trasfondo, una reforma constitucional con innegables aspectos positivos para el funcionamiento de una democracia más sana que no termina de ser asumida como conquista por el conglomerado de sectores políticos progresistas.

Súbitamente, algo cambió en la política argentina a partir del 25 de Mayo. El inicio de las deliberaciones de la Convención Reformadora de la Constitución puso en movimiento una obra que poco tenía que ver con lo que hubiera presupuestado tanta homogeneidad en los análisis en torno a los significados de cada uno de los hechos precedentes que generaron dicho escenario. Seis meses acumulando argu-

mentos confirmatorios habían terminado por extender la obsesión presidencial al conjunto de lo que se albergó bajo el rótulo de "antipactismo": lo único importante era la elección y el Acuerdo de Olivos, firmado el domingo 14 de noviembre de 1993 y convertido en ley 24309 el último día del año, entregaba el único atributo político que le quedaba a la oposición.

Los resultados de las elecciones del 10 de abril ahondaron dicha convicción en una importante porción del radicalismo que no supo entender ni explicar (o no compartió) la estrategia seguida por su conducción y en el conjunto de fuerzas emergentes que si supieron ocupar los espacios que abría la nueva divisoria de aguas. Por supuesto, también en el estadio mayor gubernamental, compactando en la percepción de haber cerrado el último eslabón de la cadena de la continuidad de modelo, proyecto y elenco.

Cada uno de los puntos que conformaban el Núcleo de Coincidencias Básicas sufría en la exposición pública

el mismo proceso de lavado y descomposición: la atenuación del régimen presidencialista se llevaba en una difusa figura como la del "ministro coordinador"; el acotamiento de la reelección inmediata a un solo período y la reducción del mandato presidencial a cuatro años era el otorgamiento de diez años ininterrumpidos de gobierno a Carlos Menem; la incorporación de un tercer senador por provincia en representación de la primera minoría no iba más allá de una concesión al bipartidismo dominante; la elección directa del presidente con segunda vuelta estaba invalidada por su especificación de porcentajes: solamente cabría el *ballotage* cuando la fórmula más votada no superara el 45 por ciento de los votos o cuadro, obteniendo más del 40 por ciento, la distancia con su competidora más cercana fuera menor al 10 por ciento; la regulación de los decretos presidenciales de necesidad y urgencia no era tal sino su consumada legitimación; el Consejo de la Magistratura para la selección de jueces en-



cubría la consumación de una justicia politizada y así no sólo caía bajo la impugnación el "paquete" como una totalidad cerrada sino también cada uno de sus componentes. Nada se decía, entonces, de otros tantos acápite considerados intrascendentes o secundarios: la Auditoría General de la Nación en manos de la oposición, limita-

vos, y las elecciones de constituyentes, también allí habían surtido un efecto despertador sobre cierta conciencia alejada o distraída con la estabilidad económica y el anedotario de intrigas palaciegas. Nadie, sin embargo (exceptuando tal vez algún preocupado observador económico), apostaba que se produjeran grandes sorpresas en la Convención Reformadora.

### Del paquete a la Caja de Pandora

El tinglado de oropel preparado para la consagración de la Constitución Nueva para el Estado Nuevo (Dromi dixit, *La Nación*, 1/10/92) se derrapó en un múltiple escenario de ópera, con coros fuera de libreto, actores representando su propio papel y ensayos de orquesta. Apenas accesos para adormir al monstruo pergeñado.

Ni los reeleccionistas ni los antipactistas estaban interesados en alimentar un andamiaje de reforma constitucional tan complejo y más vasto que lo que su repercusión política inmediata atañía a los acomodamientos tácticos de tablero y los monitoreos de opinión pública podían aconsejar. Unos prefirieron gratificarse por la mayor fragmentación opositora, estudiaron nuevos juegos de alianza e imaginaron nuevos avances hacia la hegemonía plena. Los otros, apenas si salieron del libreto que lógicamente los convirtió en la gran fuerza testimonial de la protesta frente al Pacto de los Jefes, la reforma atada al paquete y los políticos que actuaron a espaldas de la gente. Finalmente otra parcela de la diligencia y un conjunto de analistas de la coyuntura agilaron con vehemencia no utilizada hasta entonces los peligros de una concentración hegemónica del poder e insacudible en el manejo de los asuntos públicos que ya se había operado con anterioridad. El Pacto de Oli-

vos, y las elecciones de constituyentes,

también allí habían surtido un efecto despertador sobre cierta conciencia alejada o distraída con la estabilidad económica y el anedotario de intrigas palaciegas. Nadie, sin embargo (exceptuando tal vez algún preocupado observador económico), apostaba que se produjeran grandes sorpresas en la Convención Reformadora.

El decisionismo discrecional del Ejecutivo se encontraba, de buenas a primeras, compitiendo con la deliberación constituyente.

La rebelión de gobernadores justicialistas (a la sazón convencionales) por mayor coparticipación impulsiva introdujo otro nuevo tembladeral en el horizonte del Presidente y se sumó a la ansiedad el ministro de Economía.

El propio Núcleo de Coincidencias Básicas, anatematizado como *un corset* para las minorías que imposibilitaba la votación por separado de los trece puntos incluidos, remeragua en la dinámica deliberativa como un paquete de control sobre la mayoría: "...los dos líderes políticos que ha tenido el país en los últimos lustros -Carlos Menem y Raúl Alfonsín- aparecen unidos por el Pacto de Olivos, que permite la reforma de la Constitución con reelección presidencial, pero en un contexto asfínosín, ballotage, primer ministro, tercer senador por la minoría, Colegio de la Magistratura, referéndum".<sup>3</sup>

¿Qué fue, en verdad, lo que cambió tan drásticamente un rumbo con signos tan vehemente anunciamos? Dos respuestas posibles definen cursos diferentes y condicionan las estrategias futuras en el territorio de quienes piensan la construcción de un polo de poder alternativo al desplegado a lo largo de un lustro. Una de ellas atribuirá este vuelco a los efectos del 10 de abril como duro golpe al Pacto de Olivos. Es la teoría del "aprendiz de brujo": con torpeza poco común, atribuible tal vez a la soberbia inmaculada, los operado-

res menemistas firmaron un pacto suicida con los alfonsinistas. La consecuencia principal del célebre acuerdo ha sido el surgimiento del Frente Grande, "fruto del repudio muy amplio al estilo confabulador de los capos de la clase política tradicional".<sup>4</sup>

Pero esta trasmisión fulminante de la perversidad y el maquismo del poder tan fácilmente devendido en candidez inocente y suicida es casi tan inexplicable como esquema de análisis como la falta de explicación convincente que se le criticó a las razones del Pacto como estrategia de la oposición. Existían entonces, razones de peso para reinterpretar el Pacto de Olivos a la luz del desarrollo de la Convención Reformadora como una maniobra de ingeniería política de más profunda significación. No solamente aparece, así, como una manera de evitar la colisión mayor entre dos autos que se enfrentaban a toda velocidad sino que puede emparentarse con las tumbas de yudo que aprovechan la fuerza del adversario para voltearlo. O, al menos, para posibilitar una lucha más pareja. La culminación por goleada de un partido arreglado se convirtió en un insospechado campo de entrenamiento para un campeón diferente. El aparente cerrojo aplicado sobre la modificación de la Carta Magna estaba abriendo las computadoras a la dinámica deliberativa, reintroduciendo la competencia política a través de la negociación y transformando una tendencia a la polarización centrífuga del sistema político en otra dinámica de convergencias y confrontaciones definidas por la propia matrícula en discusión.

La asunción de una u otra interpretación como matriz originaria por parte de los actores tiene, por supuesto, relación directa con el curso de los acontecimientos y las estrategias que cada fuerza política decide adoptar. En otras palabras, es tan importante la puesta en escena como la puesta en sentido del escenario en el que está siendo participando; aun más si, como es el caso, se participa en un escenario armado sin el propio concurso y acotado en su función. Por parte del Frente Grande, hijo pródigo o bastardo (según se prefiera)

de este proceso, importa el desafío de permanecer hasta el final de la Convención como presencia testimonial impugnadora, capitalizando el descontento social frente a una escena política restringida, o introducirse de lleno en la segunda etapa de la Convención, participando activamente en los temas habituales y trabajando en conjunto con el radicalismo. Si predomina el primer gesto, su capital político será tributario de la Constitución más acotada y la conclusión más desdicha de la Convención; pero también de su propia limitación para convertirse en actor generador de espacios propios de poder. Si finalmente prevalece el segundo escenario, podrá compartir el mérito de haber convertido una reforma restringida de la Constitución en una oportunidad para regenerar los espacios políticos, mejorar el sistema institucional, ampliar los derechos de la ciudadanía y participar en la construcción del poder democrático.

Después de todo, consun reconoció los vicios de origen y la explícita impronta schmittiano-menemista que está en el corazón de la explicación reformista por parte de sus impulsores, esta reforma constitucional no es la que muchos hubieran soñado pero es al mismo tiempo, seguramente, la más legítima que el país haya tenido en su historia. Y en su balance hasta puede

llegar a ser una Constitución razonable para una democracia que decida apartarse progresivamente del hiperpresidencialismo y dotar de mayor fortaleza a la sociedad civil.

La inscripción significante de esta reforma constitucional en cierto universo simbólico de la cultura política argentina es tan importante como la variación de significados que tal acontecimiento puede albergar a lo largo de un período en el que renacen las expectativas políticas de manera insospechada. No se trata solo de un ejercicio de semántica o del análisis de contenido de la discursividad en una etapa con la suficiente riqueza de acontecimientos como para aportar a la reflexión acerca de los modos de la política vernácula. Es, también, un ejercicio pendiente para quienes pretenden incorporar la reflexión a la acción política con la aspiración de proponer itinerarios distintos para el futuro inmediato y traducirlos en políticas consistentes, superando su larga travesía de indignación, protestas y lamentos. □

<sup>1</sup> Crónicas de Clarín y La Nación, 15/6/94.  
<sup>2</sup> Joaquín Morales Solá. La Nación, 11/6/94.  
<sup>3</sup> Jorge Bolívar, El Cronista, 17/6/94.  
<sup>4</sup> James Neilsen, Página 12, 14/6/94.

## PUNTO DE VISTA

Nº49 - AGOSTO DE 1994

### Historia y memoria

El caso Reggiani Tolosa/Guerra de Malvinas/Cordobazo/  
 La lista de Schindler/Los Pichiciegos

Escriben: Vezzetti/Altamirano/Beceyro/Sarbo/Sabato/Monjeau

*¿Longevidad o senectud?*

## El radicalismo: perfil y perspectivas de un partido en crisis

La difícil situación por la que atraviesa hoy el radicalismo no debería causar demasiada sorpresa. Es, simplemente, la consecuencia de una exagerada confianza en el pasado; quien cree reposar sobre las glorias de la historia no se preocupa por los riesgos del porvenir.

Andrés Malamud

El objeto de este artículo es operar, ante los planteos simplistas que adjudican el auge electoral menemista y la caída del radicalismo a la moda, los flujos (y refluxos) históricos o las veleidades pequeño-burguesas de los argentinos, una tesis diferente. Sostendremos, e intentaremos (de)mostrar, que los problemas que hoy afronta el centenario partido de Alem son producto de una deficiente adaptación de la operativa partidaria a los tiempos de la organización y la globalización mundial.

### Origen y evolución de los grandes partidos argentinos

Originariamente surgida como congregación de ciudadanos, con un neto discurso nacional y principista, la Unión Cívica Radical manifestó siempre rigideces estructurales y doctrinarias que le restaron la flexibilidad necesaria para adecuarse a los cambios del ambiente.

Entre sus mitos fundantes, "que se rompa pero no se doble" y "que se pierdan mil goberños pero que no se pierdan los principios", resaltan como emblemas de un acierto que siempre subordinó la ética de la responsabilidad a la ética de las convicciones. En

resumen, una comunidad de fieles que rechazó el pragmatismo como pecado y la ductilidad como herejía.

También debe tenerse en cuenta que, sin desconocer sus peculiaridades autóctonas, el radicalismo argentino es tributario del radicalismo universal, entendido éste como un movimiento civil que se conformó en determinados períodos históricos para engrabar la defensa de los derechos humanos, las libertades individuales y el estado de derecho.

Este radicalismo tuvo una relevante significación política en países como Francia, Italia y Chile y en todos ellos corrió la misma suerte: cumplidos los objetivos que le dieron origen, asumidos sus valores por la mayoría de sus grupos dirigentes, agotó su función de representación social y se extinguió.

Este fenómeno se repite cada vez que un sujeto colectivo (un partido político, un movimiento social, una asociación de cualquier tipo) tiene éxito en la consecución de sus fines: la alternativa surge entonces de reorientar sus metas o desaparecer.

Ante esta encrucijada se halla ahora la UCR. Obviamente, la opción no debería implicar el tirar por la borda los principios fundadores del partido, pero si ponerlos en sintonía con una propuesta global de sociedad, adecuada a los tiempos.

En opuesta simetría con la Unión Cívica Radical, el justicialismo surgió por un lado un tercio de variables agregadas y por otro el perfil original y el actual de cada uno.

gen de maniobra y la inexistencia de restricciones orgánicas de que gozaba su líder indiscutido. El particular *slogan* acuñado por Perón, "no hay que sacar los pies del plato", es la antítesis del de Yrigoyen: que se doble todo lo necesario pero que no se rompa el movimiento, podría leerse.

Pero además, y ésta es una variable definitoria, el peronismo es un fenómeno de este siglo y no del pasado, como el radicalismo. Las diferencias que este desfase histórico produjo en la matriz originaria de los dos partidos perduran mucho más allá de matices y estilos; básicamente, distinguen a una asociación civil de hombres libres que actúa en una sociedad premoderna, de otra agrupación articuladora de organizaciones que lo hace en una sociedad compleja.

En consecuencia, lo que en algunos casos se percibió como constitutivo del peronismo (distribucionismo, autarquía económica) se demuestra más tarde como aplicación de políticas particulares por parte de un actor maleable ante situaciones históricas variables; el Partido Justicialista se adaptó a los cambios estructurales de la sociedad y la economía, en vez de cristalizarse sobre sus cimientos.

En el cuadro que sigue puede observarse una comparación entre los dos grandes protagonistas de la política partidaria argentina, considerando por un lado un tercio de variables agregadas y por otro el perfil original y el actual de cada uno.

Cuadro 1 Evolución de los dos grandes partidos argentinos		
	Origen	Actualidad
Orientación política	PJ integrador organizativo corporativo conservador popular* aislacionista industrialista	excluyente organizativo laxo conservador popular globalista terciario
	UCR integrador civilista reformista liberal división internac. trabajo agrícola	?
Base social	PJ proletarizado industrial mediana burguesía nacional grupos tradicionales provs.	asalariados urbanos alta y media burguesía sectores tradic. provs. sectores medios: (profesionales y cuenta propia)
	UCR clases medias urbanas oligarquía desplazada	?
Base organizacional	PJ sindicatos ejército (iglesia)	empresariado-sindicatos (finanzas internac.)
	UCR (o alianzas) juventud	universidad

\* En este nivel, la clasificación no hace referencia a la coalición social que lo sostuvo sino a las prácticas de reforma social combinadas con firmes pautas de orden político y de respeto a la propiedad privada de los medios de producción.

Los signos de interrogación reflejan, además de la dificultad objetiva para categorizar al radicalismo, la incertidumbre que hoy manifiesta la dirigencia del partido en todos sus niveles.

### Los problemas del radicalismo

La UCR carece hoy tanto de expectativa de gobierno como de poder de fiscalización; es decir, no es alternativa ni control eficaz. Esta crisis de función es simultánea con la confusión respecto de su identidad, su razón de ser como partido: (a) ha borreado tanto su base social (¿a quién representa?) como su orientación ideológica (¿cuáles son sus discursos, sus principios o sus fines?). Estas serias limitaciones deberían conducir, lógicamente, a un debate que tenga como Norte la redefinición de su naturaleza; en cam-

Cuadro 2  
Carentías de la UCR

- |  |                          |
|--|--------------------------|
| <u>Identidad</u> (en tanto grupo colectivo)  | - Base social            |
|  | - Orientación ideológica |
| <u>Función</u> (dentro del sistema político) | - Alternativa            |
|  | - Control                |

bió, la incertidumbre parece haber actuado como un acicate para la acción antes que para la deliberación, impulsando a la organización a pegar un salto hacia adelante; quizás, hacia el vacío.

Crisis como la que se describe no sólo fueron sufridas por agrupaciones del mismo nombre en épocas pasadas; contemporáneamente, el desconeamiento de los sistemas de partidos promovido, entre otros factores, por el fin de la guerra fría y el desapego de la corrupción gubernamental, ha llevado

al borde de la desaparición a instituciones como el Partido Socialista Italiano, el Conservador canadiense y el Socialdemócrata venezolano, y ha derribado a otros como el Demócrata Liberal japonés, el Demócrata Cristiano italiano y el Socialdemócrata sueco; posiblemente, el PRI mexicano sea la próxima víctima. A ellos hay que sumar los partidos que condujeron transiciones similares a la Argentina, como el centro español de Adolfo Suárez, y los que con alguna afinidad ideológica como el aprismo peruano hoy son espejos sin vida.

Sobre qué creencias descansa, en este contexto, la garantía de immortalidad del radicalismo que sostienen quienes lo conducen? La tradición y la memoria popular no son necesariamente mayores que las que caracterizaron a la mayoría de los partidos predicados.

Desde lo que se ha calificado como bipartidismo imperfecto (en el sentido de dos partidos orientados hacia el gobierno pero que no alcanzan la mayoría legislativa sin el apoyo de fuerzas provinciales), o bien como sistema de dos partidos con vocación hegemónica, el sistema de partidos argentino parece encaminarse hacia un formato de partido predominante, al estilo del que se consolidó en Japón desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta el año pasado. De alguna manera, la vieja hipótesis de Torcuato Di Tella de que el radicalismo es un actor político innecesario parece estar convirtiéndose en realidad.

Pero lo paradoxal de la situación es que la decadencia de esta organización centenaria, expuesta visiblemente en la votación del 10 de abril de 1994, fue acelerada por un análisis de situación a nuestro parecer incorrecto, precipitado por un resultado electoral (el del 3 de

Y lo más notable de este hecho es que la recuperación del caudal de la UCR se concretó en una elección legislativa, cuando lo esperado hubiera sido un aumento del protagonismo de terceras fuerzas y un debilitamiento de la bipolaridad. Sin embargo, los factores que produjeron la desesperanza radical fueron la derrota en la Capital y la amplia brecha en la provincia de Buenos Aires; se obvió considerar que en la primera el retroceso parece haber tenido que ver con la selección de los candidatos, y en la segunda la diferencia no debió a la caída del radicalismo, que sumó más votos, sino al crecimiento peronista.

Ante un escenario de consolidación

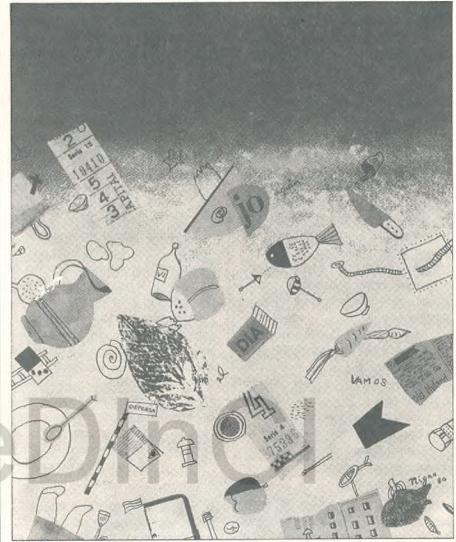
(octubre) que tuvo su mayor impacto no en el ámbito político-institucional sino en el estado de ánimo de los principales líderes partidarios.

En efecto, una mirada detenida sobre las elecciones de octubre de 1993, a partir de las cuales Alfonsín lanzó su ofensiva por la conducción partidaria con un discurso opuesto al sostenido hasta entonces, revela que la UCR pasaba por su mejor momento electoral desde 1987, contrariamente a lo que entonces se evaluó. Como se observa en el cuadro 3, la performance del partido fue superior a la de los dos comicios anteriores (1989 y 1991), invirtiendo la tendencia declinante que venía sufriendo desde la restauración democrática.

Cuadro 3  
Porcentajes electorales para diputados (o convencionales en 1994) nacionales

	UCR	PJ	UCR+PJ
1983	48	38	86
1985	43	34	77
1987	37	41	78
1989	29	45	74
1991	27	39	66
1993	30	42	72
1994	19	39	58

Fuente: Dirección Nacional Electoral. Los porcentajes están redondeados a enteros.



ción del bipartidismo, la estrategia racional hubiera sido la galvanización en torno a un eje de clara diferenciación con el gobierno. La ganancia, además del rédito en credibilidad electoral, habría incluido una victoria política sobre el Presidente, que contra la resistencia del establishment (expresado entonces a través de Roberto Alemann y Terence Todman) y de las demás fuerzas políticas no podría haber impuesto su criterio. En cambio, al no percibir esta realidad y abandonar voluntariamente el monopolio del espacio de oposición, confundiéndose con el oficialismo -y, al mismo tiempo, dejando crecer a terceras alternativas, la conducción partidaria no hizo más que ratificar la estrechez de su horizonte de expectativas.

Las consecuencias de este error de juicio pueden ser fatales. Hasta entonces, la incógnita radical era hallar la fórmula para recuperar su vocación mayoritaria sin resignar vocación transformadora: Casella proponía una postura ética, Terragno un enfoque modernizador, Angeloz una versión eficiente, Alfonsín una firmeza militante. Hoy, un rol que conjuga minoría con conformismo parece más cercano a la realidad que otro de mayoría alternativa.

### ¿Qué futuro?

Para escapar de su destino trágico, la UCR debe responderse tres interrogantes cruciales (que vengan a llenar los casilleros vacíos del cuadro 1): en primer lugar, ¿cuál es su modelo en relación con el desarrollo de un nuevo régimen social de acumulación?; a partir de esta definición, ¿cuál es la alianza social que estaría en condiciones, por comunidad de intereses y por

potencial estratégico, de llevar a la práctica el proyecto resuelto<sup>17</sup> y, finalmente, ¿cuál sería la base organizacional con cuyos recursos podría encararse la tarea? Estas no son determinaciones retóricas, sino, apenas, cuestiones de supervivencia.

La percepción immediasta de los objetivos del partido, orientando la acción estratégica hacia el reemplazo gubernativo más próximo, conspiró contra la necesidad de preservar la organización como factor de equilibrio del sistema político. La posibilidad de permanecer una o dos décadas fuera del gobierno, habitual en la mayoría de las democracias occidentales, no pudo ser asimilada por la dirigencia radical pese a que su misma historia la predispone para ello.

Aunque varios líderes partidarios repiten por estos días la hipótesis de la mexicanización (en el sentido de deslizamiento hacia un sistema de partido hegemónico), la ausencia de fraude y violencia política desmiten tal concepción. Más bien, la dirección del cambio parece apuntar hacia un escenario de partido predominante (según la tipología

de Sartori), pero en el que no es la fortaleza del gobierno sino la fragmentación de la oposición el elemento que define la situación. En este contexto, la misión del radicalismo podría haber consistido en posicionarse a mediano plazo como la alternativa dentro del sistema, para cuando el consenso poshiperinflacionario que sostiene a las actuales políticas entraña crisis.

En ese momento, superado el trauma colectivo (o bien agravado, si el gobierno no tuviera éxito en su objetivo estabilizador), las demandas de la sociedad se reorientarían hacia problemas nuevos o encubiertos, como la corrupción o la regulación de los servicios públicos privatizados. Los ejemplos actuales de crisis semejantes exponen dos salidas distintas: mientras en Japón el cambio se dio dentro del sistema de partidos, mediante escisiones y realineamientos, en Italia se desarrolló por fuera, potenciando la crisis de los partidos y favoreciendo la aparición de *outsiders* y extremistas. El compromiso asumido por el PCI con la vituperada "partidocracia", aun tibio y embozado,

alcanzó para desprestigiarlo ante la opinión pública, que percibió a su sucesor (el PDS) como continuista.

Hoy, el Pacto de Olivos parece dejar al sistema político sin su factor de equilibrio, ya que ninguna otra alternativa partidaria se halla, a corto plazo, en condiciones visibles de reemplazar a la UCR. En efecto, el Modín y el Frente Grande son, o bien un discurso tradicional enunciado por un carisma autoritario, cuyos dirigentes intermedios emigran al peronismo apenas son electos, o bien un heterogéneo conglomerado con potencial volatilidad electoral. El grado de preservación del radicalismo como actor-estabilizador será el indicador, de aquí en más, de las posibilidades de la política criolla de regenerarse a sí misma o, por el contrario, de sus perspectivas de cambio hacia opciones externas.

Hay ciertas manifestaciones de que este razonamiento habría sido contemplado por algunos dirigentes en el interior del partido. La consolidación de un fuerte sector moderador (lo que no necesariamente equivale a moderado en términos ideológicos), que amortigüe las tensiones entre las fracciones más duras, buscando actuar a la vez como bisagra de los liderazgos extremos y como contención de los afiliados en diáspora, es expresión de la conciencia del riesgo vivido. Es el primer paso: como afirma Linz, para realizar el salvataje de un régimen democrático (en este caso, el de un partido político) es necesario que exista un consenso mínimo entre los actores relevantes acerca de que constituyen un grupo, y de que la preservación del mismo vale la pena; y a la vez, deben percibir los peligros del cambio como amenaza para todo el grupo y no sólo para una parte. En definitiva, aun quienes quieran revertir la orientación de una determinada organización requieren que esa organización exista.

Sin embargo, es el escépticismo el que va primando. En los pasillos de los comités resuena por estos días un rumor que crece, originado en el refranero de un inefable legislador bonaerense: "este partido duró cien años... porque no lo agarramos antes".



## Reforma constitucional y presidencialismo atenuado

# Un aporte a la discusión sobre el difícil arte de domesticar un Cíclope

No son buenas las perspectivas para las instituciones del sistema político argentino. En las actuales condiciones no es aventurado pronosticar problemas que pueden afectar la calidad de la democracia que está edificándose. Sólo un nuevo freno político será capaz de encarar la tarea de reconstrucción institucional que tenemos por delante.

Jorge A. Mayer

Situándonos en el escenario de un proceso de reforma en nuestro país, la primera cuestión es ineludible: o este proceso va dirigido a la legitimación de las instituciones gubernamentales o, por el contrario, es una situación de escalada de la politicización que reduce a la Constitución a un nuevo mecanismo, instrumental y tentativo, a través del cual se desea dar aparente cobertura legal a intereses políticos coyunturales y particulares.

A cualquier habitante del país no le puede ser desconocido el hecho de que quedan pocos -si acaso alguno- bastiones de las instituciones de la república que no hayan sido manipulados y desnaturalizados por las más audaces operaciones políticas que uno pudiera imaginar. Sin discriminación y cubriendo a los tres poderes por igual.

Aquí me gustaría señalar que a mí entender un primer principio equívoco que posee el proyecto de reforma está referido al concepto de atenuación del presidencialismo. Creo que la mala enunciación de ese objetivo tiene un origen doctrinario que está dado, en

forma no accidental, por la teoría del hipresidencialismo que elabora Carlos Nino. Creo que lo que los redactores quisieron expresar era la limitación y un creciente control sobre las facultades y competencias del Poder Ejecutivo. Este proceso así expresado e integrado en una estrategia general apunta a reforzar los roles de ejecución y control de otras instituciones que pertenecen al régimen presidencialista, el Poder Legislativo y el Poder Judicial. A la vez no se va en dirección de quitar al Ejecutivo y al sistema general aquellos elementos que hacen a la gobernabilidad, sino que se apunta a lograr una ejecución responsable de dichos elementos. El presidencialismo no es sólo el Poder Ejecutivo sino que es la suma de poderes y agencias gubernamentales, que no deberían ser atenuadas sino reforzadas bajo pautas de mejor control y mayor eficacia.

Cercana a las concepciones de Lijphart, la visión reformadora del radicalismo se resuelve en el recurso de dotar de un creciente poder de veto de las minorías, más que en la creación de instancias de cooperación y de desintegración de mayorías conglomeradas en el Congreso. Lo cierto es que esta reforma, por la premura con que se concretó, posee un escaso sustento técnico.

Entiendo que, en otro nivel de consideración, el sistema presidencialista posee mecanismos que sin salir de la lógica del sistema es capaz de crear, conjuntamente con la figura del ministro coordinador, engranajes capaces de incentivar la cooperación y la mutua dependencia al que es necesario dotar a nuestro sistema. El acuerdo parlamentario a los ministros crea una serie de mecanismos en los cuales se rompe la lógica del juego de suma cero entre poderes, llegando incluso a descongelar los bloques parlamentarios. Esta modalidad potencia y jerarquiza al



Parlamento, potenciando y jerarquizando al mismo tiempo al Ejecutivo, brindando entidad y consistencia al gabinete en desmedro de la forzada centralidad del presidente como única entidad de relevancia dentro del Ejecutivo. Así, mediante el acuerdo amplio a un gabinete, se asegura el apoyo legislativo a las políticas de los ministros que adquieren el apoyo parlamentario necesario, que en el formato presidencialista que conocemos no posee en forma necesaria el presidente.

En recientes estudios sobre formas de gestión de los presidentes norteamericanos, se ha observado la eficacia de este instrumento en cuanto a introducir formas que abran la cooperación entre Ejecutivo y Legislativo. Los secretarios de Estado no sólo son los que el presidente entiende como sus más cercanos colaboradores sino que deben ser además los que superen el mecanismo del acuerdo. Tanto es así que en ese país se han conformado gabinetes paralelos -estos sí compuestos por los más estrechos colaboradores del presidente- que controlan y analizan la gestión de los ministros. Si bien en el caso de los EU el gabinete tiene esa misma entidad propia, la introducción de esta modalidad en un sistema como el nuestro podría potenciar al Ejecutivo a la vez que acrecienta la jerarquía del Congreso; morigerando las situaciones de posible bloqueo. En circunstancias en las cuales el Ejecutivo pierde su mayoría parlamentaria, ésta podría ser recreada a través de la conformación del cuerpo de ministros. Algunos argumentarán que esta práctica no es ajena a nuestro sistema, pero en esos casos la concesión de un ministro no compromete el apoyo político del Congreso para la implementación por vía legislativa de las políticas del sector. Es por demás llamativo que el proyecto de reforma no haya incluido un mecanismo como éste que, como

dijo, no es ajeno al presidencialismo.

Atendiendo al auge de posturas neointeracionalistas en la ciencia política contemporánea, podría decirse que una reforma constitucional supone una instancia de reformulación del contrato social entre gobernantes y gobernados. Desde una visión demócrata, en una reforma se ponen en juego los términos en los cuales la sociedad civil delega parte de su soberanía en las instancias políticas; valora actores, procedimientos, atribuciones y

ción y algunos otros indicadores que muestran las encuestas de opinión pública, hacen alarmante la pérdida que el espacio de lo público ha sufrido en los últimos años.

Lo que se parece atinado es hacer un recuento, más o menos sistemático -pero siempre incompleto-, de los puntos débiles del presidencialismo, de sus posibles causas y de la forma, si la hay, de eliminarlos o atenuarlos.

Podemos entonces pasar revista a algunas características de los presidencialismos.

Una premisa básica y vastamente desarrollada en diverso tipo de bibliografía es que los sistemas presidenciales tienden en América Latina a un desequilibrio de poder en beneficio del Poder Ejecutivo contra las incumbencias y autonomías de los otros poderes. Desde un primer punto de vista y en comparación con las prácticas constitucionales del presidencialismo norteamericano, éstas se sustancian en mecanismos tales como: el poder de intervención federal, la declaración del estado de sitio, los decretos de necesidad y urgencia y el veto legislativo. El uso abusivo de estos mecanismos han llevado en diferentes instancias y en diferentes lugares a que los presidentes obtengan de ellos una fuente inmensa de poder con el consecuente deterioro de los otros cuerpos de gobierno.

Recientes estudios sobre el presidencialismo en los EU dan cuenta de que también en aquél orden constitucional o, más bien en su práctica política, se da un fenómeno de preeminencia del Poder Ejecutivo sobre el resto de los poderes. Si el fenómeno no es tan llamativo, a la luz de la vieja teoría de los pesos y contrapesos, se han reconocido diversas prácticas para-constitucionales, que han generado mecanismos de control sobre ese poder; mecanismos que no se agotan entre los que enumera Fred Riggs en su ya célebre artículo. De cualquier modo las amplias competencias que los presidentes norteamericanos poseen en el ámbito de la política exterior del país y del alto riesgo relativo que la misma posee en la acción de gobierno de esa nación, tien-

**El creciente desencanto y apatía sobre lo político que hay en la ciudadanía, el desgaste**

algunos de estos tipos de principios. Según Sheldon Wolin las constituciones deberían tener, en forma adicional a lo anterior, la función de crear disponibilidades: de hacer de un sistema político una fuente permanente de generación de poder activo, para llevar a cabo proyectos de transformación social; convolviendo actores legítimos y eficientes en esa tarea y activando la participación política de la ciudadanía en esos procesos. Reconoce Wolin que la posibilidad de creación de estas disponibilidades están determinadas históricamente por una suma de incentivos agregados. El poder en cualquier sociedad es un insumo necesario y valioso que la misma debe generar. Creo que la sociedad argentina ha perdido una cantidad inmensa de poder movilizado desde la democracia restaurada hasta ahora. El creciente desencanto y apatía sobre lo político que hay en la ciudadanía, el desgaste en la credibilidad de la clase política en general, el anquilosamiento de los partidos en tanto dispositivos de participa-

dien a hacer imposible de comparar aquel régimen de gobierno con los presidencialismos de este continente. El gobierno responsable y controlado en el plano de la política doméstica contrasta con la amplitud de movimientos que el Poder Ejecutivo tiene en la política exterior.

Adentrándonos en el presidencialismo en forma general, Blondel y Suárez enuncian cinco límites constitucionales de los sistemas presidencialistas: a) la rigidez de los mandatos, tanto en su forma negativa, que es la que surge de la necesidad de sostener presidentes impopulares e ineficaces hasta el final de su mandato, como en su forma positiva que tiene que ver con los límites a la elección de un presidente popular; b) el presidencialismo otorga mayores posibilidades a individuos sin experiencia ministerial y refuerza los personalismos; c) los presidentes son altamente autónomos con respecto a su propio partido más que un primer ministro en un sistema parlamentario; d) los sistemas presidenciales carecen de mecanismos institucionales para asegurar al Ejecutivo una mayoría legislativa; e) con el amplio espectro de atribuciones y funciones del presidente, su poder pasa a estar limitado por los mismos y por lo tanto no puede alcanzar los resultados que sus agendas proponen.

De estos cinco límites señalados me gustaría rescatar algunos para comentar. El presidencialismo efectivamente no tiene mecanismos institucionales que garanticen las mayoría legislativas. Esta perspectiva remite a la tendencia del formato presidencial en términos de un juego de suma nula, que describió Juan Linz en su conocido artículo sobre el tema. Este hecho es peligroso por la posibilidad de que un presidente se vea obligado a salear al Congreso en una situación en que posee a la legislatura en contra. Si el Congreso no coopera el presidente se queda sin la posibilidad de sancionar las leyes necesarias para su agenda. Un estudio empírico de Alfred Stephan sobre una muestra de democracias presidencialistas en el período 1973-1987 da cuenta de que los partidos del

Ejecutivo gozaron de la mayoría legislativa en un plazo menor a la mitad del tiempo del mandato del presidente. Estos casos producen asombro en los especialistas europeos a los que les es difícil de concebir un Ejecutivo sin una mayoría parlamentaria indispensable. En los presidencialismos el dilema está en cómo superar estas *impasses* o momentos de mutuo bloqueo entre poderes. Forzando parte de nuestras instituciones políticas para-constitucionales el apego al principio de que el jefe del Ejecutivo declaró “asumir el costo político” de medidas altamente impopulares, que difícilmente pasarán el control del Congreso (como en el caso de los indultos, entre muchos otros). En un sistema parlamentario el costo político se paga al contado y en forma inmediata. O lo que describió Juan Linz en su conocido artículo sobre el tema.

Un segundo elemento es el de la experiencia ministerial. Supuestamente se acuerda que los gabinetes tienden a ser los fusibles (a veces excesivamente vapuleados) de los sistemas parlamentarios. La misma investigación de Stephan brinda dos conclusiones sorprendentes sobre este hecho: a) el porcentaje de ministros que ya tenían una experiencia ministerial es tres veces más alta en las democracias parlamentarias que en las presidencialistas, y b) el promedio de duración en el cargo de un ministro en un sistema parlamentario es dos veces mayor que el de un miembro de un gabinete presidencial. Si bien este punto debe�arse a una inestabilidad intrínseca de los países que componen la muestra y no a cualidades de los sistemas institucionales en sí mismos, la rotación del gabinete queda librada en nuestros presidencialismos al pleno arbitrio del

presidente.

Un tercer elemento a comentar es el de la independencia de los presidentes con respecto a sus partidos. De hecho en la última oleada democrática en América Latina se ha visto que la capacidad clientelista de los jefes del Ejecutivo presidencial barren con sus propias estructuras partidarias, desactivando al partido como entidad relativamente autónoma ante la cual el jefe del Estado debe responder en forma inmediata. Esto corrroe la institucionalidad democrática tanto como cualquier violación a las normas constitucionales, en la medida en que se desactiva una poderosa fuente de generación de las disponibilidades necesarias en todo sistema político: aquellas que mencionábamos al principio de esta exposición. Los primeros ministros responden

no sólo a su partido sino en forma directa a cada jefe de partido de aquellos que componen la coalición gobernannte. Este es un punto más que redonda en las posibilidades de crear representatividad.

Un último aspecto que me interesaría destacar es la necesidad de prestar atención a una irreflexiva asociación que se postula entre sistemas presidencialistas y sistemas de tipo bipartidistas. Este principio surge de que en tanto el cargo principal se lleva todo, las opciones tienden a polarizarse entre aquellas dos que mejores posibilidades tengan. Este juicio, como veremos no sólo es apresurado sino que además es peligroso.

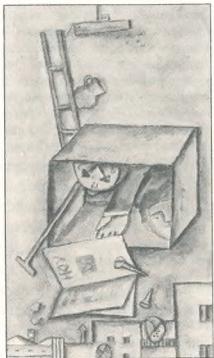
Como es sabido la futura constitución introducirá el mecanismo de doble voto para la elección presidencial. Si bien su aplicación está limitada por un sistema de pisos y topes, no se puede ignorar que, para la teoría tradicional, este sistema tiende a la multiplicación de las candidaturas, incentivando la configuración de un sistema

multipartidista en la primera vuelta, tanto a través de partidos como de confederaciones de los mismos. Aun con los topes y pisos la competencia para acceder a ser la segunda minoría puede inducir al multipartidismo. Pero si a esto le sumamos la combinación de la doble vuelta con un sistema proporcional para las elecciones legislativas y a su vez la introducción de un tercer senador por provincia, el multipartidismo polarizado no puede ser un escenario improbable en el futuro político institucional argentino.

De acuerdo con datos estadísticos del trabajo de Stephan, no existen democracias presidencialistas estables con un índice superior a 2,6 partidos efectivos en las legislaturas.

Peró de hecho el juego de suma cero que supone el presidencialismo es un campo propicio para la desintegración del partido de gobierno y para la aparición de formas de partidos menores polarizados, sobre todo en el ámbito de ajuste económico que sufre la región y este país en particular. De hecho la Argentina en sus pocos años de vida democrática -pero a lo largo de toda su historia institucional- no ha podido consolidar un sistema de partidos por fuera del modelo de partido predominante o hegemónico. Este formato también es un campo fértil para la aparición de nuevos partidos que se disputan el rol de principal opositor acentuando la tendencia centrifuga del sistema de partidos o de creciente polarización. Esto puede proyectar escenarios en donde el logro de mayoría en el Congreso sea un objetivo hasta difícil para el gobierno y en segundo lugar que las relaciones Ejecutivo-Legislativo se vuelvan fuertemente conflictivas acentuando las consecuencias que describímos más arriba. Este escenario abonado con ejemplos que provienen desde la República de Weimar hasta la caída de Acción Popular en Chile, son en el moderno institucionalismo una fórmula altamente explosiva para cualquier régimen de gobierno.

Scott Mainwaring trabaja sobre una base de datos de 31 democracias establecidas que no han tenido quiebres, soste-



nidos que llevaron a su actual estado de deterioro.

La verdadera entidad del ministro coordinador es un elemento que está lejos de haber quedado en claro. De su formato surge un sistema similar al de la República de Weimar, donde el *premier* estaba amenazado por dos frentes para la revocación de su mandato: la del presidente y la del Congreso. En este marco es difícil de imaginar cuáles serán las probabilidades de cumplimentar una agenda de gobierno. Sí, posiblemente, logre atenuar suavemente la tendencia del presidencialismo en cuanto a convertir a las crisis de gobierno en crisis del sistema, pero a costo de convertirse en el centro del choque continuado entre los poderes del Estado. No es fácil afrontarse en las posibles consecuencias de esto.

La ciudadanía sigue considerando que la mejor garantía a sus derechos está dada por un partido que cumpla un rol opositor férreo, posición que el radicalismo no ha podido sostener por incoherencias en sus estrategias y por su propia estructura. Creo que muchos nuevos y viejos partidos que crecen a la sombra del deterioro del radicalismo sufrirán, a modo de crisis de crecimiento, de estas mismas contradicciones. La pérdida de la eficacia social de la oposición tiene límites estructurales en el esquema funcional del sistema de gobierno. Al Ciclópe no se lo doméstica por los escándalos en los medios de comunicación ni por las denuncias en las Cámaras; ésta es una forma de alimentarlo pues deja al descubierto el estadio de impunidad con que se mueve el poder. Mientras los políticos se entretienen en este *show off*, las instituciones seguirán siendo tierra arrasada.

Sólo me imagino como solución la conformación de un frente político que tome como objetivo la reconstrucción de las instituciones de la república, pero dudo que por sí mismo éste sea un eje convocante con la solvencia necesaria. Aunque de serlo aún queda el peligro de que el movimiento se resuelva al modo de *La Granja de Orwell*. Porque el Ciclópe tiene un solo ojo pero, como se sabe, más de mil cabezas. □

niendo a ese sistema durante, por lo menos, 25 años consecutivos. De esas 31 democracias estables sólo cuatro son regímenes presidencialistas. Todas estas democracias presidencialistas presentan formatos bipartidistas, casi sin excepciones (la única de la que se da cuenta es el presidencialismo pluripartidista chileno de principios de siglo). El bipartidismo tiende a inducir formas de competencia centripetas, donde los partidos en pugna compiten por la conquista del centro político, moderando sus propuestas y conformando partidos del tipo *catch all*.

A manera de conclusión puedo afirmar que la suma de problemas enumerados supera el instrumental propio de los ingenieros constitucionales. En mi humilde opinión el sistema político argentino avizora frentes de tormenta que impactarán, sin lugar a dudas, en la calidad de la democracia que intentamos construir. Es cierto que la ciclopéica aventura de la reforma institucional debe dejar de descansar en las virtudes de aquellos a los que les toca la responsabilidad de gobernar.

Las reformas propuestas para los poderes Legislativo y Judicial tendrán algún efecto en el mediano y largo plazo, sin llegar a desterrar por completo y para siempre las prácticas que

## Adiós a María

**E**n estos días, mientras pensaba algunas palabras para compartir con ustedes en relación con la muerte de nuestra amiga y compañera, me encontré, en la pantalla de mi computadora, con una carta que le enviara hace un par de meses, escrita bajo la fuerte sensación de que quizás no volveríamos a verla.

"*María: ...hace un montón de días, meses entonces, que tengo ganas de sentarme a escribirte. Hasta este momento no lo he hecho, pero pese a ello, pienso mucho en vos. A veces sola, a veces en voz alta con Jorge o con los amigos del Club. Si siempre fuiste, con tus entradas y salidas del país, un tema de curiosidad entre nosotros (¿Qué se sabe de María? ¿Por dónde anda ahora? ¿Cuándo vuelve? ¿En qué anda?), cuando nos enteramos de tu demora en París a causa de un "desperfecto físico" (de alguna manera hay que llamarlo) nuestra curiosidad se desató a una cierta preocupación y, sobre todo, hacia unas muchas ganas de verte entre nosotros".*

María era una viajera... de aquellas que se sabe cuándo parten pero no se van a volver, ni cuándo. Y era justamente esa incertidumbre la que nos mantenía en un contacto vivo con ella, por más lejos que estuviera. Sabíamos que al volver nos llenaría de palabras con anécdotas de sus zozobras personales y de reflexiones políticas de los más variados escenarios en los que le tocara intervenir.

Luego de realizar una primera etapa de estudios en Brasil, su país de origen, María realizó estudios en Chile (FLACSO), luego se dirigió a París (Escuela de Altos estudios en Ciencias Sociales) donde obtuvo un doctorado y luego aterrizó en Buenos Aires, pero ahora con Gabriela en brazos, su hija nacida en París.

Ya en Buenos Aires, desempeñó, entre otras, funciones académicas en CLACSO, colaboró en la fundación del Centro de Altos Estudios de la Universidad de Buenos Aires, fue Secretaria General del Club de Cultura Socialista y Profesora Titular de la Facultad de Ciencias Sociales (Carrera de Ciencia Política).

Finalmente, en los últimos años María, participó en misiones de las Naciones Unidas en Nicaragua, Mali, Angola, Haití, Guinea, Zaire, siendo designada



últimamente funcionaria del Departamento de Observación Electoral de la ONU.

(Puedo "ver" el rubor de María al ser denunciada por esta trayectoria. María no gustaba de ser objetivada por ninguna marca o señal de identidad, sin embargo si no incluyera este piso también real de la trayectoria de María muchas cosas quedarían en el aire).

Estamos en el Club de Cultura Socialista José Aricó. María Grossi

fue una de nuestras mujeres del Club.

Antes de eso la conocí como una

de nuestras mujeres de la UBA, en una mesa lateral de la sala de reuniones del Consejo Superior, cuando los sires de Buenos Aires, recién asumido Alfonsín, nos hacían sentir en escenarios no demasiado reales, aunque todo era bien tangible a nuestro alrededor. Nuestro desconcierto parecía no tocar a María, que trascendía en cualquier espacio un halo de irrealdad por su aparente vivienda y estado de flotación.

María, nacida en Brasil... flotaba más bien en un mundo sin fronteras en el que deambulaba, uno nunca sabía bien dónde.

Fue, dice, una de nuestras mujeres del Club. Sin fronteras; sin embargo cada viernes durante muchos años se asentó entre nosotros, donde se destacó por esa combinación de belleza, inteligencia y salvaje egocentrismo que pronto la situaron ya no como una más entre nuestras mujeres del Club sino como la encarnación de una mezcla rara, mestiza ella, entre nosotros blancos o falsos "negros".

Cada vez que María partía dejaba un vacío. Es cierto, como he dicho, que ya estábamos acostumbrados a sus idas y vueltas... Aun así, su ausencia se dejaba notar, pese al hábito. Hoy, en cambio, penamos una lejanía ya sin retorno de María. Para nosotros ese espacio vacío será ocupado, en nuestro recuerdo, por ella y sólo por ella. Eso es lo triste, que no contemos ya con la picardía de esa mujer dispuesta a descolocarnos desde cualquier lugar, fuera de nuestras fronteras.

Este es el adiós a María, que quería compartir con ustedes aquí. Como un modo de despedirla, pero también como un modo de guardarla entre nosotros.

Alicia Azubel

## INTERNACIONAL

*El caso italiano y el fenómeno Berlusconi*

# Actores antipolíticos en la democracia

Desde hace algunos años las democracias liberales están siendo atravesadas por la emergencia de actores antipolíticos. No se trata simplemente del proceso de personalización de la política, ni tan solo, como señaló Bernard Manin, de fenómenos de adecuación de la representación a la relativa decadencia de los partidos como vehículos casi exclusivos de las pertenencias culturales y de clase.

Franco Castiglioni

Nuevos movimientos han surgido en torno a la crítica, a veces virulenta, hacia la clase política y los partidos establecidos. Los nuevos actores **antipolíticos** acentúan y elevan a la escena públicos puntos de escisión fundados en el desencanto con la política, que adquiere particular significación en los países que experimentan, alternativamente o en su conjunto, crisis institucionales, políticas y económicas. Con sus discursos y sus actitudes, estos líderes reducen la política a expresiones de protesta radical contra el Estado, los partidos y el *establishment* económico. Frecuentemente recurren a la ridiculización de los desvalorizados políticos (los parlamentarios son, para ellos, el símbolo de la ineeficacia y la corrupción), para finalmente insinuar la eliminación lisa y llana de la política en tanto arena de mediaciones y de construcción de proyectos sociales.

Estos movimientos antipolíticos

de los años 90, como señala Ralf Dahrendorf en este número de *La Ciudad Futura*, se caracterizan por un discurso de derecha, donde se mezclan reivindicaciones nacionalistas, en algunos casos regionalistas, con apelaciones al mercado y al individualismo extremo y en contra del garantismo social. El liderazgo de mano fuerte, frecuentemente contorneado por personajes ajenos a la política, aparece como el actor imprescindible para terminar de una vez por todas con la "partidocracia" y otras lacras sociales.

Hasta el momento la radicalidad de estos movimientos parece estar en relación directa con la distancia del poder y la estructuración de los sistemas partidarios. Así, los movimientos de extrema derecha en Francia y en Alemania, pero como en Brasil durante el período Collor y como en Perú en la actualidad, Italia tiene hoy su líder, ajeno al sistema político, a cargo del Ejecutivo. Silvio Berlusconi obtuvo una significativa victoria electoral (convalecida y aumentada en las posteriores elecciones europeas) con consignas muy sencillas: menos Estado, más mercado, menos impuestos, más libertad de empresa, menos discusiones y más decisiones. A ella Berlusconi unió sabiamente ingredientes de la calle y del deporte (su fuerza política se denomina *Forza Italia*), con un lenguaje llano y accesible: *Soy y seguiré siendo una persona normal, un hombre común que no tiene por qué distanciarse de un lenguaje llano, inspirado en el tan despreciado "genido comunitario"*, contestó secamente Berlusconi a Norberto Bobbio, que lo había acusado de "populista" y "plebiscitario" en las páginas de *La Repubblica* a mediados de junio.

Pero ¿qué sucedió en Italia para que se impusiera un *outsider* de la política si ese país había logrado cons-

mientos radica en la ausencia de movilización, correlato de las contingencias históricas, políticas y económicas en las que los nuevos líderes emergen.

Un caso particularmente interesante en este contexto de retorno del líder, para usar la gráfica expresión del mexicano Sergio Zermeno, es el de Italia. Allí, un empresario, Silvio Berlusconi, aliado al jefe de la protesta regionalista, Umberto Bossi, y a un líder proveniente de la extrema derecha fascista y antisistema, Gianfranco Fini, llegó al gobierno en pais donde el sistema político peninsular había sido, hasta fines de los años 80, fuerte y sólidamente estructurado.

A diferencia de Francia y Alemania, pero como en Brasil durante el período Collor y como en Perú en la actualidad, Italia tiene hoy su líder, ajeno al sistema político, a cargo del Ejecutivo. Silvio Berlusconi obtuvo una significativa victoria electoral (convalecida y aumentada en las posteriores elecciones europeas) con consignas muy sencillas: menos Estado, más mercado, menos impuestos, más libertad de empresa, menos discusiones y más decisiones. A ella Berlusconi unió sabiamente ingredientes de la calle y del deporte (su fuerza política se denomina *Forza Italia*), con un lenguaje llano y accesible: *Soy y seguiré siendo una persona normal, un hombre común que no tiene por qué distanciarse de un lenguaje llano, inspirado en el tan despreciado "genido comunitario"*, contestó secamente Berlusconi a Norberto Bobbio, que lo había acusado de "populista" y "plebiscitario" en las páginas de *La Repubblica* a mediados de junio.

Pero ¿qué sucedió en Italia para que se impusiera un *outsider* de la política si ese país había logrado cons-

truir un sistema partidario sólido sin fracturas sociales ni crisis económicas agudas como en Brasil o Perú? ¿Acaso puede reducirse el fenómeno Berlusconi al uso indiscriminado de la televisión como vehículo para conquistar el poder?

## Berlusconi y la antipolítica

Se puede afirmar, en términos generales, que la **antipolítica** prospera en situaciones de hartazgo de la clase política, cuando ésta es considerada por sectores importantes de la sociedad como ineficaz o cuando se le adjudica responsabilidad directa por las penurias pasadas (como la corrupción, que se hace más insopitable donde los ciudadanos son objeto de una fuerte imposición fiscal), por la crisis económica y el empobrecimiento social o por la falta de ideas y proyectos creíbles para superar coyunturas de incertidumbre colectiva acerca del futuro personal y doméstico.

En algunos países latinoamericanos estos movimientos se ven abonados por las tradiciones político-culturales caudillistas y patrimonialistas, por la debilidad institucional, la fragmentación de la sociedad civil y la presencia de contextos de emergencia económica, como señala Juan Carlos Torre, que demanda liderazgos "decisionistas".

Italia se hallaba, a inicios de los 90, lejos de constituir un caso de emergencia como Perú o Brasil. Pero la crisis de la clase política, bajo los reflectores de los procesos judiciales anticorrupción, espectacularizados por los medios de comunicación, y bajo un agudo sentimiento de rechazo hacia la elevada imposición fiscal, asociada por los contribuyentes a los reducidos niveles de eficiencia de los servicios públicos ofrecidos por el Estado, se conjugaron con una sociedad italiana orientada, según Giorgio Ruffolo, hacia ideales de "felicidad privada". Berlusconi se dirigió al electorado soplando sobre el viento privatista europeo, cultivando a la vez esperanzas y sueños de bienestar personal desde su tranquilizador espacio de empresario que se propone

como alternativa de la desacreditada clase política e interpreta la demanda de "novedad".

Hay que notar, sin embargo, que Berlusconi, a diferencia de los fujimoristas latinoamericanos, no opera en un vacío institucional. ¿No existe, entonces, una *contradicción in terminis* entre liderazgo antipolítico y acción de gobierno, en un contexto institucional que cuenta con una administración pública relativamente autónoma, junto a un Poder Judicial independiente y organizaciones sociales difusas y autónomas? ¿No será acaso que los movimientos antipolíticos pueden afirmarse, y muy relativamente, sólo en las "democracias hibridas", como denominó James Malloy a las formas ejecutivas y decisionistas, aunque popularmente electas, de nuestro continente, mientras que, por sus propias características, estos movimientos en las democracias más consolidadas del planeta ven restringido su accionar a la protesta radical y que, una vez llegados al poder, deben necesariamente limitar su populismo al discurso del "hombre común" (como hace hoy Berlusconi), pero desplegando a la vez una compleja práctica de gobierno que reintroduce obliduosamente a la desvalorizada política?

## El ascenso del líder

Para justificar las razones del éxito de Berlusconi nos remitimos, por un

lado, a los cambios estructurales, de largo plazo, que se verificaron en Italia desde la posguerra y, por el otro, a causas más estriictamente coyunturales, asociadas a la formación de coaliciones ante las elecciones de marzo pasado.

Desde el fin de la Segunda Guerra, la Democracia Cristiana se colocó en el centro del sistema de partidos, englobando como aliados, primero a los pequeños partidos laicos y luego a los socialistas. Con la erosión de la fuerza de la identidad de los valores cristianos como fuente de agregación política, a causa de la modernización de la sociedad italiana, el uso del anticomunismo como factor electoral aglutinante y el manejo discrecional del gasto público le permitieron al partido católico garantizar, con costos crecientes, su continuidad en el gobierno, aunque obligadamente a través de fórmulas de coalición. Fue su aliado principal, el Partido Socialista Italiano, quien, con un escaso 13 por ciento de los votos supo imponer a la DC mayores costos políticos para sostener la estabilidad de la coalición de gobierno. La siempre más aguda competencia entre los dos aliados, bajo el ambiente liderazgo de Bettino Craxi en el PSI en los 80, creó un cuadro de mayor ingobernabilidad del sistema político, que se manifestó en reiteradas crisis de gabinete.

La caída del Muro de Berlín a fines de esa década quitó del medio la bandera anticomunista y dejó al descubierto el elevado precio del sistema de intermediación política que se había adeudado del Estado. Paralelamente, el auge del gasto público y el consiguiente incremento de la imposición fiscal (de alrededor de diez puntos del PBI en un décaada) para pagar una deuda estatal que ya superaba el Producto Bruto Interno, producían una importante oleada de rechazo al sistema político y al centralismo romano, particularmente en el Norte del país donde la evasión impositiva es significativamente menor. Ese rechazo se canalizó políticamente, al caer la "extorsión" anticomunista, hacia una nueva fuerza de protesta, la Liga del Norte, en



su origen secesionista y fuertemente antiestatalista. Al mismo tiempo, una serie de *referendum* promovidos por sectores disidentes internos de los partidos principales, apuntaron contra el clientelismo a través de la reducción de las preferencias en las boletas electorales (1991) y a favor de la modificación del sistema electoral proporcional (1993), señalado como un factor que coadyuva a la prepotencia de los aparatos partidarios, a la inestabilidad de las alianzas de gobierno y a la falta de alternancia, con el objetivo de pasar al sistema uninominal para abrir las puestas a mayoría parlamentarias sólidas en condiciones de alternarse en el Ejecutivo.

En este contexto, en el cual las fuerzas dominantes acusaban el des prestigio en las elecciones nacionales (1992), la acción de la magistratura peninsular aceleró los tiempos de la crisis del sistema de partidos. No fue antes sino después del comienzo de la crisis política cuando los jueces y fiscales intervinieron para desentrañar y juzgar a la corrupción. La operación *mano limpia* llevó en pocas meses a centenares de hombres de la clase política tradicional a desfilar frente a los estrados judiciales. La TV siguió ese proceso dando a los juicios una espectacularidad desconocida. El veredicto popular, singularmente fomentado desde los medios de comunicación, fue contundente hacia la clase política.

### La victoria de Berlusconi

Luego de las elecciones de alcaldes de noviembre de 1993 -realizadas con el nuevo sistema electoral mayoritario con doble turno-, que habían dado la victoria a candidatos ligados a la izquierda (sobre todo al Partido Democrático de la Izquierda, para entonces heredero del viejo Partido Comunista Italiano), parecían abrirse las puestas a

un gobierno progresista por primera vez en la historia del país. El drástico debilitamiento de la DC y del PDS habían dejado al centro-derecha italiano en manos de dos fuerzas de protesta como la Liga y el Movimiento Social Italiano. Ambas no podían concretar, por si solas, una alianza para frenar el avance de los progresistas. Las dividían historias y proyectos acerca del federalismo y del rol del Estado. En este marco, el doble turno electoral favoreció a los candidatos progresistas que lograron sumar el voto independiente de los moderados, probablemente atemorizados por movimientos radicalizados de protesta, como el separatismo y el neo-fascismo, que creaban sensibles resistencias.

Ante un escenario de probable victoria, por defecto, de los progresistas, la maniobra inesperada de Berlusconi fue lanzarse a la escena política para unir las fuerzas de la derecha y afrontar en conjunto las elecciones nacionales. Para ello tenía que poder ocupar el centro dejado vacante por la crisis demócrata cristiana (ya sepultado el partido y refundado bajo el nombre de Populares) y presentarse como el articulador de un proyecto creíble para los sectores sociales preocupados por la desocupación, harto de la corrupción y del intervencionismo estatal. Berlusconi ofreció entonces la imagen moderada del empresario de éxito. Un no-político, gran generador de puestos de trabajo, popularmente conocido por sus empresas en el ámbito deportivo y en el mundo de los negocios, se presentó como el "puente" ideal de las dos derechas para llenar el espacio político vacante y garantizar, a la vez, contra-cambios imprevisibles que la alianza de izquierda podría traer consigo.

Berlusconi creó en pocas meses, a partir de su *holding* empresario *Fininvest*, una estructura territorial para

las elecciones. Sus cuadros dirigentes y de provincias de la misma empresa y de la segunda línea de exdemócratas cristianos en busca de asilo político. Este nuevo *look* organizativo reflejó la estructura empresarial altamente centralizada en la figura del jefe que eligió personalmente a sus candidatos y negoció sin intermediarios con sus aliados la distribución de representantes.

En lo que respecta al discurso, como señaló el politólogo inglés Patrick McCarthy haciendo un análisis comparativo entre Berlusconi y Margaret Thatcher, el magnate italiano acertó en fundar su proclama sobre un lenguaje calmo, tranquilizador, cortés hasta exagerar, típico de un "populismo de gobierno", bien distinto del "populismo de protesta" del rudo líder liguista Bossi. Un populismo, el berlusconiano, de tipo "ilusionista" y "soñador", alejado de aquel realista, duro y pragmático de la exprimera ministra británica.

La TV cumplió un rol secundario en asegurar su victoria. Si bien Berlusconi controlaba las tres redes televisivas privadas más importantes, que llegan al 50 por ciento de la audiencia, los canales estatales en manos de los partidos tradicionales no escatimaron argumentos contra Berlusconi y sus aliados. Este argumento bastaría para acutar la sobrestimación de la TV en los últimos tramos de la campaña electoral. En realidad la televisión, pública y privada, había homogeneizado por años valores y exaltado comportamientos que se dirigen hacia aquellos ideales de "felicidad privada" sobre los que finalmente Berlusconi construyó su discurso político. La TV, en este sentido, apareció como una vía relativamente neutra en materia partidaria, aunque capaz de uniformar preferencias y aspiraciones individuales, y a la vez de espectacularizar y popularizar la condena hacia la clase política.

Como diría Manini, la televisión contribuyó al descoleo entre el viejo punto cautivo y la expresión de la opinión pública. Allí triunfó quien mejor interpretó cuál era la aspiración de la ciudadanía. ¿Quién mejor que Berlusconi, no tanto el dueño de las TV privadas sino el empresario conocido, exi-

toso, moderado, para ser el verdugo de la clase política?

En cuanto a sus rivales, el PDS ofreció a Berlusconi un blanco relativamente fácil para su predicción. El PDS fue, paradójicamente, atacado a la vez por sus alianzas políticas, demasiado inclinadas hacia formaciones de izquierda, populistas y comunistas, y por su participación, al menos tácita, en el exercido "régimen partidocrático" y más abiertamente en el ajuste económico del gobierno Ciampi (1993-94), bajo cuyo mandato aumentó la desocupación. El programa de la izquierda, mientras recibía el aplauso del *establishment* no lograba atraer el voto de los jóvenes desocupados, no representados por los sindicatos, ni el de la pequeña burguesía peninsular, en busca de impuestos más bajos y menores regulaciones burocráticas y sindicales.

Finalmente, otro importante factor para el triunfo de *Forza Italia* fue el uso inteligente del sistema electoral (por tres cuartos mayoritario y el resto proporcional). A diferencia de las elecciones municipales de noviembre, el sistema finalmente implementado para las legislativas no preveía el doble turno. Sin *ballotage*, la izquierda no podía esperar repetir el éxito de noviembre (además de tratarse de distintos escenarios electorales) sin conformar previamente alianzas más amplias. La izquierda por un lado y los Populares por el otro, prefirieron salir a la arena electoral separados, como si estuvieran compitiendo en un sistema proporcional. En cambio, Berlusconi, no obstante la fuerte competencia política con la Liga, no titubeó en negociar candidaturas únicas de toda la derecha, aun a un costo elevado en términos de legisladores, en aras de la necesidad de asegurarse una fuerte alianza para el único turno electoral.

### El retorno de la política

Es previsible que ante la complejidad y heterogeneidad de intereses presentes en la coalición de Berlusconi (pequeño empresariado, comerciantes, trabajadores autónomos, empleados es-

tatales, jóvenes desocupados), la tarea del nuevo ejecutivo no será fácil, sobre todo ante la ausencia de justificativos sociales de emergencia, como pueden ser la hiperinflación o el terrorismo, a los cuales apelar para disciplinar a aliados y votantes.

A la vez, el sistema electoral per-

iodado, como se señaló, trajo apareja-

dado para el oficialismo una dura negociación con los aliados antes de las elecciones, los que hoy cuentan con un ex-

trordinario poder de veto reciprocado.

Debido a ese mismo sistema elec-

toral, el gobierno ha que-

dado en minoría en el

Senado, lo que le imparte

un permanente true-

que, ley por ley, con los

Populares.

Otro problema que enfrenta el Ejecutivo es el de la necesidad de un rápido aprendizaje de sus funcionarios en el manejo de la cosa pública. Los cuadros del partido-empresa, de origen profesional, sufren la repentina "parlamentarización" a la que han sido sometidos y deben recurrir siempre más a los dirigentes de segunda línea de la odiada "partidocracia" para hacer funcionar la maquinaria legislativa, aun al costo, en términos de popularidad, de reflatir viejos políticos. La improvisación en la tarea de gobierno ha llevado al nuevo oficialismo a torpezas tales como el intento de interferir sobre la elección parlamentaria de los miembros del Consejo de la Magistratura - precisamente en un momento en que los jueces gozan de amplio prestigio por su independencia-, lo que le valió inmediatamente un decidido rechazo de la institución judicial.

Por estas razones el éxito de un movimiento antipolítico a la Berlusconi -no de mera protesta sino de gobierno- es contradictorio con la práctica de gobierno en un país democrático y pluralista. Los condicionamientos institucionales, la praxis parlamentaria y administrativa y las restricciones

judiciales, así como la necesidad de negociar con aliados y la presencia de una oposición política y sindical arraigada cultural y socialmente, imponen al hombre "del sentido común" y las decisiones veloces, límites a la arbitrariedad y discrecionalidad. La negociación con sindicalistas, con parlamentarios opositores, con grupos aliados o con jueces independientes que defienden su institución, trae consigo el retorno de la política que se quería eliminar. El discurso se escinde entonces de la realidad, la que demanda un regreso a la arena de las mediaciones. El mismo movimiento de Berlusconi para consolidarse como partido probablemente deberá, pasado el primer impacto del éxito electoral, construir un aparato partidario colectivo de los distintos mundos sociales que lo conforman.

El caso italiano se distingue, entonces, de procesos paralelos experimentados en América Latina. En primer lugar, las causas de estos movimientos divergen: en Italia la aparición de Berlusconi es consecuencia de la crisis del sistema partidario, anquilosado y corrupto, y del peculiar Estado del bienestar peninsular, incapaz de generar servicios eficientes. En América Latina, la emergencia de líderes populistas, pos-movilización, es más bien el producto de un tradicional ausencia de un sólido sistema político y a la vez de la marginalidad creciente de sectores sociales. En segundo lugar, aunque Berlusconi sea hoy un líder movimientista en plena fase de expansión como algunos líderes decisionistas de América Latina, es también cierto que su movimiento debe confrontarse con instituciones estatales comparativamente más sólidas y con una sociedad civil organizada, articulada y habituada a procedimientos de negociación, que probablemente limitarán sus impulsos antipolíticos. □

Brasil

## El PT, un personaje en busca de un autor

Las encuestas insisten: tras un comienzo auspicioso, la figura de Lula parece estancarse en las preferencias frente al avance del candidato oficial, Enrique Cardoso. El dato es importante, pero no es lo que más preocupa del PT. Ante una real posibilidad de acceder al gobierno aún no ha logrado definir claramente cuál será el programa de reformas que intentará llevar adelante ni, tampoco, con qué fuerzas articulará el bloque de poder, que apoyará esa política.

Aníbal Jáuregui

**B**rasil está viviendo con plenitud el tránsito hacia la transformación de su vida política en medio de una formidable crisis económica. El momento decisivo de ese tránsito serán los comicios generales de octubre de este año en los que se van a ungir al nuevo presidente de la república, diputados federales, senadores, gobernadores de todos los estados, diputados estatales y concejales. Serán las primeras elecciones *casadas* en las que será posible proceder a una profunda renovación de la clase política, cuyos mecanismos hacia y desde el poder se transformaron en un verdadero peligro para la comunidad, evidenciados a través de los escándalos de corrupción. A esa elite política no le cabe el "Roba mas faz", que sirviera de distintivo electoral de un antiguo gobernador de San Pablo, Adhemar de Barros -ya que su incapacidad ha sido manifiesta.

La previsible renovación de la clase política podría aparejar además un cambio en la sustentación parlamentaria del nuevo gobierno: hasta el presente la realización en diferentes fechas de comicios parlamentarios y presidenciales agrava las tendencias presentes de por sí en la estructura de representación de partidos débiles, que conducían a la formación de frágiles mayoría parlamentarias que eran, o son, sostenidas a costa del erario público. El posible triunfo de un partido sostenido con base en un programa limitaría el corte de boletas y con un sólido bloque de diputados y senadores sería más fácil conformar una mayoría parlamentaria estable con los partidos afines, capaz de apuntalar las iniciativas del Poder Ejecutivo o al menos impedir las posibles actitudes obstaculizadoras de la oposición.

El favoritismo de Lula en las encuestas genera la lógica expectativa de que un gobierno de izquierda se instale en el Palacio del Planalto. Un dato que no debe escapar es que el segundo colocado, con quien podría disputar el tramo final en una segunda vuelta, Fernando Henrique Cardoso, es un intelectual de origen marxista, aunque ahora se haya aliado a la derecha, que no pertenece a los grupos políticos tradicionales. La candidatura de Cardoso está atada a la suerte que correrá el plan antiflacionario, cuya nueva etapa apenas está entrando en vigor, y cuenta a su favor con el apoyo que le podrá dar el poder económico en donde la candidatura de Lula genera poco escocor. Una baja significativa de los índices de inflación

podría tener efectos impulsivos para la candidatura de Cardoso. Sea como fuere, la izquierda está instalada en el centro del escenario.

Los comicios de octubre parecen ser una revancha *post mortem* de las elecciones presidenciales de 1989, cuando Fernando Collor de Melo frustró el sueño de la izquierda de ver un obrero en la presidencia de la república. El tiempo no ha pasado en vano y la victoria de Lula no podrá ser el intento de recuperar el tiempo perdido. El *impeachment* sufrido por Collor, del cual la izquierda fue abanderada, ha significado una autodenuncia de la clase política. La *débâcle* del gobierno de Collor arrastrado consiguió el cercetario neoliberal que si bien él no adoptó integralmente terminó siendo el aspecto central de su gobierno. Sin embargo, algunos de los temas que fueron planteados por el gobierno de Collor siguen estando en el centro de la escena y volverán a la polémica política en cuanto exista una autoridad capaz de afrontar con posibilidades la resolución de los urgentes problemas nacionales: la lucha contra la inflación y la reforma del Estado. La izquierda podrá dar una respuesta distinta a la versión *collorista*, pero no podrá hacer silencio.

Como en las restantes repúblicas presidencialistas del continente, el juego es a todo o nada. Pero fuera del necesario triunfalismo que acompaña normalmente a un proyecto depoder de inspiración transformadora, el crecimiento del PT tal y como ha sido hasta ahora, señala un cambio profundo en la forma de hacer política que imperaba en el país. Este crecimiento

electoral petista debe ser incluido dentro de una cadena de fenómenos protagonizados por partidos y alianzas de izquierda con posibilidades ciertas de alcanzar los más altos niveles del poder en los países de América latina, canalizando demandas insatisfechas de la sociedad civil a través de un discurso político que ensaya innovaciones sustanciales en relación con sus precedentes, sobre todo setentistas.

Tras 14 años de existencia y casi la instalación de la democracia, el modelo revolucionario sólo se inspira marginalmente en aportes del socialismo marxista. Una bastante arraigada tradición revolucionaria local cuenta en su haber al misticismo milenarista de Canudos y el *Contestado* de los inicios de la República (esta fuente de inspiración explícita que hace un tiempo Lula declaró que el rojo de la bandera del PT era el mismo rojo de la sangre de Cristo), el *tenentismo* de los años 20 (una reacción autoritaria de los cuadros medios del ejército contra el particularismo estatal y el monopolio político de los oligarcas), el viejo PCB de Luis Carlos Prestes y la lucha gue-

Dada su concepción de la acción política, el PT proponía desde un inicio tomar el Estado, es decir, desplazar la conducción estatal, entonces en manos de los militares, para modificar las relaciones de exclusividad que dicho Estado mantenía con las élites tradicionales del país "...nació con la marca tradicional del partido 'alter ego' del Estado. O sea, se organizaba para desplazar el Estado burgués, su único antagonista político". Esta postura revolucionaria sólo se inspira marginalmente en aportes del socialismo marxista. Una bastante arraigada tradición revolucionaria local cuenta en su haber al misticismo milenarista de Canudos y el *Contestado* de los inicios de la República (esta fuente de inspiración explícita que hace un tiempo Lula declaró que el rojo de la bandera del PT era el mismo rojo de la sangre de Cristo), el *tenentismo* de los años 20 (una reacción autoritaria de los cuadros medios del ejército contra el particularismo estatal y el monopolio político de los oligarcas), el viejo PCB de Luis Carlos Prestes y la lucha gue-

rrillera contra el gobierno militar.

Tras 14 años de existencia y casi un decenio de instalación de la democracia (o de las formas democráticas por mejor decir), el modelo revolucionario de cambio social, "la toma del Palacio de Invierno", ha perdido su lugar en el PT aunque ha permanecido como una táctica tentativa. En lo fundamental, se ha profundizado su integración al sistema institucional, consiguiendo importantes posiciones parlamentarias y administrando algunas de las ciudades más importantes del país, San Pablo, Porto Alegre, Belo Horizonte. El fracaso de la clase política tradicional en la transición a la democracia dio un impulso decisivo para la instalación del petismo en la población brasileña. Fue precisamente su condición de fuerza de recambio dentro del régimen lo que ha permitido y sostenido su crecimiento.

La diferenciación con los otros actores políticos parte en principio de una afirmación de su condición particular. Los partidos tradicionales son máquinas de conseguir votos, pero con la particularidad de que los dueños de la situación no son las máquinas como un todo sino los políticos individuales, verdaderos señores del voto que se lanzan a la carrera política distribuyendo recursos y que llegados al poder utilizan su posición para hacerse



de más recursos.

Nacido en el llano, el PT ha podido mostrar una actitud ética, construyendo una identidad partidaria colectiva y constituyéndose en un punto para la creación de un sistema partidario más sólido.

Pero además, el PT propone creíblemente una discontinuidad personal y conceptual con la clase política brasileña que ha venido conduciendo al país desde antes de 1964 y que no perdió su protagonismo con la transición a la democracia. Aunque ha bajado sus banderas revolucionarias, se ha plantado con un discurso radical de reforma del capitalismo brasileño, para el cual la socialdemocracia parece ser una vía inadequada, porque está asociada con una convivencia demasiado pacífica con lo dolido. Así, ha conseguido convertirse en la principal opción de cambio que se le presenta a la sociedad brasileña tras casi una década de democracia.

En el programa de gobierno del PT la agenda política de la época se encuentra subordinada directamente a la cuestión ética y política: estabilización económica, reactivación, incremento del empleo, redistribución progresiva del ingreso nacional, reducción de la pobreza, profundización de la participación popular, modernización de las instituciones políticas, reforma del Estado, no podrán ser alcanzados sin una alteración copernicana de los cuadros políticos y de la conducta de los dirigentes. Esta parece ser la respuesta natural a los problemas de corrupción de la clase política tradicional y que lo llevó a convertirse en protagonista central de la lucha contra la corrupción. Sostenido en la ética, el petismo construye un discurso económico que propone una ruptura bastante radical con los lineamientos vigentes hasta ahora, que concuerdan con el pensamiento de los principales "agentes económicos", dirigido principalmente a los sectores

medios y bajos, cuyo eje principal se asienta en la idea de globalidad, tanto de la crisis como de sus posibles salidas.<sup>2</sup> Dentro de este paradigma globalizante, la inflación será reducida drásticamente cuando se modifiquen los actores políticos que operan sobre el presupuesto, lo que a su vez permitirá una asignación de recursos a los problemas sociales más agudos, como salud, alimentación y educación. La reactivación económica no será política-físicamente operable sin una distribución del ingreso porque en la lógica del sistema actual todo incremento apunta a profundizar la desigualdad, lo cual sería inviable bajo un gobierno de izquierda. Por lo tanto, apoyándose en la capacidad exportadora de la economía brasileña, la reactivación del mercado interno provería de la caída de la inflación, del fin de las incertidumbres políticas y la disminución de la tensión social.

Si bien no pueden negarse la maraña de intereses políticos que envuelven la inflación, existen dos problemas a mí ver obvios que no están contemplados por el discurso partidario: 1) cómo frenar la inercia inflacionaria que demoraría años en desaparecer tras "erradicar", en un exceso de optimismo, sus causas políticas, y 2) cómo generar confianza en los llamados agentes económicos, antiguos denominados capitalistas, una confianza que se puede traducir tanto en una menor evasión impositiva y en una mayor inversión, ambas igualmente imprescindibles. Es evidente que la campaña del PT no se dirige a los sectores altos, a los que por ahora trata de no asustar. En recurrentes reuniones con empresarios, Lula procura desvanecer en ellos su imagen anticapitalista.

Pero desde su tradición histórica el PT necesita mantener un cierto grado de radicalismo para poder seguir presentándose como lo diferente y por lo tanto como el cambio, especialmente

tras la aparición de un candidato de origen izquierdista y no perteneciente a la clase política tradicional. Afirmar que la inflación sería la prioridad número uno de un gobierno de Lula significaría una aproximación demasiado peligrosa a Fernando Henrique Cardoso, que ha definido su campaña en torno a la estabilización. Este, por su parte, tiene el no pequeño inconveniente de explicar los resultados de su política antiflacionaria que consiguió elevar los índices de inflación en más de 20 puntos.

La realidad del poder de Lula, en caso de triunfar, no se parecerá a la realidad de campaña. No es difícil prever que el PT deberá plantearse seriamente la necesidad de formar una verdadera coalición de gobierno que permita sostener su programa de reformas, una coalición obviamente necesaria para apoyar en el Parlamento las iniciativas del Ejecutivo, pero también para sostener desde la sociedad los pasos dados desde el poder.

Por el momento, el PT sólo está acompañado por los demás partidos de la izquierda, que sólo completan su perfil político. Para pensar en coaliciones capaces de representar un nuevo bloque de poder, el PT debería abrirse a los partidos del centro, en especial el Partido de la Social Democracia Brasileira, el partido de Cardoso. El acuerdo con el partido de los *tucanos* se complicaría en el corto plazo si en la segunda vuelta electoral se polariza entre Lula y Fernando Henrique Cardoso.

Al mismo tiempo que necesaria para el apoyo parlamentario, la apertura a coaliciones con los partidos de centro agravaría presumiblemente el frente interno. En efecto, si bien ha habido una paulatina internalización del juego democrático, al mismo tiempo se ha consolidado un sector, llamado de la "izquierda", vinculado a las organizaciones populares y a la militancia más aguerrida que no se ha ejercitado en la gimnasia del poder y que ha tomado posiciones en los diversos organismos de conducción. Este parece ser un horizonte de conflicto futuro, porque el frente interno es el

mejor conectado con diversos movimientos populares a los que no siempre un gobierno de izquierda podrá favorecer.

Tal vez lo más valioso del reverdecer de la izquierda brasileña sea el que demuestra que es necesaria la utopía para la reconstrucción de un espacio público capaz de sostener desde el imaginario colectivo un programa de reformas materiales. En un Brasil tan fuertemente sesgado por la desigualdad, el PT apela a ciertas imágenes de solidaridad colectiva que tienen el objetivo de recrear lazos comunes en una sociedad fragmentada por tensiones políticas, posiciones de clase, discriminación racial y regional: "Os filhos das empregadas devem estudar junto das das patrões, porque a escola será pública para todos".<sup>3</sup> Una reciente campaña contra el hambre, dirigida por el sociólogo Hebert de Souza, el *Bethânia*, puso en evidencia la existencia de vínculos de solidaridad hasta hace poco impensables. El PT está poniendo en vigencia la vieja consigna del Mayo francés de la "imaginación al poder para la construcción de vínculos desgarraados por una histórica desigualdad". En este trabajo, la ilusión tiene un papel central. Si la ausencia de ilusión puede ser un precio alto para llegar al poder para cualquier corriente política, para una corriente de izquierda (*¿no será el caso de Fernando Henrique Cardoso?*) esa es una cuenta impagable: la izquierda no ha desaparecido de la faz de este mundo, porque ha querido ser una reserva de expectativas colectivas, que pasan por encima de la realidad del sentido común.<sup>4</sup>

Ralf Dahrendorf

## Esta derecha de los 90\*

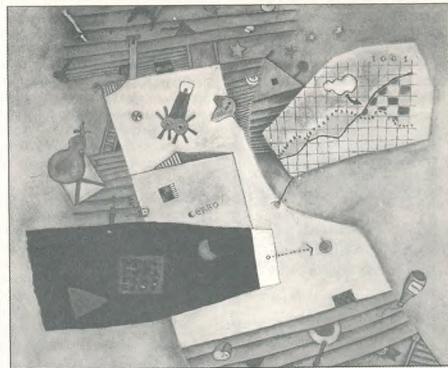
ciarse significativamente. Los gobiernos no pierden. ¿Qué puede significar esto para la democracia?

La extraña coexistencia entre impopularidad y estabilidad tiene una causa evidente: la gente muestra rechazo tanto por el gobierno como por la oposición, es decir por la clase política en su totalidad.

De verificarlo un cambio, no se trataría de una normal alternancia, sino prácticamente de un cambio de régimen. Un viejo régimen se derrumba, como en Japón o en Italia. *Homines novi* emergen de la nada, aunque sus nombres nos sean familiares: son personas famosos ajenos a la política que ahora invaden este árido paisaje.

Casi todos los países tienen sus potenciales Berlusconis, aun cuando que difícilmente lleguemos a asistir a una cumbre europea con el primer ministro Berlusconi del Milan, el presidente Tapie del Olympique Marsella, el primer ministro Richard Branson de la Virgin Airlines y el canciller Beckenbauer del Bayern München...

La aparente incapacidad por parte



### Notas

<sup>1</sup> Alencar Chico, "Sobre o PT, ¿sobra o PT?", en 1994, *Alternativa de esquerda à crise brasileira*, Rio de Janeiro, Relume Dumará, 1993.

<sup>2</sup> Camargo, José Marco, "Distribuir para crecer", en Benjamín, César, 1994, *Alternativas de esquerda à crise brasileira*, pp.105-108.

<sup>3</sup> "Los hijos de las empleadas domésticas deben estudiar con los de las patronas, porque la escuela será pública para todos". Declamaciones de Lula en *Folha de São Paulo*, 1º de junio de 1994, p.2.

de las instituciones democráticas de generar cambios conduce a una rebelión popular (¿la rebelión de los hinches de fútbol?). Pero este es sólo un aspecto del problema, al cual se une la constatación que a la derrota de una entera clase política se une un decidido vuelco hacia la derecha. En términos de política económica hemos ya tenido, naturalmente, una década de Thatcherismo en muchos países europeos. La derecha de los años 90 podría, tal vez, inclinarse más a proteger y subsidiar que aquella de los 80. Paralelamente hay un retorno a comportamientos de derecha más tradicionales.

Un joven norteamericano fue golpeado en Singapur por haber dañado algunos automóviles, y muchas personas aprobaron ese castigo. El primer ministro Major recientemente invitó a la gente a denunciar a los mendigos a la policía. Para la mayoría de la opinión pública el crimen comparte con la desoccupación el primer lugar en la lista de las demandas de intervención pública. Esta preocupación frecuentemente acompaña a la xenofobia y al pedido de expulsar a los extranjeros, a los inmigrantes y a las personas en busca de asilo. El lenguaje del deber toma el lugar de los derechos y la retórica nacionalista substituye la europea.

Gran parte de las razones que han hecho cambiar la actitud de la opinión pública tienen efectivamente fundamento y la izquierda las ignora, a su propio riesgo. Así, Tony Blair, candidato a dirigir el Partido Laborista, ha elegido deliberadamente como propo-

grama político "la ley y el orden" y Michel Rocard, del Partido Socialista francés, prefirió insistir sobre la necesidad de obtener mayor cohesión social. Ignorar la nueva realidad es difícil, casi imposible. Pero ¿a dónde nos llevaría la derecha si tomara como propios los argumentos populares y llegara a dominar el espectro político europeo?

Tal vez no muy lejos. Lo que a primera vista parece nuevo podría rápidamente aparecer viejo y desaparecer tan velozmente como apareció. Ninguno de los representantes de la nueva política impactó por sus extraordinarias cualidades para guiar a las naciones en un contexto interno e internacional distinto. Quizás encontramos frente a un simple episodio y no ante un cambio radical.

Pero, podría no ser así. Si la nueva derecha llegó para quedarse, haríamos mejor en cuidar nuestras libertades, porque empezaría a atacar donde pueda contar con apoyo popular. Hay que recordar que la libertad debe ser defendida donde es más difícil defendirla: el derecho a las manifestaciones públicas, aun cuando sean ruidosas e indisciplinadas; el derecho al silencio del acusado delante de los tribunales; la libertad de expresión, sobre todo cuando su ejercicio se contrapone al poder, independientemente del que sea tratado; el derecho a la diversidad religiosa y cultural; el derecho de no, y sobre todo no, trabajar, y, tal vez, hasta de mendigar por las calles.

La vida en una sociedad libre no es ni ordenada ni bien organizada. Se caracteriza por su caos creativo, su excentricidad. El ejemplo del joven golpeado por castigo ha llevado a la atención de muchos un nuevo tipo de orden que se llamaría autoritarismo asiático. Los hombres de negocios, particularmente, se sienten atrapados por la idea de conjugar oportunidades de mercado ilimitadas (y libre de impues-

tos) con un orden social en el que se pueda decir a las personas qué es lo que hay que hacer y qué lugar deben ocupar. Para algunos, el sueño de estabilidad y de orden se concreta en un poder omnímodo que organice la vida de las personas desde la cuna hasta la tumba a través de una autoridad ordenadora o hasta un partido omnipresente. ¿No se beneficiaría Europa con una dosis de autoritarismo asiático?

Creo que no. Antes que nada en estas condiciones también los negocios pueden verse afectados. Ciertamente Singapur es conocida por su creatividad y su espíritu de empresa, pero si las instituciones financieras de Hong Kong debieran buscar una sede alternativa, preferirían la más vital, desordenada y democrática Bombay. Además, el error de sobreestimar la estabilidad de los regímenes autoritarios se paga muy caro. Donde los conflictos son sofocados, se vislumbra la posibilidad de cambios violentos. Hasta la conjuración china de plaza Tiananmen con capitalismo de casinos podría no ser estable en el largo plazo.

Finalmente, hay un problema no menos importante: los valores. Las elevadas tasas de crecimiento y el orden controlado por la policía no son todo para el bienestar del hombre. La respuesta al nuevo giro a la derecha y al interés por el autoritarismo asiático, debe ser, por lo tanto, una nueva confluencia de las fuerzas de la libertad. Su programa debe tener en cuenta la necesidad de cohesión social y la demanda de seguridad; debe aceptar los desafíos del mercado global así como la necesidad de un Estado austero y eficiente; pero sobre todo debe defender obstinadamente los derechos y las libertades sobre las que se basa la vida civil. □

#### Notas

\* Publicado por *La Repubblica*, 11-6-94.

## ENTREVISTA

*Conversación con Manuel Lamana*

# Sartre, el compromiso y la libertad

El traductor al español de la *Critica de la razón dialéctica*, *Lo imaginario y Las palabras*, entre otras obras de Sartre, reflexiona sobre la contemporaneidad del pensamiento del filósofo francés.

Alejandro Blanco y Martín Plot

*La obra de Sartre ha comenzado a reditarse. ¿Qué significa leer hoy a Sartre?*

Evidentemente no es lo mismo leer a Sartre ahora que en la década del 40 o del 50 cuando estaba en plena vigencia y con todas sus fuerzas. Declar que ahora Sartre no tiene importancia sería una barbaridad. Creo que Sartre ha dicho muchas cosas, no sólo en sus obras filosóficas sino también en su teatro, que es sobre lo que estoy trabajando actualmente. Y a pesar de que en parte sus obras refieren a aquel momento, lo que trasciende esa inmediatez tiene una vigencia absoluta. En ese sentido creo que la libertad, el compromiso del intelectual son problemáticas contemporáneas que se replantean constantemente. Sartre nos habla en un momento de crisis ideológica del mundo, del nazismo y del fascismo que se mantiene de alguna manera, como decía Albert Camus en *La peste*, y que hay que tener cuidado porque puede reaparecer en cualquier momento. Desde luego que estamos ahora ante otras situaciones. Pero la caída de los países llamados socialistas no significa que todo se haya uniformado en el mundo ni mucho menos. Estamos siempre ante una serie de perplejidades que es de alguna manera lo que a la gente de mi generación, al menos a los de mi generación europea, nos dejó ante Sartre como ante algo que nos permitía entrar

en el mundo de las ideas de una manera distinta.

*¿Cuándo fue su primer contacto con la obra de Sartre?*

En 1944 llegó a París después de haber estado varios años en clandestinidad en España y luego de haber estado preso y de haberme escapado. Si bien mi posición contra el régimen, y podría decir también las de mis compañeros, era clara, nos encontramos en París desprendidos de un montón de cosas. A mí, como español, que había luchado en la clandestinidad y que llegaba al exilio, las ideologías que nos habían llevado a la guerra ya no me interesaban en ese momento. Quiero decir, me identifico totalmente con los hombres que en ese momento representan la República española, porque significa el enfrentamiento a Franco. Pero en ese momento el ser republicano, socialista, comunista, anarquista, no significaba, a pesar de mis simpatías por esas tendencias, una renovación de tipo de la que yo esperaba para mi España. Eso nos pasaba cuando éramos jóvenes.

*Pero esa crisis a la que se refiere, ¿se da ya durante la clandestinidad?*

En la clandestinidad no, porque ahí la cuestión era muy simple: la lucha



Sartre. Luego me metieron preso y en la cárcel, gracias a la formidable organización de los compañeros, leí cosas que, paradójicamente, no podían obtenerse en el Madrid de entonces. Allí leí por primera vez el primer tomo de una edición francesa de *Los caminos de la libertad*. Resulta gracioso, pues encuentro *Los caminos de la libertad* en la propia cárcel. Posteriormente, luego de fugarme de la cárcel, llego a París y veo a Sartre por primera vez en la Sorbona, precisamente en un meeting por la República Española. Estaba Sartre, estaba Camus. Pero cuando tuve la ocasión de conocerlo más personalmente fui años después, cuando traducía para *Losada* *La crítica de la razón dialógica y Las palabras*. De modo que viajó a París, por intermedio de la editorial, para encontrarme con Sartre, y resultó que no pude entrevistarle con él porque habían puesto una bomba en su casa a raíz del conflicto con Argelia.

*Hace unos momentos, al referirse a la vigencia del pensamiento de Sartre, sugirió como ideas fuertes las nociónes de compromiso y de libertad. En las últimas décadas la idea del intelectual universal ha entrado en crisis. Al respecto, basta recordar las exhortaciones de Foucault en el sentido de abandonar la figura del intelectual universal en favor de la crítica más local. A casi cincuenta años de los escritos de Sartre y teniendo en cuenta esta situación, ¿cómo cree usted que deberían leerse esas nociones a la luz de una redefinición de la práctica política de los intelectuales?*

Mi formación es literaria y no filosófica. Y hablo desde la literatura,

modo que no voy a discutir con Foucault sino que más bien voy a referirme a lo que me está ocurriendo ahora cuando releo el teatro de Sartre. Ahora estamos viendo con mis alumnos *Las moscas* y creo que una de las cosas que nos dice claramente Sartre allí es precisamente qué es la libertad en el hombre. Es decir, nosotros estamos haciendo y pensando en una serie de cosas y hasta en lo más pequeño tenemos que pensar si queremos hacerlo o no, y en ese momento ya estoy entrando en una especie de compromiso conmigo mismo, pues estoy eligiendo algo a partir de lo que me encuentro. En ese sentido, la elección se está dando permanentemente y si estamos eligiendo es que, por lo menos, un margen de libertad tenemos ante las cosas. Ahora bien, leyendo *Las moscas* casi me veo obligado también a pensar qué pasa en Bosnia, en Israel, qué pasa en el centro de África, es decir que la relación con el mundo no dejá de estar presente de ninguna manera por más que digan algunos pensadores que quieren encasillarse en un rincón de su vida a lo Flaubert. En este siglo XX, además, creo que es cada vez más difícil separarse del resto de lo que ocurre en el mundo si pensamos no más en el hecho de que existen medios de comunicación de alcance mundial. En ese sentido, creo que la situación de crisis no la hemos perdido, las transformaciones en las sociedades son tremendas. Al mismo tiempo han pasado muchas cosas en el mundo, la revolución socialista, el fascismo, el nazismo, como hechos históricos fuertes, y todo eso ha implicado una crisis de pensamiento, una crisis de acción, una crisis política



y, en consecuencia, una crisis de posición de los intelectuales. Así, creo que las cosas no han variado tanto. Si bien no estoy lo inmediato de la Segunda Guerra Mundial, la serie de problemas que se dan en el mundo exigen un mayor compromiso de parte de los intelectuales. Ahora bien, el compromiso no se da porque uno decide estar comprometido, aunque podría ser el caso, sino por el hecho de que vive en una comunidad y no tiene otro remedio que encontrarse con todo eso. Asimismo el compromiso muchas veces no se da en la forma de una declaración explícita. Estoy pensando en la obra de escritores cuya significación político cultural trascendió sus propósitos. Pensemos en la obra de Sartre *A puertas cerradas*, que algunos críticos la leen desde la teoría de la mirada de Sartre y la cuestión de la cosificación del otro. Sin embargo, y sin obviar la riqueza de esa lectura, lo que uno puede leer también en ese infierno en el que están alojados los personajes, es una metáfora de la Francia ocupada por los alemanes y esto, sin que Sartre lo haya explicitado, más bien diría que su propósito era hacer una obra de especulación filosófica. Con esto vuelvo al tema de que los intelectuales no tienen más remedio que estar comprometiéndose constantemente con eso que tienen ahí adelante, como en el caso de Sartre, ante los franceses que no reaccionan en la lucha contra la ocupación alemana.

*Luego de las experiencias de los regímenes autoritarios en España y en América latina, ¿cómo ve la lucha de los intelectuales por la libertad y el compromiso?*

Bueno, creo que en eso hay dos cosas. Una es la lucha del intelectual en tanto se convierte en militante político y otra cosa son sus escritos que, aunque no lo pretenda y hasta en algunos casos no lo sepa, nos brinda una nueva perspectiva para pensar lo que nos está pasando. En España hay intelectuales de clara posición política, como son los casos de Manuel Vázquez Montalbán, Jorge Semprún, que llegó a ser ministro de Cultura y hasta el mismo Goytisolo. En América latina

sucede lo mismo, hay escritores comprometidos con una actividad política muy clara, como el caso David Viñas, García Márquez o Vargas Llosa. Un caso especial es el del mito argentino de Borges, un hombre eminentemente reaccionario, conservador, que algunos han querido justificar diciendo que apoyaba el régimen militar de 1966 pero sin darse cuenta. Esto es mentira. Recuerdo que en el 66, cuando da el golpe Onganía, hay dos profesores de la Facultad de Filosofía y Letras que sacan una declaración en la que justificaban la expulsión del ochenta por ciento de los profesores de la facultad. Esos dos profesores eran Federico Aldao y Jorge Luis Borges. De modo que ellos vieron claro el problema y asumieron una determinada posición política.

*Sin embargo, la relectura de Borges que efectuó un sector de la crítica de izquierda reconstruyó otro Borges fundamentalmente a partir de su política del lenguaje. Ese otro Borges está muy lejos de la figura tradicional del escritor conservador.*

La cuestión es que ese Borges se deja ver sólo a partir del lenguaje y no de sus actos, algo que yo no puedo separar. El caso de Borges se parece en esto un poco al de Balzac, un revolucionario a pesar de él.

*El problema justamente es el de saber si un escritor es revolucionario por sus intervenciones políticas o por su política de la escritura. Estamos pensando en la relectura que Barthes hace de Flaubert como el primer escritor moderno que, por su concepción del lenguaje y del acto de la escritura, es un escritor revolucionario, mientras que otros, sin embargo, sólo lo ven como un gran escritor burgués.*

Creo entonces que tendríamos que diferenciar, como dije al principio, en el sentido de preguntarnos qué es este escritor como ciudadano y qué es este escritor en tanto escritor. El Flaubert que se lavaba las manos con la matanza de la Comuna de París, como lo denuncia Sartre casi un siglo después, y el Flaubert como aquel que revolucionó la narrativa. De modo que si bien hay muchas maneras de ver al otro,



También para apoyarme en mi pretensión de realizar unas lecturas múltiples de algunas de las obras de Sartre. Barthes es claro en este aspecto cuando en su *S/Z* nos ofrece una serie de códigos para el ejercicio de la lectura. Y en el caso de Eco sucede algo similar cuando en las apostillas a su novela *El nombre de la rosa* nos dice que la mayor satisfacción de un novelista es que los demás digan qué otras cosas encuentran en sus textos, qué otros textos encuentran en su texto.

*Usted tradujo a Sartre al español. ¿Cuál es su evaluación de la repercusión de su obra, en particular, en el campo cultural argentino?*

Tendría que acordarme un poco, pero desde luego que su obra tuvo una fuerte repercusión en los intelectuales nucleados en la revista *Contorno*. Era una revista básicamente setentriana, allí estaban los hermanos Viñas, León Reiztchiner, Ramón Alcalde, Noé Jitrík, fuertemente impregnados de sarcismo y no creo que lo hayan abandonado. De modo que la existencia de todo un grupo homogéneo de reconocidos intelectuales nos habla de que la impronta de Sartre fue muy significativa. Pero también recuerdo otra gente de la facultad, como es el caso de Portantiero, Margulies, De Ipola, que eran gente muy setentriana.

*Nuestra intuición es que actualmente se lee poco a Sartre o casi ni se lo lee. De ser así, ¿a qué atribuiría esa indiferencia hacia un autor de innegable presencia en los años 50 y 60?*

En principio, lo que creo es que Sartre no ha dejado de leerse. No se lo lee ciertamente como se lo leía cuando estaba en plena vigencia, pero creo que la edición y traducción, fundamentalmente de su teatro y de sus cuentos, nos habla de que hay un público dispuesto a leerlo. Asimismo, se están editando escritos de Sartre que él no pensaba publicar tal como estaban. De todos modos, independientemente de esta situación, sólo creyendo que en la literatura francesa así como el siglo XVII es el siglo de Luis XIV, el siglo XVIII es de Voltaire, el siglo XIX de Napoleón y Víctor Hugo, el siglo XX es el siglo de Sartre. □

La conexión obedece a varias razones. En principio, como ustedes acaban de decirlo, en oportunidades Barthes manifestó su admiración por Sartre y no dejaba de contar con él del mismo modo como Sartre no dejaba de contar con Camus a pesar de la fuerte polémica que los separaba.

## LIBROS

## Volver a mirar al peronismo, treinta años después

*La larga agonía de la Argentina peronista.*  
Tulio Halperin Donghi. Ariel, Buenos Aires, 1994.

Desde el momento mismo de su apariición el peronismo convocó, repetidamente, pronósticos, celebraciones, anticipos, profecías y lamentos acerca de su muerte. Pero, como la Revolución Francesa, entre otros cimbronazos fundacionales, nunca termina de sobrevivir. Claro que, en su persistencia, se transforma. Probablemente esto obedezca a la posibilidad constitutiva, sobre la que Carlos Almirante llamó la atención en los artículos publicados en *Punto de Vista* el año pasado, de predecir siempre la existencia de un peronismo verdadero, esto es, eterno. Según se lo presenta en estos dos textos, el predicado de verdad referido al peronismo aparece siempre como palabro polémica, impugnatoria. Habitualmente es enunciado por quienes se reconocen peronistas para descreditar a otros que se pretenden, también, y, de acuerdo con este predicado, ilegítimamente, peronistas. El predicado de verdad acerca del peronismo es, entonces, polémico y restitutivo. Quisiéra-

se entender aquí el alcance de esta proposición: la pregunta por la verdad del peronismo, aun cuando sea formulada por quienes no tienen ningún interés en unicarse con la verdad del peronismo, aun cuando sea formulada por observadores no-peronistas, es, siempre, polémica y restitutiva. Es decir: es el resultado de una intervención consciente en una disputa por instituir un sentido para un objeto histórico que continúa pareciendo, sobre todo para los discursos sensibles al igualitarismo democrático, irregular, ambiguo y, muchas veces, desconcertante. Permitáseme invocar esta caracterización, por otro lado bastante habitual, de las lecturas acerca del peronismo, para ensayar el comentario del más reciente trabajo publicado en nuestro país de Tulio Halperin Donghi.

*La larga agonía de la Argentina peronista* es el resultado de la relaboración del texto de una conferencia que el autor pronunció en el Club de Cultura Socialista y que se propone como post-facio de Ar-

gentina en el callejón, publicado por Arca, en Montevideo, treinta años atrás. El desenlace trágico de la historia nacional, que en el trabajo anterior se pronunciaba como sospecha, en el nuevo libro se propone como explicación. Ambos textos están sostenidos sobre la tesis siguiente:

*"[el peronismo] ... había logrado en efecto crear una sociedad nueva, que había adquirido una vida propia y, aunque no tenía modo de perdurar, sencillamente se rehuasaba a morir".*

Pero Halperin Donghi no se limita al desarrollo retrospectivo de su infelizmente aceptada proyección. Dice algo más: se ha roto el nudo. La sociedad creada a partir del 45 ya no encuentra modo de durar y, a pesar de su reticencia, ha muerto. Y dice algo más: la agonía se resuelve en 1989. Por prudencia o picardía, el fagaz momento de tránsito

gedias y farsas) con el ascenso del menemismo.

Para analizar la descripción de la escena en que se desarrolla este combate, propongo al lector detenernos en una cita más o menos extensa:

*"Como todos sabemos, lo que hizo del peronismo el punto de partida para una crisis permanente, que traz provocar su caída iba a derrotar por más de tres décadas todas las tentativas de darse solución, fue que, mientras la revolución peronista supo crear una fuerza política cuya supervivencia estaba asegurada por sus poderosas raíces en la sociedad que había plasmado, sólo tres años después de la irrupción del peronismo comenzaba ya a hacerse evidente la fragilidad de las raíces económicas de esa nueva sociedad improvisada durante el fagaz momento de tránsito*

Este párrafo encierra una multitud de juicios acerca de la historia social y política argentina contemporánea. En primer lugar: que el peronismo es el punto de partida de una crisis. Luego, que la caída del segundo gobierno peronista es la primera manifestación de esa crisis. Además, que el carácter crítico del peronismo deriva de su naturaleza de fuerza política con poderosas raíces en una sociedad improvisada durante el fagaz momento de tránsito

entre una guerra que había dado ocasión de acumular reservas en volumen sin precedente,

y una posguerra que se esperaba más favorable a los intereses argentinos que la que siguió a 1918" (la cita

corresponde a la página 28 de *La larga agonía*, y las negritas se proponen aquí para facilitar el análisis que sigue).

El peronismo ... había logrado en efecto crear una sociedad nueva, que había adquirido una vida propia y, aunque no tenía modo de perdurar, sencillamente se rehuasaba a morir".

Este párrafo encierra una multitud de juicios acerca de la historia social y política argentina contemporánea. En primer lugar: que el peronismo es el punto de partida de una crisis. Luego, que la caída del segundo gobierno peronista es la primera manifestación de esa crisis. Además, que el carácter crítico del peronismo deriva de su naturaleza de fuerza política con poderosas raíces en una sociedad improvisada durante el fagaz momento de tránsito

mentes potentes con energías económicas frágiles constituye la infelizmente trabazón que se resuelve en la tragedia política de los años posteriores.

¿Qué relaciones entre política, economía y sociedad postula la metáfora de las raíces? Decir que una fuerza política arraiga en la sociedad, puede traducirse como una forma de presentar el vínculo de representación. De acuerdo con esta forma, la "poderosa raíz en la sociedad" de la "fuerza política" peronista sería la orientación persistente de la

voluntad de miembros de distintos grupos sociales en la comunidad de interés y de circuitos de intercambio, la política es la forma en que la energía social actúa sobre la sociedad transformando a los grupos circunscriptos por elementos económicos comunes, en sujetos de voluntad y acción.

Sobre un esquema como éste se discurre entonces Halperin Donghi. Sus proposiciones convocan entonces a la refutación: historiadores sociales, politólogos y economistas. En cualquiera de estos casos se requerirá una argumentación muy cuidadosa. La larga agonía de la Argentina peronista articula una muy consistente interpretación de las tendencias históricas de larga duración -tanto ideológicas como económicas- con un cuidadoso análisis de las estrategias e iniciativas que, en cada momento, los distintos actores van proponiéndose en el corto plazo.

Un segundo planteamiento se concibe como fines políticos, más allá de los procedimientos puestos en juego para hacerlo. Ambos reconocen su origen en el ambiente político local de fin de siglo XIX. Estos principios de legitimidad-catalizadores, operan reuniendo o separando a los distintos actores: elementos de la química-política argentina contemporánea y marcan también, el carácter explosivo de los sucesivos choques y conflictos.

Una sociedad es, según la presenta este texto, un entrampado de relaciones entre grupos que podrá vivir todo lo que la economía le permita, y hacer todo aquello que las fuerzas políticas que refina le permitan imaginar y alcanzar.

Sobre un esquema como éste se discurre entonces Halperin Donghi. Sus proposiciones convocan entonces a la refutación: historiadores sociales, politólogos y economistas. En cualquiera de estos casos se requerirá una argumentación muy cuidadosa. La larga agonía de la Argentina peronista articula una muy consistente interpretación de las tendencias históricas de larga duración -tanto ideológicas como económicas- con un cuidadoso análisis de las estrategias e iniciativas que, en cada momento, los distintos actores van proponiéndose en el corto plazo.

Un segundo planteamiento se concibe como fines políticos, más allá de los procedimientos puestos en juego para hacerlo. Ambos reconocen su origen en el ambiente político local de fin de siglo XIX. Estos principios de legitimidad-catalizadores, operan reuniendo o separando a los distintos actores: elementos de la química-política argentina contemporánea y marcan también, el carácter explosivo de los sucesivos choques y conflictos.

## Espacios

PUBLICACIÓN DE LA  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS - UBA

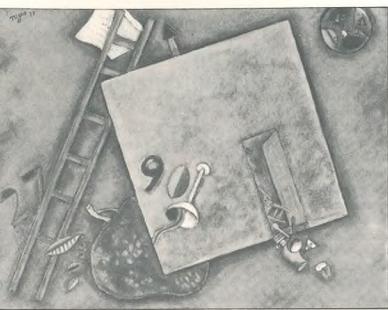
Comité de Redacción:  
Jorge Dotti, José Sabzón,  
Gladys Palau y Pablo Gentili  
Secretario de Redacción:  
Carlos Dámaso Martínez

## TRANSFORMACIONES

Director: Alfredo Bravo

Todos los meses, información y análisis sobre el país y el mundo desde una perspectiva de izquierda democrática.

Suscripción anual (12 números) \$ 36.-  
Casa de Correo 188, Sucursal 1, Capital Federal,  
Tel.: 954-1113 int. 3337



ponde con sus observaciones ético-políticas. Los júicios que se formulan en el texto, siempre muy categóricos, podrán tanto encender el acerdo ideológico entusiasta o la refutación indignada. Es muy probable que, en algunos lectores, ocurrían ambas cosas.

Existe una tercera posibilidad, que es concentrar la mirada en el alcance propuesto de las determinaciones objetivas sobre la capacidad de intervención de los actores, así como en las capacidades de lectura de la situación de intervención atribuidas a estos actores. Es decir: la teoría de la acción a partir de la cual se elabora el texto.

La forma de presentar el problema de la determinación constituye el elemento más atractivo del libro. Una sociedad persiste, pero está condenada a morir. Este enunciado es atractivo porque esa muerte es irremediablemente pronta. Su malformación (improvisa-

ción) congénita va más allá de lo que los actores puedan hacer. Y aun más, los actores persiguen -y por momentos con cuánto éxito!- en reproducir la deformidad. Pero el atractivo en la presentación de la cuestión de la determinación se gana a costa de una atribución de racionalidad ecléctica.

*Historia ideológica y poder social.* Hugo E. Biagini. Centro Editor de América Latina, Biblioteca Política Argentina, Buenos Aires, 1992.

**E**n *Historia ideológica y poder social* aparecen condenados veinte años de trabajo intelectual de una minoría crítica y una mayoría sojuzgada. La sociedad a veces se presenta como transparente y otras veces resulta más opaca para las fuerzas colectivas que intervienen sobre ella. Tememos a veces actores cínicos, que hacen lo que no deberían decir para persistir en desear lo que ya no pueden obtener, y otras ingenuos. Una observación como ésta quizás no sea la más pertinente para un texto concebido como ensayo de lectura de un período de la historia loco y escurridizo. Por lo demás, cinismo y locura se llevan mal en una teoría de la acción pero curan muy bien en el relato de una tragedia.

Marcelo Leirais

## Recopilación de intervenciones comprometidas

*Historia ideológica y poder social.* Hugo E. Biagini. Centro Editor de América Latina, Biblioteca Política Argentina, Buenos Aires, 1992.

al que su autor dedicó su tesis doctoral- y hace después un repaso de sus concepciones culturales y de sus reales o supuestas crisis. Yendo más allá del manejo superficial, Biagini rescata los valores perdurables de la mejor cosecha liberal -la libertad personal, las garantías constitucionales, el espíritu de transigencia- al tiempo que reclama su vena lucrativa y su desprecio por el igualitarismo.

Interesante es también su reflexión sobre el filósofar que inicia con una visión panorámica de la filosofía latinoamericana y culmina analizando los retos que el futuro abre a los pensadores. No se quedan en el lintero análisis más puntuales sobre la influencia de la Revolución Francesa en el Río de la Plata o la aportación española a la cultura argentina de este siglo.

En los artículos del tema pedagógico se da un repaso a la educación argentina, desde la época colonial a las propuestas privatizadoras del presente, con particular énfasis en cómo las distintas corrientes han enfocado el tema de la identidad nacional. La obra finaliza con una sección destinada a debates problemáticos.

Algunos de estos ensayos rescatan del olvido autores y obras que merecen mayor atención de la que han recibido; en otros, criticos al calor de circunstancias concretas, el lenguaje académico

cede su lugar a la ironía periodística; también los hay con una fuerte carga polemica, como el que objeta la cosmopolitización liberal de Carlos Nino o, especialmente, el que denuncia las «omisiones» de Tito Halperin Donghi en *Un cuarto de siglo de de*

historiografía argentina (1960-1985).

En suma, un conjunto de textos a través de los cuales las opiniones personales del autor aparecen siempre claras, sin escondidas en una supuesta objetividad académica.

Ignacio García

## Adiós a la filosofía

*Ensayos sobre Heidegger y otros pensadores contemporáneos. Escritos filosóficos 2.* Richard Rorty. Paidós, Barcelona, 1993.

**Y** si la filosofía no fuera otra cosa que un género discursivo más y no aquel lenguaje capaz de develar a los hombres el reino de las cosas esenciales que la doxa terca, insiste en disimularles? ¿Y si en lugar de pretender construir un lenguaje que forme posible la representación verdadera del mundo prefigurarse sobre él quieren decir que serán respuestas tan pertinentes como cualquier otra. En ello reside, a fin de cuentas, su incomodidad. Para decirlo de algún modo: si el proceso de secularización, del que no escapa la filosofía, nos ha privado de la posibilidad de una fundación trascendente de los valores

punto de partida de sus escritos.

Digo incómodo, porque en cierta medida la respuesta que Rorty intenta dar a los mismos no pretende salir del horizonte del relativismo en que se coloca él y sus escritos. Lo cual quiere decir que serán respuestas tan pertinentes como cualquier otra. En ello reside, a fin de cuentas, su incomodidad. Para decirlo de algún modo: si el proceso de secularización, del que no escapa la filosofía, nos ha privado de la posibilidad de una fundación trascendente de los va-

lores, esto implica lo siguiente: si bien las dos primeras alternativas posniezscheanas de las preguntas resultan actualmente cuestionadas, menos por fallos que por indecibles, la segunda no podrán afirmarse resueltamente sin caer en la falacia autorreferencial. En otros términos: si se ha puesto en evidencia que la verdad y sus modos de alcanzarla no constituyan otra cosa que un juego de lenguaje, del mismo modo afirmar que la filosofía es un género discursivo debería gozar del mismo estatuto. De lo contrario incuraría en un enunciado de carácter metafísico.

Esta situación quizás explica una característica singular de estos escritos. Antes que una filosofía, al modo de un conjunto sistemático de proposiciones sobre el estado del mundo o sobre la marcha de los asuntos humanos, los mismos presentan un modo de filosofar. Ciertamente, se trata de un filosofar extremadamente peculiar. El mismo no consiste en refutar los interrogantes clásicos y no tan clásicos de la filosofía, pues en ese caso se permanece dentro del mismo terreno y, en consecuencia, sujeto a la misma problemática. Se trata más bien de tornarlos fútiles o innecesarios. Este es el *modus operandi* de los escritos de Rorty. Pero vayamos por pasos.

Precedido por una introducción en la que el autor se propone destacar los motivos co-

munes que emparenta la tradición filosófica posniezscheana con el del pragmatismo, el libro está compuesto por tres secciones.

La primera agrupa una serie de artículos sobre la filosofía de Heidegger, que en un primer momento formarían parte de un libro sobre el filósofo alemán. Aquí Rorty indaga la relación que Heidegger estableció con la tradición filosófica, el fuerte componente pragmático de su temprana obra y la tendencia a la reificación del lenguaje, a la que sumbren sus últimos escritos. La segunda, dedicada a Derrida, examina las ventajas y limitaciones de la estrategia deconstrucciónista y los modos de recepción del pensamiento de Derrida en la cultura norteamericana, en especial, la lectura efectuada por Paul de Man y sus seguidores.

Por último, la tercera, menos homogénea, contiene un trabajo sobre ciertos aspectos de la obra de Freud y una serie de artículos en los que Rorty se ocupa de las teorías sociales

## LETRA INTERNACIONAL

Directores:  
Luis Goytisolo y Antonin J. Liehm

Redacción y administración:  
Monte Esquina, 30, (28010) Madrid

# PROMETEO LIBROS

Corrientes 1916  
(1045) Buenos Aires  
Tel./Fax 953-1165

ESRIT  
Revue Internationale

Directeur: Olivier Mongin

212, rue Saint-Martin, 75003 Paris

eso. En caso contrario, dicha afirmación implicaría nuevamente una reducción que precisamente se trataba de cuestionar. En rigor de verdad, dicha afirmación es una de las tantas redescripciones que pueden hacerse del lenguaje, siempre según los propósitos que uno persiga. Si, en manos

de Rorty, la filosofía es cuestión de retórica. En este punto, la lectura de la historia de la filosofía ensayada por el autor guarda un parecido con la que Borges realizará de la historia universal, es decir, como la historia de unas cuantas metáforas. Si a los ojos de la tradición la metáfora adquiría los

contornos de un molesto fantasma al proyecto de fundación de una lengua clara y precisa para la filosofía, Rorty, por el contrario, ve en la metáfora el punto de crecimiento de nuestro lenguaje y, en consecuencia, de nuestro mundo (recordemos que el autor ha aprendido de Heidegger y de Wittgenstein lo siguiente: estar en el mundo es habitar un lenguaje). Así, de igual modo como la percepción o la inferencia nos conducen a respuestas que no favorecen el fortalecimiento de la democracia. Según su diagnóstico, la resolución de los problemas de las sociedades contemporáneas no requiere del auxilio de la teoría o del vocabulario filosófico. Requiere más bien el

estar hablando una lengua que traducía sin malformaciones los dictados del *logos* (en su versión positivista de las preguntas. Como historicista radical, Rorty desconfía de la existencia de tales criterios o, simplemente, sabe de su contingencia. Se trata de abandonar dichas preguntas por la sencilla razón de que se podrían formular otras. Pero, más precisamente, porque el autor encuentra que tales preguntas conducen a respuestas que no favorecen el fortalecimiento de la democracia.

De este modo, la

resistencia tortiana de

abandonar la pregunta

filosófica por los fun-

damentos del mundo,

lo mismo sucede con la

aparición de una nueva

metáfora. En virtud de

este principio de lectu-

ra, el espíritu en el que

la filosofía mira su de-

sarrollo histórico le devuelve

ahora otra imagen: cre-

derarlo de otros gé-  
neros discursivos como  
el periodístico, la nove-  
la o el informe etnográ-  
fico, es decir, géneros  
sensibles a la diversidad  
cultural, al detalle, a  
lo singular, es decir, a  
aquel que justamente  
el discurso de la filoso-  
fía subsumía en una  
racionalidad superior.

El pensamiento de

Rorty

conjuga un ele-  
vado optimismo en re-  
lación con el futuro de

las democracias con un  
ostenible cansancio  
respecto del éxito de los  
proyectos refundacio-  
nales. Un pensamiento  
débil, según su propia  
caracterización, es decir,  
una reflexión que  
no intenta una crítica  
radical de la cultura,  
sino que simplemente  
"recopila recordatorios  
y sugiere algunas posibi-  
lidades interesantes".

Alejandro Blanco

## NOMBRES REVISTA DE FILOSOFÍA

Publicación del área de Filosofía  
del Centro de Investigaciones  
de la Facultad de  
Filosofía y Humanidades

Universidad Nacional de Córdoba

## Liderazgos de nuevo cúmo

*Pilotos de Tormentas. Crisis de  
representación y personalización de la  
política en Argentina (1989-1993).* Marcos  
Novaro, Letra Buena, Buenos Aires, 1994.

En 1989, junto con el  
entusiasmo frente a  
las promesas que abría

## PENSAMIENTO UNIVERSITARIO

Director: Pedro Krotsch

liderazgos de nuevo  
cuño, entre los que se  
encuentran el del propio  
Menem, a nivel nacio-  
nal, así como el de Bussi  
y el de Ortega en Tucumán,  
el del Frente Cívico  
de Catamarca, el de  
Ulloa en Salta y el de  
Ruiz Páez en el Chaco,  
constituye el signo de  
una crisis de represen-  
tación.

Por lo que refiere al  
país político, el primer  
libro de Marcos Novaro  
ofrece una palabra que  
permite ir escuchando al  
conjunto. La aparición de

Estabilización y reforma  
estructural en América Latina. Edward J. Amadeo  
(comp.), TM Editores, Colombia, 1993, 330 páginas.

Acontecimientos tales  
como el crecimiento de  
la deuda externa, el deterioro  
de los términos del inter-  
cambio, etc., no sólo afectan  
decisivamente el creci-  
miento de las economías lati-  
noamericanas sino que al  
mismo tiempo pusieron al  
descubierto la debilidad es-  
tructural de sus economías y  
de sus aparatos estatales para  
enfrentar dicha situación.  
Los autores reunidos en esta  
compilación analizan las  
dificultades de las nuevas  
políticas.

## Novedades

La ética de la autenticidad. Charles Taylor. Introducción de Carlos Thiebaud. Paidós, Barcelona, 1994, 146 páginas.

Este ensayo constituye el libro más reciente del filósofo canadiense. Adscripto a la corriente filosófica conocida como "comunitarismo", el trabajo de Taylor indaga, desde la perspectiva hermenéutica, las modalidades y consecuencias del fenómeno del individualismo ético moderno. Frente a ello, recupera otras matrices de valoración provenientes de diversas tradiciones culturales en un intento por asignar a la comunidad el papel preponderante en la constitución de la identidad, tanto

personal como colectiva.

*Observando el Islam.* Clifford Geertz. Paidós, Barcelona, 1994, 164 páginas.

A pesar de su novísimo  
versión al español, este libro  
es uno de los primeros tra-  
bajos de un autor cuya obra  
ha provocado un significati-  
vo cambio de dirección en  
las indagaciones de la antro-  
pología contemporánea.  
Enrollado en las filas de la  
antropología interpretativa,  
esta singular investigación  
coloca al texto en la tradi-  
ción de la mejor sociología  
de la religión proyectada por  
Max Weber.

Federalismos latino-  
americanos: México/Brasil/  
Argentina. Marcelo Car-  
magnani (Coordinador). Fondo de Cultura Económica, México, 1993, 416 pági-  
nas.

Diez estudios proble-  
matizan el impacto político  
y socio-cultural del federalismo  
en los países en cuestión.  
En especial, las simili-  
tudes y diferencias que pre-  
senta el fenómeno en los dis-  
tintos territorios, las trans-  
formaciones que ha sufrido  
a lo largo de su historia y,  
por último, la significación  
que ha tenido y tiene en la  
organización política y cul-  
tural de esos países.

Apocalipsis de la mo-  
deridad. José María Be-  
neyto. El decisionismo polí-  
tico de Donoso Cortés. Gedisa, Barcelona, 1993, 294 páginas.

Ensayo y optimismo  
respecto a los ideales de  
la ilustración caracterizan la  
primera etapa del pensamiento  
del filósofo y estadista Donoso Cortés. Sin  
embargo, con el tiempo com-  
enzará a percibir el carácter  
dictatorial de la ilustración,  
una fórmula que lo  
acerca a la *Diálectic de la Ilustración* de  
Horkheimer y Adorno, con la diferencia  
que el giro del primero se  
realiza hacia la escatología  
cristiana. Beneyto reconstruye  
en este libro los momentos  
de este pensador decisivo  
avant la lettre.

La reinvencción del go-  
bierno. La influencia del  
espíritu empresarial en el  
sector público. David Os-  
borne y Ted Gaebler. Paidós,  
Barcelona, 1994, 494 pági-  
nas.

El generalizado descon-  
tento de la opinión pública  
respecto de la calidad de las  
administraciones gubernamen-  
tales es el punto de par-  
tida de los autores de este  
trabajo. A partir de un detallado  
diagnóstico, Osborne y  
Gaebl presentan y de-  
fendien este hipótesis: la  
creación de organizaciones  
más descentralizadas, flexi-  
bles y de inspiración empre-  
sarial constituye el meca-  
nismo más apropiado para  
transformar la condición de

la administración de gobier-  
no.

Critica de la moderni-  
dad. Alain Touraine. Fondo de  
Cultura Económica, México, 1994, 392 pági-  
nas.

Repudiada por unos,  
redefinida por otros, la mu-  
deridad es hoy puesta  
en tela de juicio. Una vez agotados  
sus impulsos libera-  
dores, no se irá por ello, a  
juicio del sociólogo Touraine,  
de abandonarse a los na-  
cionalismos y particularis-  
mos, resignando el indivi-  
dualismo y la razón crítica.  
Para el autor se trata de crear  
nuevas mediaciones entre  
economía y cultura, ciencia  
y libertad, sujeto y razón en  
el intento de lograr un nuevo

concepto de modernidad.

En busca de un mundo  
mejor. Karl Popper. Paidós,  
Barcelona, 1994, 314 pági-  
nas.

Los diversos ensayos y  
conferencias contenidos en este  
libro abordan diversos  
aspectos del pensamiento de  
este prolífico autor. Desde  
su interés por el nacimiento  
de la especulación filosófica  
en la Grecia clásica hasta  
los estragos del totalitarismo  
en las sociedades contem-  
poráneas. Un libro sobre  
política, filosofía, arte, his-  
toria y religión. Nada pare-  
cería escapar a la afiebrada  
y vigilante escritura de Karl  
Popper.

la reformulación de las demandas que se dirigen hacia quienes se delega la facultad de gobierno denotan que la crisis de las formas tradicionales de representación es seria. La tesis que el trabajo procura sostener es que la transformación de las referencias identitarias, en las orientaciones del voto y en la formulación de demandas es, además, definitiva.

El esfuerzo fallido de los primeros años de la transición tenía como objetivo constituir a los partidos políticos en mecanismos centrales de la agregación de intereses y la formación de voluntades, asegurar la vigencia de la visión de poderes y de las libertades públicas, del mismo modo que el respeto de los procedimientos que la Constitución establece tanto para la generación de políticas como para regular la relación entre el estado nacional y las provincias. El final de la historia, es conocido. Las promesas de la transición naufragaron en un contexto de crisis económica aguda e instituciones políticas amenazadas por el poder militar.

Por lo demás, los dos grandes partidos sobre los que se edifica el sistema político nacional pusieron en marcha a partir de 1983 los mecanismos de cooptación de voluntades y cooperación/competencia interpartidaria que les habían permitido hasta el momento sostener y movilizar su base electoral. El privilegio de



los vínculos clientelares entre estos mecanismos en una situación de profunda crisis fiscal, precipitó a los procesos de fragmentación y satisfacción de demandas en una espiral de inflación política sostenida. Los resultados de ésta se combinan con los de la hiperinflación económica, para definir una situación en la que la institución de los nuevos liderazgos resulta posible.

Las nuevas figuras sostienen su vínculo representativo en una interpretación que consiste en su interlocutor desplazando las diferencias. Las invocaciones son generalizadas y abarcán a colectivos de límites indeterminados ("hermanos" y "hermanas", "chuequeros"). El adversario político es identificado con los distintos nombres que adquiere o no el otro del bien común que el líder encarna; es decir, el caos, el atraso, la decadencia, la corrupción, la inepticia, la derrota. El desconocimiento habitual de los límites constitucionales a la voluntad política, encuentran justificación, en el discurso que

sostiene los nuevos liderazgos, en la postulación de una situación de excepción que requería de una intervención energética y eficaz para reconstituir el orden.

El lector reconoce rá en esta descripción elementos de la cultura política argentina, desprovista de todo, familiarismo. Finalmente, el esfuerzo de despersonalización de la gestión pública que la transición supuso, introduce una serie de discontinuidad, con el paso político nacional

cercano y remoto, más fuertes que los que estos nuevos líderes vienen a proponer.

Sin embargo, si aceptamos que la disolución de los antiguos vínculos de representación es definitiva, debemos reconocer la novedad que los nuevos líderes introducen en la escena pública. Podría afirmarse que la novedad radical reside en la redefinición de los vínculos entre modos personales e impersonales de representación política. Por otro lado, no es evidente que la reconfiguración sea un único modo posible de resolución de la crisis. Las demandas de moralización de la política, la redefinición de los términos de la lealtad electoral y el desplazamiento del control público a través de la opinión, permiten sospechar, con modesto optimismo, la posibilidad de nuevas articulaciones.

M.L.

## Tardes de radio

A las 6 de la tarde. Pepe Eliaschev. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1994.

Se trata de la recopilación de los editoriales dichos por Pepe Eliaschev desde fines de 1991 hasta principios de 1994. El autor ha retado esa intervención, las sacado del orden cronológico en el que fueron elaborados y las ha agrupado por núcleos de problemas, con breves textos introductorios, tras el desarrollo propuesto de "descubrir, como libro, su propia lógica y razón

Inclusivo, si algún defecto tiene esta edición es, precisamente,

haber quebrado la continuidad cronológica. Aun más, cada intervención habrá ganado en significación si hubiese estado acompañada de la fecha en la que fue pronunciada. Porque su mayor valor -no el único, claro- reside en el hecho de haber sido elaboradas en la necesidad de responder, en el momento justo, a las exigencias del editorial de radio. Porque la radio es, más que nada, inmediata, la necesidad de dar cuenta de lo que está sucediendo ahora, imparablemente ahora. Y el trabajo de Eliaschev es un ejemplo de capacidad para afrontar ese difícil requerimiento. Tanto en el tiempo como en la calidad de sus contenidos.

Porque éste es el otro de sus máximos valores: el compromiso. Pepe Eliaschev es uno de nuestros mejores periodistas y probablemente el mejor de los periodistas de radio, estudioso, rigurosamente profesional y con un fuerte sentido ético de su papel social. Y este volumen es reflejo claro de ello: un compromiso diario con la realidad, asumido desde la tensión intransigible de la voz, es decir, asumido desde el cuerpo. Y en una sociedad anestesiada por los eufemismos y las ambigüedades es alentador que alguien se anime a jugar el poco frecuente rol de periodista de alta calidad y de un fondo compromiso intelectual.

Inclusivo, si algún defecto tiene esta edición es, precisamente,

Oswaldo Pedroso

haber quebrado la continuidad cronológica. Aun más, cada intervención habrá ganado en significación si hubiese estado acompañada de la fecha en la que fue pronunciada. Porque su mayor valor -no el único, claro- reside en el hecho de haber sido elaboradas en la necesidad de responder, en el momento justo, a las exigencias del editorial de radio. Porque la radio es, más que nada, inmediata, la necesidad de dar cuenta de lo que está sucediendo ahora, imparablemente ahora. Y el trabajo de Eliaschev es un ejemplo de capacidad para afrontar ese difícil requerimiento. Tanto en el tiempo como en la calidad de sus contenidos.

Porque éste es el otro de sus máximos valores: el compromiso. Pepe Eliaschev es uno de nuestros mejores periodistas y probablemente el mejor de los periodistas de radio, estudioso, rigurosamente profesional y con un fuerte sentido ético de su papel social. Y este volumen es reflejo claro de ello: un compromiso diario con la realidad, asumido desde la tensión intransigible de la voz, es decir, asumido desde el cuerpo. Y en una sociedad anestesiada por los eufemismos y las ambigüedades es alentador que alguien se anime a jugar el poco frecuente rol de periodista de alta calidad y de un fondo compromiso intelectual.

Inclusivo, si algún defecto tiene esta edición es, precisamente,

## CINE

### Un fantasma de libertad tiene color: Bleu

Se dice que K. Kieslowski eligió el *bleu* de la Revolución Francesa, para transmitir "película mediante su idea sobre la libertad en la criatura humana de nuestros tiempos".

Para abordar una cuestión de esa talla universal el director polaco decide por una vía singular, íntima y subjetiva: la apacible vida de una mujer se ve interrumpida en su continuidad "natural", por un acontecimiento inesperado. Elazar, aquello imposible de interrogar en la medida en que no existe nada que ordene las respuestas debidas al azar, impone un corto en la vida de la protagonista como producto del cruel muerto en un accidente -al cual solamente ella sobrevive- su esposo y su hija.

Con ellos queda sepultado el sentido de su vida cotidiana: trama que alarga el sentido de su vida y, sin duda, el sostén de una ilusión.

Como reacción, Julie -la protagonista- actúa en consecuencia. Arrasa, pero ya activamente, con los restos ahora sin sentido de su vida preliminar. Se despoja de los bienes comunes, distribuye los restos entre el jardinería, la ama de llaves y su madre y retiene para sí una cuenta personal". Dice algo así como: "para mí, lo que corre por mi cuenta". Expresión que se recorta como un alto poder subjetivo, como anuncio, como amenaza, como venganza, como desafío. Como lo que no puede repartirse, ni entrepararse, ni entrese.

Es su teoría sobre su ser. Y así, nuevamente por obra del azar, se enfrenta con la imagen de su marido por televisión. Descubre también allí -en la imagen- a otra mujer que le muestra un icono ignorado de su marido y no habitado por ella. Julie nuevamente reacciona. Esta vez se precipita en

Padece entonces un intervalo en el que la protagonista se muestra como plana, muelle, limpia de marcas, de edad, de sexo, de pasado y de futuro. Todo parece transcurrir en un presente plano en el que apenas se vislumbran ciertas señales de instalación necesarias; un hábitat algo de comida -la noche del día. Un tiempo casi inquieto que parecería poder agotarse en sí mismo (como el sueño de un bebé), si no fuera por sus escaladas a la piscina, donde en contacto con el agua -también *bleu*, revive un cuerpo ergónico, vital, deseante. Se sabe, en esos instantes de zozobra (angustia y placer), que no todo está perdido para Julie.

Ensaya allí, en la piscina, múltiples apariciones y desapariciones bajo el agua. Es asombroso que, cada vez, Julie vuelva a emergir, a veces en el límite de la asfixia. Tiempo de flotación en el que otra mujer aparece para limpiar los desechos, causados por un gato en perjuicio de la familia de ratones de su departamento.

Es eso la libertad: limpia de restos, de marcas, de desechos? ¿Es la libertad un acto de limpieza, de depuración de lo que fue, de lo que pudo haber sido y ya nunca más?

#### La película continúa

La prostituta a quien ella salvó de un desalojo la saca de su sueño. Y así, nuevamente por obra del azar, se enfrenta con la imagen de su marido por televisión. Descubre también

allí -en la imagen- a otra mujer que le muestra un icono ignorado de su marido y no habitado por ella. Julie nuevamente reacciona. Esta vez se precipita en

una búsqueda de lo que parece vislumbrarse como una verdad que le concierne y que corre por su cuenta y riesgo. El intervalo de latitud, de dejarse estar, de flotación, concluye. Y ella, sujeto de sus actos, emerge en esa búsqueda en la cual el movimiento corre el riesgo de desencercarse, si no fueres por la intervención del hombre que regula los nuevos términos en que puede ser amada. La sinfonía inconclusa podrá ser concluida según su deseo o condición de que ella acepte su autoría.

¿Es esa la libertad? ¿Asumir la autoría de libretos propios y la de aquellos compañeros? ¿Renunciar a la comodidad del anonimato? ¿Resumir la trama de ampararse, justificarse o alienarse en nombre de un Otro?

Julie era buena y generosa. (Son las palabras de su marido en boca de su amante respecto de ella). Julie era feliz. (Son las palabras de Julie a su madre durante la noche). Julie era la hermana menor de su madre. (Son las palabras de Julie en su confusión demencial). Se muestra apenas entre líneas, tímidamente, que Julie también era música. Que como compositora coregrafia y completaba los temas musicales de su marido, aportando elementos en favor de la obra de su marido, cuyo prestigio y nombre parecía gozar de pleno reconocimiento en todo un continente. Julie transitaba a la sombra de un Otro.

Una línea de interpretación plausible respecto de la idea de libertad que se transmite en este filme se recorta bajo la figura del coraje para salir de la sombra de su marido, para firmar con nombre propio y para resistir la guarda del anonimato y del prestigio del Otro como solución de la propia realización.

Si felicidad y libertad pudiendo ir de la mano (Julie "era" feliz, al igual del orden del amor, en Julie se expresa un modo de la "subjetividad de una época".) □

Alicia Azubel

tinte de plenitud el sentido de su vida), parece ser que coraje y riesgo a cuenta propia no pueden apartados del sentido de libertad.

¿Por qué coraje? El Otro no es habitable en plenitud. Se ve claro que no, sobre todo no es habitable plenamente en su deseo y "la otra" está allí para demostrarlo. En ese campo la protagonista descubre que algo sober, o que algo falty y que está más alla de lo que ella puede corregir o objetivar. Esse es su accidente subjetivo: la criatura humana es vulnerable, lo que implica que el Otro es un otro también mortal, escurridizo.

Es el duelo de la protagonista y mi conclusión del concepto de libertad que se transmite en este film: sin rozar la problemática de la muerte, de la finitud, de los límites, no hay libertad posible.

Frente al azar, a lo que el "destino" aparentemente nos depara en el reporto, la salida se indica como la posibilidad de abrir el margen de libertad posible que es propio de cada sujeto.

*Bleu* muestra los avatares de Julie, una mujer entre otras, por encontrar un desenlace alternativo a la fuerza del destino y al peso de las marcas que le ha tocado sostener en un escenario arrasado por obra del azar.

Finalmente aun, el argumento de la película indica que de lo que se trata es de concluir una sinfonía que habrá de conmemorar un acontecimiento político: la unión europea. ¿Será posible pensar sobre la cuestión de la libertad en el campo de la política a partir de parámetros tan sugerentemente singulares? Al respecto solamente podría proponer que al menos no sin ellos, por la sencilla razón de que es muy posible que, respecto del fantasma de libertad, en Julie se exprese un modo de la "subjetividad de una época". □

## ENSAYO

## Keynes: retorno por aclamación\*

Will Hutton

Será cierto que Keynes está preparando su retorno a escena? Los recientes experimentos de economía de libre mercado no han probado ser tan exitosos. A medida que nuestras economías devinieron más orientadas al mercado, el crecimiento fue más lento y aumentó el desempleo. Esto puso en marcha la búsqueda de una teoría y una política capaces de producir mejores resultados. Sin embargo, en el caso de que Keynes esté siendo redescubierto, Dios permite que se trate del verdadero Keynes y no de aquella versión bastardeada que traciona su revolución permitiendo el regreso de los bárbaros.

Muchos de los autodenominados keynesianos, al igual que sus críticos, sólo comprenden la versión distorsionada de Keynes: la doctrina en la que los gobiernos pueden gastar y endeudarse en su camino hacia el pleno empleo. Generalmente sus críticos admiten que este enfoque funcionó aceptablemente por un corto período en la década del 50, aunque sostienen que, al igual que una droga, su eficacia disminuyó hasta que finalmente estalló en inflación y en excesivo poder para los sindicatos. Sus defensores -los "neokeynesianos"- insisten en que las viejas versiones aún siguen vigentes y algunos de ellos todavía recomiendan la intervención casi indiscriminada del Estado en la economía.

Sin embargo este debate es estéril e inconducente y ofrece sólo una caricatura, tanto del hombre como de sus ideas. Keynes fue mucho más que el defensor del control activo del nivel general de la demanda en la economía a través del endeudamiento público, si bien ésta es apenas una parte de la historia. El producto, además, una revolución en la forma como debe ser conceptualizada la economía capitalista y ello debe estar presente como espíritu dominante al reconsiderar sus ideas.

Comencemos por el principio: el ataque de Keynes a la tradición intelectual en economía que sostiene que los mercados, librados a sus propios mecanismos, necesariamente deben producir los mejores

resultados. Keynes vio como una ficción el mundo imaginado por los así llamados economistas clásicos, donde la oferta y la demanda siempre son capaces de llegar al equilibrio -o tender a él-. En el universo keynesiano el mercado es inestable e inefficiente, en un continuo proceso de experimentación, donde el funcionamiento deficiente y el desplífarlo son sistemáticos. Puede alternar entre el *boom* y la quiebra y puede quedar perversamente atrapado en un nivel de producción subóptimo. El sistema capitalista, librado a su propia regulación, no es capaz de operar.

Tal como el historiador económico británico Robert Skidelsky ha demostrado brillantemente en el segundo volumen recientemente publicado de su biografía en tres tomos, *The Economist as Saviour*, Keynes resistió los intentos por matematizar sus concepciones, ese "monstruo gris, confuso y vago que habitaba en su cabeza". La concepción sobre cómo funcionaba la economía era el corazón de su mensaje y en él la economía real, que tan bien comprendía Keynes, era cualquier cosa menos mecánicamente perfecta. (Cf. *Citizen Keynes*, pág. 115).

## El dinero es importante

La clave de su diferencia con la escuela clásica reside en su idea de que la existencia del dinero transforma la manera de concebir la compra y la venta como un sistema de organización de la economía. La economía de libre mercado imagina el intercambio en un mundo tipo Robinson Crusoe de cazadores-recolectores que necesariamente deben intercambiar sus productos ese mismo día por tratarse de bienes percederos. Por lo tanto, el día en que la totalidad de los productos percederos son llevados al mercado, o bien son intercambiados por otros bienes o en el caso que los términos de intercambio no sean lo suficientemente atractivos, quedan en manos de su propietario original. Este proceso nece-

sariamente tiene un resultado estable. Obviamente al finalizar la jornada, todos cuentan exactamente con el pescado, fruta o cualquier otro producto que quisieran ya que, de no ser así, hubieran estado dispuestos a comercializarlo. Todo el mundo es feliz y el sistema es perfectamente eficiente. Pero la introducción del dinero lo cambia todo.

De repente los agentes del mercado -empresarios, consumidores y ahorristas- tienen la capacidad de apostar al futuro a través del ahorro o el préstamo, algo que los cazadores-recolectores del libre mercado no estaban en condiciones de hacer, y el futuro se torna incierto.

En lugar de comerciar con bienes percederos, los agentes de mercado cuentan con dinero. Están en condiciones de conservar su poder de compra en el caso de que estimen poder conseguir mejores condiciones de negociación el día de mañana o, en el caso que estimen lo contrario, podrían endeudarse o gastar. El mercado comienza a orientarse por las expectativas futuras y los productores deben decidir si el cambio en el patrón de demanda de sus productos es real o sólo el reflejo de una serie de apuestas que lo están distorsionando.

Desde la muerte de Keynes la economía neoclásica ha canibalizado la visión de este autor, intentando conciliar lo inconciliable con el objeto de salvar el paradigma clásico. A pesar de que la "síntesis neoclásica" (economía clásica más la emulación de Keynes) concede la necesidad de controlar la demanda agregada a nivel macroeconómico, el resto del modelo es decididamente prekeynesiano. La economía neoclásica moderna no es más que un vasto juego intelectual para probar que las reglas de una economía de cazadores y recolectores se aplican también en una economía industrial compleja. Robinson Crusoe y la General Motors juegan el mismo juego.

Un aspecto central de este análisis es el supuesto de la racionalidad económica: los agentes del merca-

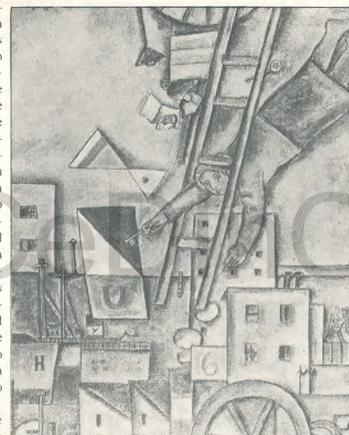
do, independientemente de quienes se trate, siempre querrán maximizar sus beneficios; los precios contienen la totalidad de la información que desean conocer y aunque el futuro es incierto harán apuestas que, en promedio, reflejan un cálculo matemático de las chances de tener éxito -aun cuando no sepan que esto es lo que están haciendo-. La famosa analogía del recorrido de una pelota: el *catcher* desconoce la física aerodinámica pero aun así logra atrapar la pelota satisfactoriamente.

Pero Keynes durante toda su vida desconfió de la noción de probabilidad matemática aplicada a la economía. Insistió en que el futuro no es reducible a una serie de resultados a los que los agentes económicos pueden aplicarles probabilidades calculables. El futuro no es como una pelota en el aire porque el *catcher* es ciego, él o ella sólo pueden intentar acertar dónde podrá caer la pelota porque no pueden ver el recorrido. Este está en el futuro.

Para Keynes el futuro es simplemente incalculable y eso es lo que le da a las economías de intercambio monetizadas su carácter inestable. Es por esto que existen inflación, desocupación, *booms* y caídas. Una vez que la bola de nieve de las expectativas, esperanzas y temores comienza a rodar, impulsada por el exceso de ahorro o endeudamiento, el sistema de mercado sin regulación no puede suministrar ningún patrón de precios capaz de dar cuenta de las subsiguientes oscilaciones en la actividad económica hasta tanto éstas ocurran.

En efecto esto puede llevar años e inclusive décadas, dado que las economías pueden quedar atrapadas en patrones de comportamiento que los precios por sí solos no pueden afectar.

Los economistas clásicos -como sus descendientes de la nueva derecha de nuestros días- sostienen que el desempleo, por ejemplo, es esencialmente voluntario. En el caso que los trabajadores desocupados bajaran el precio de su trabajo lo suficiente,



podrían eventualmente conseguir cotizarse adecuadamente para trabajar; no hacerlo significa que los trabajadores desocupados eligen permanecer sin trabajo. Esencialmente, la empresa y el trabajador se comportan como cazadores-recolectores en cuanto a su tiempo de trabajo: el trabajador quiere venderlo y la empresa quiere comprarlo, y en el caso en que negocien libremente en última instancia habrá un precio -el salario- que permitirá al trabajador vender su tiempo.

Pero de acuerdo con Keynes esta negociación no capta de manera realista lo que ocurre en una economía con dinero e incertidumbre. Si la empresa emplea un trabajador enfrenta un cierto aumento en sus costos, sin la compensación cierta de que la producción extra que el trabajador produce podrá ser vendida. Por lo tanto aun cuando el salario sea muy bajo, podría no ser redituable emplear un trabajador adicional, a no ser que le pudieran decir a la totalidad de las empresas que en el caso que empleen trabajadores en forma simultánea, los salarios de estos trabajadores constituirán una demanda que justifique el aumento de la producción. Pero esto es lo que no conocen y sin un ángel benevolente que se los diga, actúan con prudencia, sin emplear a nadie. Resumiendo, el desempleo puede ser involuntario.

Keynes no estaba describiendo una situación especial de los años 20 y 30-tal como sostuvieron sus críticos- cuando analizaba la desocupación involuntaria y la así llamada "rigidez de los salarios". El se estaba refiriendo a cómo operan los mecanismos de precios en todos los tiempos. El modelo cazador-recolector no puede ser aplicado a la economía monetizada de intercambio por alguna prestidigitación sobre el comportamiento económico racional. Con el dinero y la incertidumbre, el movimiento de la economía capitalista es fundamentalmente distinto. Existe expansión del crédito y desocupación persistente y esto es tan válido ahora como lo fue entonces.

Si el dinero desestabiliza la economía, la contraparte de esta desestabilización serán los flujos financieros. Si existe demasiada acumulación, habrá entonces una sobreoferta de liquidez; si hay demasiado gasto, habrá un endeudamiento creciente.

La estabilización de una economía de mercado requiere, por lo tanto, que los gobiernos influyan sobre los flujos financieros, interna y externamente.

Este es el tema unificador de la totalidad de la obra de Keynes. En su *Treatise on Money* está preocupado por cómo el banco central puede manipular los flujos financieros a través de la venta de bonos y las tasas de interés para cambiar el nivel general de precios. En la *Teoría General* su objetivo es el más ambicioso de todos, la inmovilización de los fondos ociosos hacia la inversión a través de la manipulación de las expectativas de negocios sobre los retornos futuros. Si el gobierno puede asegurar al sector privado que la demanda será creciente en el futuro, éste podrá confiadamente endeudarse para invertir, los fondos ociosos pueden ser utilizados, después de todo. Bajas tasas de interés no podrían hacer esto por sí solas; es necesario que exista la promesa de demanda futura.

Para un economista clásico la economía está siempre en algún punto óptimo. Si existe desempleo es porque fue escogido por aquellos que se rehusan a trabajar al nivel de salarios actual. Los recursos son asignados de cierta manera porque esa es la forma en que los agentes quieren y el estímulo externo del gobierno sólo afectaría ese equilibrio.

#### Keynes ahora

Keynes es famoso por haber puesto de cabeza la cadena de causalidad del mercado libre: no es el aumento del ahorro lo que lleva a aumentar la inversión, y por lo tanto aumentar el ingreso, sino es el aumento de la inversión lo que produce el aumento del ingreso y por lo tanto del ahorro. En una economía deprimida, el aumento del ahorro para incrementar la inversión producirá un efecto de *boomerang*. Aumentar el ahorro privado o público únicamente deprimirá la demanda, llevando al sector privado a anticipar una caída de sus compradores y por lo tanto a invertir menos. Más aun, la inversión tiene un efecto de bola de nieve sobre el ingreso y la producción.

Este es un elemento muchas veces olvidado del pensamiento keynesiano, dado que su proposición descansa sobre el supuesto de que la economía de mercado es sistemáticamente imperfecta.

Para un economista clásico la economía está siempre en algún punto óptimo -el famoso "equilibrio"-, de forma tal que si existe desempleo es porque éste ha sido escogido por aquellos que se rehusan a trabajar al nivel de salarios actual. Los recursos son asignados de una determinada manera porque esa es la forma en que los agentes quieren y el estímulo externo del gobierno sólo afectaría ese equilibrio. Como resultado, la intervención del gobierno podría tener un efecto nulo o ser contraproducente. El endeudamiento público presionaría las tasas de interés hacia arriba, desalentando la inversión privada en la misma proporción en que ha aumentado la inver-

sión pública. Ambos efectos se anulan mutuamente. (Es curioso que en los años posteriores a la muerte de Keynes, la síntesis "neoclásica" ha devenido menos y menos keynesiana: muchos de aquellos que se definen a sí mismos como neokeystoneanos ponderan el equilibrio presupuestario y esperan que la economía regrese a una supuesta vista natural, y por lo tanto óptima, hacia el equilibrio).

Keynes, por el contrario, apuntó a las consecuencias dinámicas de la inversión, tanto pública como privada. La inversión adquirió la parte "desproporcionada" del producto nacional -la maquinaria y fábricas tienen una vida útil prolongada y esto aumentó la capacidad productiva futura-. En el proceso de aumentar la capacidad, la inversión aumentó el empleo y la demanda en el presente de forma tal que el proceso se ha justificado a sí mismo.

Cuando, por ejemplo, la inversión creó empleos en la industria de la construcción o de máquinas herramientas, esos empleos crearon demanda y en consecuencia mayor inversión. A medida que creció la producción, también creció el ahorro, pero siempre por debajo de la inversión. No hubo efectos de *crowding-out* de déficit públicos desplazando la inversión privada, porque el sistema en su conjunto estaba en un estado de movimiento continuo.

Por lo tanto el objetivo de la política es encontrar la forma de actuar sobre el sistema financiero -el grado más alto de control de una economía de mercado-, de forma que la economía real funcione eficientemente. La política monetaria y fiscal y la activa dirección y control de los mercados financieros son un *continuum*. El Keynes que diseñó un sistema financiero internacional en 1944 es el mismo Keynes que diez días antes quería que Roosevelt tomara crédito para pagar los trabajos públicos y que vituperó contra la vuelta deflacionaria de Gran Bretaña al patrón oro en 1926. Los mecanismos pueden ser la manipulación de la tasa de interés, cambios en

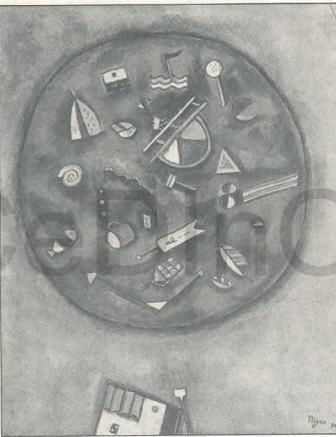
impuestos y gastos e, inclusive la orientación del préstamo privado, pero el objetivo final era gravitar sobre el flujo financiero y actuar sobre las expectativas.

Lo más frescante sobre Keynes es su convicción acerca de que la mejor política económica es el ataque y su deseo de encontrar la justificación teórica para las iniciativas que impulsaron el crecimiento y el empleo, que pusieron de cabeza a las ortodoxias del mercado libre. Esto requería, como ocurre actualmente, de una colossal seguridad en sí mismo, ya que los guardianes de la concepción ortodoxa ocupaban el pincelado de la pirámide social y económica.

Por todo el optimismo de Keynes sobre la posibilidad de corregir al capitalismo, existe un acertijo político en el corazón del proyecto keynesiano. El capitalismo puede necesitar ser controlado y regulado para dar lo mejor, pero esto implica que la élite financiera y de negocios decline algo de su autonomía de acción -la misma autonomía que su poder económico y preferencias personales exigen no sea vulnerada-.

Además, aquellas políticas que generan mayor producción y estabilidad laboral beneficiarán los intereses de los trabajadores y de esta forma nuevamente se restringe el poder de los capitalistas. Desde el punto de vista de la élite podría llegar a ser preferible que la economía opere en forma más inestable e inefficiente en el caso de que la alternativa fuera alguna reducción de su autonomía de acción. En efecto, existe un mayor bienestar general, que a pesar de producir mayor beneficio para los capitalistas, supone también una cierta pérdida de autonomía para alcanzar ese destino incierto. La atracción que ejerce la apuesta por el *laissez faire* es que no supone ese riesgo intercambio, sino que por el contrario celebra el actual equilibrio de poder y requiere que el Estado no interfiera con el ciclo de negocios.

Por lo tanto el keynesianismo opera mejor en



aquellos Estados que cuentan con constituciones democráticas capaces de expresar mejor un interés general y común a lo largo del tiempo, así como instituciones que movilizan a los asalariados a participar coherentemente en política. Debe existir alguna combinación de maquinaria constitucional que permita una clara acción ejecutiva mientras respeta las disciplinas democráticas, junto con fuertes partidos de masas que puedan dinamizar el sistema para que las políticas keynesianas tengan éxito, pero muy pocas constituciones tienen estas cualidades. Gran Bretaña en el período inmediato de posguerra, Suecia desde la década de 1940 a la de 1980 y los Estados Unidos durante el *New Deal* constituyeron circunstancias que permitieron un keynesianismo exitoso. El vacío fue ocupado por la nueva derecha. Estas exigencias políticas han forzado a los intérpretes de Keynes a atenuar el mensaje keynesiano en un intento por reconstruir, al menos, el apoyo para un programa keynesiano atenuando, la mitad de un mendrugo es mejor que nada.

El profesor Skidelsky, por ejemplo, intenta rescatar a su héroe del estigma de ser un liberal y en mostrar que Keynes estaba tan apegado al dinero y la libre empresa como cualquier buen conservador. Pero al hacerlo, los intérpretes más conservadores están en peligro de traicionar las concepciones centrales de Keynes. Este, que durante toda su vida se burló del *establishment* conservador en Gran Bretaña y en los Estados Unidos, hoy en día no estaría de acuerdo con quienes proponen la estabilidad de precios, la desregulación y el equilibrio fiscal como motores del crecimiento, sino que más bien serían objeto de su brillante ironía.

Aquellos que aconsejan la reducción del déficit y estrictos objetivos monetarios por sobre las demandas de la parte productiva de la economía, hubieran sido ridiculizados como padeciendo de retención anal freudiana; en efecto, al hacer algo por el estilo se estaría interviniendo sobre procesos naturales del mercado que no deben ser afectados. Los defensores de los milagros económicos de Reagan y Thatcher quedarían expuestos como lo que son: promotores

interesados de los intereses financieros rentistas que quieren control de la moneda y altas rentas financieras. Son los que sostuvieron que la desindustrialización de Gran Bretaña y Estados Unidos sería beneficiosa para todos.

#### Keynes vive

Hoy, una respuesta keynesiana tendrá una cantidad de variantes que van desde la implementación de programas de puestos públicos hasta la recapitalización de bancos

Hoys los mercados a futuro, instrumentos que permiten a los inversores apostar sobre precios financieros invirtiendo sólo una fracción del valor nominal de la acción, han proliferado tan ampliamente que hacen que la comercialización a futuro de Wall Street en la década del 20 parezca un juego de niños.

*shore* forzando el desmantelamiento de los sistemas nacionales de regulación financiera. La consecuente expansión del crédito dejó una deuda sobredimensionada que está inhibiendo una recuperación equilibrada y sostenida y no hay certeza de que una vez que la recuperación tome su curso esas mismas fuerzas no se volverán a reafirmar -repiteándose el ciclo de *bounce* de alta y caída-

Por lo tanto, Keynes estaría crecientemente interesado en la interrelación entre las opciones de política doméstica y el nuevo sistema financiero internacional -porque éste es el nuevo *locus* desregulado del instable y ineficiente sistema de mercado-. El exploraría las formas de estabilizar y reducir el vasto movimiento del capital de corto plazo que, por su alta capacidad de movilidad y por su magnitud, aterriza a los gobiernos y los lleva al minimalismo económico y la inactividad pública, así como nuevos y más estrictos condicionamientos para los bancos internacionales en el manejo de sus reservas de capital, orientándolos hacia un comportamiento más cauteloso.

Pero iría aún más lejos. El capital fluye de

moneda en moneda a la búsqueda de ganancias financieras, y con un sistema de tasa de cambio flotante, la posibilidad de realizar estas ganancias será inherente al mismo sistema. Las tasas de cambio flotantes son esenciales para el funcionamiento del sistema ya que facilitan el movimiento del sistema; no es casual que la explosión del movimiento de capitales haya sido acompañada por tasas de cambio flotantes. Por lo tanto, en el caso de que los países pudieran encontrar la manera de restablecer un tipo de cambio fijo y ajustar sus paridades para disminuir las expectativas de las ganancias o pérdidas, especulativas esto reforzaría los sesgos hacia la estabilidad -y daría a los estados una mayor chance de implementar políticas económicas expansionistas.

Para un hombre que vivió las consecuencias económicas de 1929, el paralelo con el mercado de capitales en 1993 sería considerado osado. A fines de los años 20 compró a futuro contribuyó al *boom* de la bolsa, visto que las garantías de préstamo para los bancos no eran sólo los aumentos en las cotizaciones de las acciones sino también los valores de los bienes raíces. Cuando los precios cayeron todo el sistema colapsó, dejando a los bancos con tal pérdida de capital que su capacidad de préstamo fue mortalmente anulada, constituyendo la causa inmediata de la depresión norteamericana.

Hoys los mercados a futuro, instrumentos que permiten a los inversores apostar sobre precios financieros a invirtiendo sólo una fracción del valor nominal de la acción, han proliferado tan ampliamente en una escala global que hacen que la comercialización a futuro de Wall Street en la década del 20 parezca un juego de niños. Ahora como entonces los bancos internacionales están tomando riesgos que apenas comprenden, al suscribir mercados financieros a futuro y manteniendo a flote mercados accionarios y de capital; pero si los precios cayeran el impacto sobre sus balances y su capacidad

de préstamo sería tan severa como aquella de principios de la década del 30.

La idea es que los inversores individuales pueden usar los mercados a futuro para ganar protección contra el riesgo pero, como seguramente señalaría Keynes, por definición no puede haber protección para el sistema en su conjunto. Keynes estaría presionando fuertemente por la adecuada supervisión y regulación de un mercado que se ha enloquecido. Los bancos no saben los riesgos que están corriendo y en mercados siempre más impredecibles un banco podría encontrarse ante un nivel colosal de exposición para el cual no tiene cobertura. Renegaría entonces de sus obligaciones y el sistema caería en un colapso. Keynes ridiculizaría las protestas sobre la solidez del sistema; son lamentos interesados.

El interés permanente de Keynes era la economía real: empleo, inversión y producción. Estaría crecientemente preocupado por la intensidad de la competencia internacional y la forma en que los países se encuentran en la obligación de hacer ajustes económicos formidables en cuestión de meses y años. A pesar de ser un defensor del libre comercio, insistiría en que el sistema podría mantenerse abierto y liberal sólo si los Estados recuperasen la posibilidad de impulsar políticas de pleno empleo para contrarrestar los desequilibrios resultantes. El libre comercio, tal como sostuvieron durante las negociaciones de Bretton Woods, donde se estableció el orden financiero de la posguerra, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, requiere la regulación financiera internacional para permitir políticas económicas nacionales expansivas. El libre comercio tampoco es un imperativo absoluto. Si el desfase es muy agudo, el libre comercio también podría llegar a necesitar ser regulado.

Con un desempleo en el Occidente industrializado que alcanza a 36 millones de personas, en aumento y con la inflación al nivel más bajo de los últimos 30



años, no hay duda que actualmente Keynes estaría bregando por la expansión económica dirigida por el gobierno. En la administración económica así como en la guerra, la ofensiva es la mejor forma de ataque. Como defensor del multiplicador, propondría programas de empleo público financiados a través del crédito, riéndose de la paranoia por el déficit fiscal. Una y otra vez marcaría la diferencia entre el gasto público corriente y el de capital, burlándose de la preferencia de los economistas clásicos por pagar los seguros de desempleo de los hombres y mujeres. Peticionaría a favor de que los registros contables de gobiernos en todas partes se estructuraran a partir de partidas corrientes y de capital, y de esta forma se pusiera de relieve la posibilidad de aumentar el endeudamiento tomando en cuenta el bajo nivel de deuda en relación con los activos del Estado. Y sostendría que los impuestos fueran aumentados una vez que la economía estuviera creciendo. Esos impuestos estarían orientados a gravar los ingresos de los más pudientes.

A la derecha norteamericana él explicaría paciente e incesantemente los beneficios económicos del endeudamiento estatal y federal. Autopistas, puentes y educación, por ejemplo, tienen ganancias que no pueden ser capturadas por medio del mecanismo de precios y por lo tanto no pueden quedar librados a la iniciativa privada. Una nueva ruta, por ejemplo, mejora el tiempo de viaje no sólo para aquellos que la usarán sino también para aquellos que usan las antiguas rutas de las cuales el tránsito ha sido desviado. Los precios de los bienes ráfenes aumentarán a lo largo de esa nueva ruta y se incrementará el volumen general de negocios. El único agente económico que puede capturar los beneficios es el Estado a través de impuestos y de la reducción del gasto en seguridad social; es por lo tanto el Estado el que debe financiar la construcción de la ruta. Y si los retornos son demostrables, no existe razón para que el dinero no pueda ser tomado en préstamo. En efecto, el gasto en la ruta será como una bola de nieve para toda la economía: el multiplicador.

Keynes tampoco permitiría que el temor por la inflación obstaculizara sus recomendaciones expansivas. A pesar de ser consciente del impacto destrutivo de la inflación en las sociedades democráticas, se hubiera burlado del temor a que una inflación del 3 o 4 por ciento presagiara hiperinflación y el fin de

la democracia. En efecto, él sería el primero en ver que un aumento del nivel de precios tendría la ventaja de reducir el peso del endeudamiento real y asistiría a la viabilidad del sistema bancario. Keynes hubiera entonces establecido claramente la distinción entre un único aumento en el nivel de precios y un proceso inflacionario.

En efecto, dado lo central de los flujos financieros en su pensamiento, Keynes estaría preocupado por poner el sistema bancario nuevamente de pie. Sería el aladíl de los esquemas gubernamentales para levantar las deudas hipotecarias de aquellos que

no están en condiciones de repagárlas. Iniciativas para recapitalizar el sistema bancario de forma tal que pudiera hacer frente a préstamos de largo plazo brotarían de su pluma, mientras le parecería excesivo apoyar medidas impositivas sobre los super ricos, para estimular el consumo. La operación del sistema financiero sobre la inversión, particularmente en Gran Bretaña y Estados Unidos, sería una de sus principales preocupaciones. Keynes siempre fue crítico respecto del principio del mercado de acciones de comprar y vender libremente día a día: como si el granjero pudiera vender por la mañana cuando está lloviendo y comprar nuevamente por la tarde cuando el sol está brillando. La explosión del producido en los mercados de capital lo preocupa seriamente. Wall Street está deviniendo cada vez menos relacionada con las empresas que financian, y la generación de riqueza es cada vez más una cuestión de ingeniería financiera de corto plazo y empresariado de papel.

En efecto, el vaciamiento de la economía norteamericana está menos relacionada con la baja en los costos en la competencia internacional que con la incesante demanda por los dividendos por parte de los tenedores internacionales de las acciones de esa nación. Bajo la presión permanente para superar los índices promedio de performance, fondos de pensiones, compañías de seguros y fondos comunes de inversión han comenzado a considerar los dividendos no como un retorno por el riesgo, sino como un flujo de ingresos que debe ser tan seguro como el pago de intereses sobre las deudas libres de riesgo. En consecuencia, las gerencias de las firmas están obligadas a hacer que los activos corrientes trabajen más duro para estar en condiciones de producir el flujo de dividendos requerido, mientras la utilizan-

Después del fin de la Guerra Fría, Keynes sentiría la necesidad de la magnanimidad de los ganadores. La condición de la ex Unión Soviética y de Europa oriental lo alarmañan, con el desempleo y la desesperación como movilizadores políticos en países con arsenales de armas nucleares a la mano.

por la tarde cuando el sol está brillando. La explosión del producido en los mercados de capital lo preocupa seriamente. Wall Street está deviniendo cada vez menos relacionada con las empresas que financian, y la generación de riqueza es cada vez más una cuestión de ingeniería financiera de corto plazo y empresariado de papel.

En efecto, el vaciamiento de la economía norteamericana está menos relacionada con la baja en los costos en la competencia internacional que con la incesante demanda por los dividendos por parte de los tenedores internacionales de las acciones de esa nación. Bajo la presión permanente para superar los índices promedio de performance, fondos de pensiones, compañías de seguros y fondos comunes de inversión han comenzado a considerar los dividendos no como un retorno por el riesgo, sino como un flujo de ingresos que debe ser tan seguro como el pago de intereses sobre las deudas libres de riesgo. En consecuencia, las gerencias de las firmas están obligadas a hacer que los activos corrientes trabajen más duro para estar en condiciones de producir el flujo de dividendos requerido, mientras la utilizan-

ción del flujo de caja para apoyar futuras inversiones corre el riesgo de ser rechazado por los tenedores institucionales ávidos de dividendos. Las tasas reales de retorno esperadas en los Estados Unidos son espectacularmente altas en comparación con Japón y Alemania, pero es el precio que las gerencias deben pagar para convencer a estos inversores institucionales descomprometidos que no vendan sus acciones. Wall Street se ha convertido en el principal causante de la desindustrialización norteamericana.

Después del fin de la Guerra Fría, Keynes sentiría la necesidad de la magnanimidad de los ganadores occidentales. La condición de la ex Unión Soviética y de Europa oriental lo alarmañan inmensamente, con el desempleo y la desesperación como potenciales movilizadores de temibles movimientos políticos en países con arsenales de armas nucleares a la mano. Revertir estas economías deprimidas no sólo aliviaría esta amenaza a la seguridad, sino que crearía un mercado en expansión para los bienes occidentales. Estaría viajando incesantemente por las capitales de Occidente tratando de promover el respaldo al plan Marshall de apoyo al antiguo mundo comunista. El gasto de defensa debería ser

reducido drásticamente y ese dinero en cambio debería ser utilizado en aras del crecimiento del capitalismo ruso y sería muy cuidadoso de apoyar las variantes de mercado social del capitalismo occidental más que su impidió variante anglosajona. Y dado que Keynes sería Keynes, hubiera tenido acceso a Clinton, Hosokawa y Yeltsin. Sus libros y panfletos se venderían en todo el mundo, mientras en su país impulsaría actividades culturales. El espíritu de optimismo y alegría que anhelaba no podría tener lugar en un vacío cultural, éste necesitaba de contrapartes en el mundo del arte y la arquitectura. La confianza en el futuro y la capacidad de la comunidad de naciones para actuar en pos del bien público debe ser una y como tal apuntalada.

Pero no contamos con un hombre como éste, ni existe alguno en el horizonte. Sin embargo, lo menos que podemos hacer es comprender lo que él sostuvo y el porqué lo hizo. Parte de su efectividad se debió al hecho de haber sido capaz de aterrizar el establishment anglosajón con la perspectiva del comunismo en el caso de que fracasara la economía capitalista. Pero ese terror ha desaparecido.

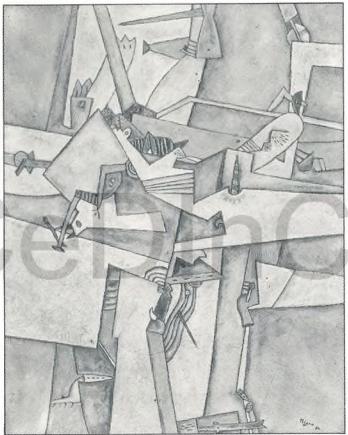
En cambio los keynesianos ahora no deben apuntar a la perspectiva de una revolución comunista sino más bien a la lenta y penetrante decadencia que la sociedad occidental conllevará al funcionar sus economías con millones de desocupados y semiocupados en su población económicamente activa. El colapso de la ocupación para los trabajadores poco calificados es una de las principales causas de violencia en los Estados Unidos y como el trabajo se convierte en algo cada vez más remoto para millones de personas a todo lo largo de Occidente, muchos se vuelcan hacia los nacionalismos y el fundamentalismo religioso.

Proteccionismo y confrontación comienzan a caracterizar las relaciones internacionales. ¿Quién sabe a dónde nos llevará esto? Pero los beneficios de las iniciativas públicas

son difusas mientras los costos son conocidos y concentrados; en cualquier caso la relación entre el fracaso económico, el descontento social y la calamidad política, si bien aparece obvia, no puede ser probada. Por el momento, los economistas clásicos y sus aliados políticos siguen dictando la agenda. Ellos han fracasado anteriormente en este siglo con consecuencias desastrosas y volverán a fracasar. Necesitamos un Keynes. Sin él necesitamos revisar el extraordinario poder de sus ideas.■

#### Nota

\* Tomado de *The American Prospect*, Invierno de 1994, Nº16. Traducción Patricia Baxendale.



*Escándalos de época*

## Bomba en la AMIA, ¿somos todos inocentes?

Anoche terminé la edición de este número de *La Ciudad Futura* y hoy a la mañana, temprano, llevé el material a la imprenta. Con esa incomparable sensación de alivio propia de tales circunstancias, a eso de las 10 me serví un café y comencé a leer el diario. La radio sonaba, como siempre, por su cuenta. Pero de pronto me espanté, no podía creer lo que medio-escuchaba: un atentado terrorista había hecho volar en pedazos la sede de la AMIA...

*Osvaldo Pedroso*

**M**e di cuenta entonces de que no podíamos salir a la calle sin decir "algo" sobre lo sucedido, aunque sólo fuera una condena, un lamento. No importaba atrasar la revista. Y decidí levantar la nota que había escrito para este espacio y remplazarla por el texto, seguramente torpe, que se me ocurriría. Es lo que estoy haciendo.

Bombas, destrucción, veinte muertos, cien heridos. ¡Otra vez! Me siento avergonzado, horrorizado, pero ¿estoy sorprendido? Confieso que no. En rigor, pienso que este atentado no se opone a la lógica de las cosas de la sociedad argentina. Concretamente: un hecho así sólo es imaginable en un contexto compatible. Nadie ignora nuestra tradición estatal pautada por la intolerancia y el prejuicio racial, aquí transpiramos racismo, portados los poros. Y no sólo hablo de los fascistas, que no son pocos.

Cuando, dos años atrás, un atentado similar destruyó la embajada de Israel, tanto desde el gobierno y la derecha como desde numerosos sectores de la izquierda se trató de buscar la explicación de lo sucedido en cuestiones ajenas a nuestras responsabilidades. Así, según la óptica de cada uno, podía haber sido: un coleteazo del conflicto árabe-israelí, la explosión accidental de un arsenal existente en la embajada o una venganza del fundamentalismo por la participación de la Argentina en la guerra de EU contra Irak. Es decir, cosas hechas por otra gente, nada que tuviera que ver con nosotros. Porque, no olvidar, los argentinos somos tolerantes. Hasta con los judíos.

No vale la pena enumerar ahora las expresiones de racismo militante que ca-

racterizan nuestro "ser nacional", empezando por la aniquilación de los indios de la Patagonia, la ley de Residencia, la caricaturización de los inmigrantes de cualquier origen y odio a los cabecitas negras -los actuales gronchos- y siguiendo con los bolitas, paraguas y yoruguas y, especialmente, los coreanos, flamante edición de depositarios de nuestro desprecio racial.

En suma: si nuestra sociedad es profundamente discriminatoria y siempre lo ha sido, ningún acto de racismo que aquí ocurra, consumado por argentinos, por criminales nazis o por terroristas islámicos, puede resultarnos exéntico.

En ese cuadro, además, no asombra que jamás aparezca un culpable, una condena cierta, un preso.

Quienes pusieron la bomba en la AMIA son asesinos fascistas, es cierto, y no es improbable que, en efecto, se trate de la obra de algún comando internacional. Pero, si bien es imposible frenar el terrorismo con un mero acto de voluntad, sería bueno que nos preguntáramos qué hacemos nosotros, qué hacemos todos los días para defendernos de nuestros propios vicios discriminatorios y para fomentar la tolerancia en nuestra sociedad, para levantar una coraza civil de solidaridad que nos proteja del prejuicio y del odio racial y que nos permita afrontar desde otra moral el fanatismo terrorista.

Repite: estoy avergonzado y horrorizado con lo que pasó y tengo la certeza de que mi voz de condena es poco menos que inútil. Apenas una ingenua apelación de ofendido, que no me libera del peso de conciencia con el que cargo. □

Alberto Pierri,  
Presidente de la  
Cámara de Diputados,  
calificó públicamente  
al periodista Román  
Lejtman de "judío  
pijojo". Poco después  
Pierri volvió a ser  
elegido por millones de  
votantes y  
confirmado al frente  
de la Cámara con el  
apoyo de la oposición.  
Claro ejemplo de lo  
que somos y hacemos.

